

Miquel Vilaró i Güell

**EL LEGADO
DE LOS JESUITAS
EN GUINEA**

Documentos de la Colonización 15



ceiba
centros culturales españoles
de guinea ecuatorial

ISBN: 978-84-937497-5-0

CEIBA EDICIONES

Hotel d'Entitats

Sant Pere, 9

08500 Vic (Barcelona)

<http://www.ceiba.cat>

@ Miquel Vilaró i Güell

ISBN: 978-84-937497-5-0

Depósito Legal: B-27746-2010

Impresión: Impremta Sellarès SL – Torelló

**Publicación del LABORATORIO DE RECURSOS
ORALES, coeditada por CEIBA y los CENTROS
CULTURALES ESPAÑOLES DE GUINEA
ECUATORIAL**

Los Bubis miran a los blancos y aun a los morenos que no sean de su raza con timidez, desconfianza y desafecto. Quieren ellos ser solos y vivir separados de los demás... es de esperar de la misericordia del Señor que se domestique esta gente tan fría y apática para con los que no son de los suyos, aunque ha de ser asunto de mucho tiempo y paciencia no poca.

José Irisarri S.J. (1862)

INTRODUCCIÓN

El fracaso casi inmediato de la segunda tentativa de colonización religiosa de la Guinea española, llevada a cabo en 1856 por medio de una nutrida comitiva de artesanos y campesinos, procedentes de Madrid y Valencia, dirigida por Miguel Martínez Sanz, un capellán del barrio madrileño de Chamberí nombrado por Propaganda Fide primer prefecto apostólico de Fernando Poo¹, puso de relieve los escasos resultados que se conseguirían encargando las labores pacificadoras y civilizadoras proyectadas para la colonia africana al clero secular, por tratarse de empresas individuales que carecían de base y de futuro. Además, los agrios enfrentamientos que surgieron por el liderazgo de la expedición misionera entre el prefecto y el sacerdote valenciano Ambrosio Roda, incluso antes de que la goleta *Leonor* partiera del puerto de Valencia, reforzaron la idea de que sólo las órdenes monásticas disponían de reglas vivas capaces de garantizar la continuidad y la armonía de los efectivos necesarios para establecer misiones católicas en unos territorios tan inhóspitos y poco accesibles como los del Golfo de Guinea.

Debe señalarse, sin embargo, que la idea de adjudicar las misiones del Golfo a un instituto religioso no era nueva en las intenciones del Ministerio de Ultramar, sino más bien todo lo contrario: tanto en la primera expedición misionera de 1845², encargada finalmente a los clérigos ilustrados Jerónimo Mariano Usera y Alarcón y Juan del

¹ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 5. *Expedición del padre misionero Don Miguel Martínez Sanz.*

² AGA. A-G. Caja 683.

Cerro³, como en esta segunda, a cuyo frente estuvo Martínez Sanz, desde Ultramar se ofreció insistentemente a las órdenes religiosas que tenían misiones en Filipinas la posibilidad de fundar delegaciones en las islas africanas, invitación que todas rechazaron con los más variados argumentos, aunque todos reflejaban la aversión a tener misiones en unos territorios considerados apartados y malsanos en extremo⁴.

Así las cosas, en un momento en que ya se había decidido emprender definitivamente la colonización de Fernando Poo, la Compañía de Jesús, casi recién restablecida en España por tercera vez⁵, se convirtió en la única opción viable a la hora de disponer de un instituto religioso que se hiciera cargo de la descuidada evangelización de los súbditos africanos de su majestad católica. Para ello, el 16 de junio de 1857, se expidió el pertinente Real Decreto por el que se conferían las muy rechazadas misiones del Golfo de Guinea a los controvertidos discípulos de Ignacio de Loyola, bajo cinco condicionantes: I) la Compañía de Jesús enviaría al Golfo a seis o siete de sus individuos para que se establecieran en Santa Isabel, de ellos tres tenían que ser sacerdotes y al menos dos saber la lengua inglesa. II) Los misioneros quedaban obligados a enviar puntualmente informes sobre el estado y las necesidades de las islas. III) Su función sería establecer escuelas y talleres de artes y oficios apropiados a las aptitudes de los naturales. IV) Todos los objetos del culto y los materiales para las escuelas y talleres deberían ser transportados desde España. V) El superior de la misión quedaba encargado de rendir cuentas directamente al gobierno por medio del cónsul de Liverpool, aprovechando los vapores ingleses que se dirigieran a este destino⁶.

Al cabo de un mes (18 de julio de 1857), enterado de las disposiciones del gobierno y autorizado por sus superiores del Colegio de Loyola, el procurador de los misioneros, Antonio Zarandona, remitió una instancia al Marqués de Pidal, ministro de Estado y

³ VILARÓ I GÜELL, Miquel (2009). "Los avatares de la primera expedición misionera a las posesiones españolas del Golfo de Guinea a cargo de los eclesiásticos ilustrados Jerónimo Mariano Usera y Alarcón y Juan del Cerro". HISPANIA NOVA, nº 9. <http://hispanianova.rediris.es/9/articulos/9a002.pdf>

⁴ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 4. *Fernando Poo. Misiones. 1857 a 1863 inclusive*.

⁵ El primer restablecimiento de la Compañía de Jesús en España, después de la orden de expulsión dictada por Carlos III en la Pragmática Sanción de 1767, se dio entre 1815 y 1820 durante el Sexenio absolutista, siendo suprimida de nuevo durante el Trienio Liberal (1820-23), para ser restablecida por segunda vez entre 1823 y 1833 (Década ominosa), y vuelta a suprimir desde 1835, en los años del avance liberal, hasta la firma del Concordato de 1851, que propició su regreso en 1852.

⁶ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 4. *Fernando Poo. Misiones. 1857 a 1863 inclusive*. Real Decreto de 16 de junio de 1857.

Ultramar⁷, comunicándole que la Compañía de Jesús aceptaba con todas sus prescripciones la misión que se le confiaba⁸.

Según se desprende de la primera carta enviada desde Fernando Poo por el superior de la nueva misión, José Irisarri, al ministro de Ultramar, Isidro Díaz de Argüelles, los jesuitas llegaron a Santa Isabel a bordo del vapor Vasco Núñez de Balboa el 21 de mayo de 1858⁹, dando inicio a una etapa de colonización religiosa que se prolongó hasta el 4 de abril de 1872, fecha en la que regresaron los dos últimos misioneros (el padre José Campillo y el hermano Ambrósio Iturrioz) que quedaban en Fernando Poo después de que el primer gobierno del Sexenio revolucionario suprimiera las misiones y convirtiera la sede de Santa Isabel en una parroquia que debía ser regida nuevamente por clérigos seculares.

Los tres años y medio transcurridos entre la promulgación del decreto y el retorno a la península de Campillo e Iturrioz puede darnos una idea de la parálisis que sufrieron las misiones jesuíticas después de 1868, no sólo por la supresión definitiva de la cada vez más escasa subvención que venían recibiendo del gobierno, sino también por otras dos razones de igual peso: la muerte, el 7 de marzo de aquel mismo año, de su principal sostén, el superior Irisarri; y la nueva supresión de la orden en la península, una vez cayó en septiembre la monarquía de Isabel II. Sin embargo, a pesar de las turbulencias políticas, los jesuitas no fueron expulsados de Fernando Poo, por carecer la isla de más sacerdotes que pudieran ponerse interinamente al frente de la nueva parroquia mientras no fueran nombrados los correspondientes curas párrocos, un asunto burocrático que se alargó hasta mucho más allá de lo que los mismos jesuitas deseaban.

Este lento declive y los modestos resultados conseguidos en la evangelización de los naturales, durante los diez años escasos en los que las misiones estuvieron operativas, han tendido a ocultar algunos logros indiscutibles conseguidos por los *soldados de Cristo* en el proceso de colonización religiosa, entre los que queremos destacar dos: la consolidación territorial de la prefectura apostólica de Fernando Poo, y el nada despreciable legado, en forma de construcciones e infraestructuras, que acabaron

⁷ Pedro José Pidal y Carniado, vizconde de Villaviciosa, (1799-1865). El título de Marqués de Pidal lo recibió de la Reina Isabel II en 1847 por los eminentes servicios prestados al Estado.

⁸ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 4. *Fernando Poo. Misiones. 1857 a 1863 inclusive*. Instancia de Antonio Zarandona al Marqués de Pidal, ministro de Estado y Ultramar. Madrid, 18 de julio de 1857.

⁹ *Ibidem*. Carta de José Irisarri a Isidro Díaz Argüelles, Sta. Isabel, 26 de junio de 1858 (Documento 4).

dejando en Santa Isabel, ya que ambos constituyeron dos sólidos puntos de anclaje para el éxito futuro de las misiones de los Hijos del Inmaculado Corazón de María.

LA EXPANSIÓN EN EL TERRITORIO DE LAS MISIONES JESUÍTICAS

Al poco tiempo de llegar a Santa Isabel (julio de 1858), José Irisarri acompañó al gobernador Carlos Chacón en una visita de reconocimiento de los territorios españoles, que le llevó primero a las islas portuguesas de Santo Tomé y Príncipe, para recalar después en Annobón, y más tarde, en el trayecto de vuelta, en Corisco y las Elobeyes¹⁰. A pesar de no haber podido desembarcar en Annobón por culpa de las fiebres, el viaje sirvió al superior para tomar conciencia del grado de dispersión geográfica de los enclaves españoles y de las dificultades que surgirían a la hora de establecer en ellos misiones católicas, por lo que se mostró conforme con la proposición del gobernador de empezar fundando una primera delegación misionera en la isla de Corisco, para hacer lo propio, aunque más tarde, en Annobón, un espacio ya cristianizado en siglos anteriores por misioneros portugueses, preferido en un primer momento por Irisarri.

La isla de Corisco, incorporada a la corona isabelina en 1843 por el comisario regio Juan José de Lerena durante su expedición al Golfo, representaba un espacio estratégico para los intereses comerciales mucho más interesante y cercano que la remota isla de Annobón, en el que no existía hasta la fecha ninguna base española, por lo que era necesario afianzar la soberanía frente a las ambiciones de Francia, radicada en el Gabón y, a la vez, contrarrestar la acción de los misioneros protestantes americanos, establecidos allí desde hacía quince años. Las prisas del gobierno español por tener una misión en Corisco se derivaban de los derechos que los franceses alegaban tener desde 1855 sobre la isla y los territorios del Muni adyacentes a su base gabonesa, por lo que estaban interviniendo militarmente en la zona para proteger a sus mercantes y evitar que los jefes de la región les exigieran ningún tipo de impuestos.

En este delicado asunto, José Irisarri dio un paso trascendente: dirigir una comunicación a Propaganda Fide reclamando un rescripto que asegurase el

¹⁰ AGA. A-G. Caja 780, Exp. 10. *Fernando Poo. Misiones. 1857 á 1863, inclusive. 1ª Memoria de los misioneros Jesuitas de Fernando Poo, dirigida al sr. Director Gral. De Ultramar con fecha 30 de noviembre de 1859. Contiene importantes y exactas noticias sobre ntra. Isla.*

reconocimiento por parte del Vaticano de la correcta dimensión territorial de la Prefectura apostólica de Fernando Poo, haciendo evidente su deseo de hacer coincidir sin ambigüedades los territorios que los misioneros jesuitas iban a catolizar con los que España consideraba bajo su soberanía. Así, el 28 de septiembre de 1858, el superior de los jesuitas remitió una carta al cardenal prefecto de la Propaganda, en la que le expuso que España consideraba bajo su soberanía no sólo a las islas de Fernando Poo y Annobón, sino también las de Corisco y Elobeyes. El decreto de reconocimiento (*Juxta petita et detur decretum*), que venía a cerrar el proceso abierto dos años antes por Miguel Martínez Sanz, fue expedido en menos de dos meses (25 de noviembre de 1858).

Varios meses más tarde, las reclamaciones españolas sobre Cabo San Juan y “sus territorios adyacentes” en la región del Muni, basadas en las cartas de adhesión al pabellón español de los jefes tribales recogidas por Juan José Lerena en 1843, hicieron que el prefecto se dirigiera por segunda vez a la Propaganda para pedir que esta parte del Golfo de Guinea quedase también incluida dentro de su jurisdicción apostólica, modificándose la anterior resolución.

De nuevo el Vaticano accedió con rapidez a la petición de Irisarri, promulgando el polémico decreto de 4 de enero de 1860 (*Annuít Juxta petita et juxta rescriptum 25 novembris 1858*), que motivó el desacuerdo de los misioneros espiritanos franceses, quienes consideraban aquellos territorios parte del gigantesco vicariato apostólico de las Dos Guineas, bajo su autoridad eclesiástica desde que fuera erigido por el papa Gregorio XVI en 1842.

Desde ese momento quedó abierto un contencioso político-religioso entre España y Francia, y entre jesuitas y espiritanos, por los derechos sobre unos territorios que presuntamente se extendían desde el río Munda, al sur, hasta el río del Campo, al norte, que no se resolvería hasta el tratado de París de 1900, en el que las aspiraciones españolas fueron drásticamente recortadas. Sin embargo, los pasos dados por José Irisarri fueron cruciales para mantener durante 40 años una enquistada situación de *statu quo*, heredada a partir de 1883 por los misioneros claretianos, que permitió finalmente a España conservar la soberanía sobre 29.000 Km² en la región del Muni.

En este sentido, a la hora de demostrar los derechos sobre los territorios, resultó más importante disponer del rescripto papal que tener enseguida una misión en Annobón y

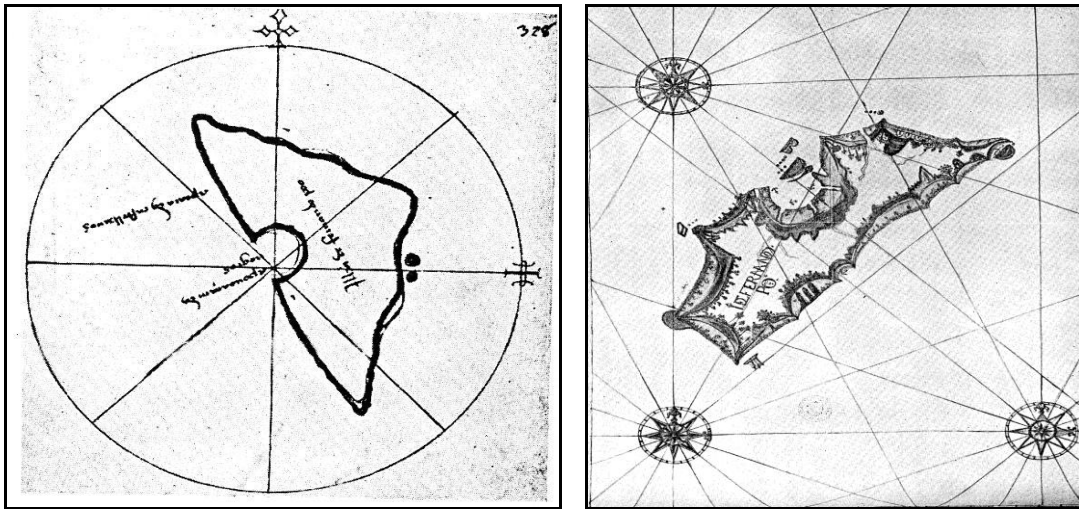
otra en Corisco, ya que estos dos primeros proyectos de creación de residencias fuera de Santa Isabel se vieron frustrados por la muerte repentina, de una perniciosa fulminante, del padre Pedro Dalmases, quien había sido designado por Irisarri para levantar una pequeña misión en Annobón; y por el fallecimiento, causado por una disentería maligna, del joven padre José Bellart, encargado de recorrer la isla de Corisco para decidir donde debía ubicarse la nueva misión¹¹.

La frustración de los planes para crear las dos primeras delegaciones misioneras fuera de Fernando Poo hicieron que se planteara la posibilidad de fundar una sede en la bahía de San Carlos, un lugar considerado prioritario desde los inicios de la colonización, por tratarse de la ensenada natural más grande de la isla. Sin embargo, las dificultades para acceder a ella por mar, debidas a los frecuentes y repentinos temporales, y la imposibilidad de arribar por tierra sin abrir previamente un camino transitable hicieron abandonar por el momento la idea.

En este punto cabe señalar que la importancia geoestratégica otorgada a la bahía de San Carlos, desde el mismo tratado de San Ildefonso (1777), se debía también a la pervivencia de la imagen equivocada que se tenía de Fernando Poo en los círculos políticos españoles, producto de las representaciones cartográficas poco precisas anteriores al siglo XIX, en las que la isla aparecía dibujada provista de una sola gran ensenada en su lado occidental, tal como puede observarse en los mapas portugueses. De hecho la primera expedición española a Fernando Poo, organizada en 1778 desde Montevideo por el conde de Arjelejo desembarcó y tomó posesión de la isla en la bahía de San Carlos.

Al mismo tiempo que se planteaban desde Madrid las estrategias de despliegue de las misiones en los puntos considerados vitales para garantizar la soberanía española, los jesuitas iniciaron las primeras excursiones a los poblados bubis contiguos a la capital (Basupú, Rebola, Banapá y Basilé), siendo, a criterio de Irisarri, el distrito de Banapá el más céntrico y saludable para irradiar desde él la expansión futura de las sedes misioneras que pensaba fundar entre los bubis.

¹¹ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 10. *Fernando Poo. Misiones. 1857 á 1863, inclusive. 2ª Memoria del superior de la Misión Jesuita de Fernando Póo. 19 de diciembre de 1860. Habla de varios asuntos* (Documento 5).



FIGURAS 1: CARTOGRAFIA ANTIGUA DE FERNANDO POO. En la cartografía anterior al siglo XIX, la isla de Fernando Poo aparecía dotada de una sola rada situada al oeste. Uno de los mapas más antiguos es el de Valentín Fernandes, de principios del siglo XVI (izquierda), en el que la isla muestra un curioso perfil triangular. A la derecha, en un mapa a la aguada con técnica antigua, realizado por cartógrafos portugueses (segunda mitad del s. XVIII) podemos comprobar la pervivencia de la idea errónea de una illa fácilmente accesible per medio de una amplia bahía central. FUENTE: SILVEIRA, 1959: apéndice cartográfico.

Las dificultades en este proyecto se dieron más por la desconfianza de los naturales hacia los recién llegados que por las dificultades de acceso. Ello no quita que los misioneros intentaran dar un aire épico a los relatos de sus breves excursiones¹². Los recelos de los bubis se debían a la merecida fama de negreros y portadores de enfermedades que tenían los españoles, por lo que resultó muy difícil para los misioneros vencerlos en un primer momento, aun con los persistentes regalitos que les ofrecían para ser bien acogidos. Sin embargo, sus esfuerzos en este sentido no fueron del todo estériles, llegando a fundar dos misiones entre los bubis (Banapá y Basupú), y a ser capaces de traducir a su idioma el popular catecismo del P. Astete, que debemos tomar como el primer documento redactado en lengua bubí por parte de españoles.

Seguramente, 1861 fue el año de mayor optimismo en el despliegue territorial de las misiones jesuíticas, después de las catástrofes acaecidas en el año anterior con las muertes de Bellart y Dalmases¹³, según se desprende de la memoria anual que Irisarri

¹² AGA. A-G. Caja 677. Exp. 21. *Sobre misiones en la colonia. Año 1862. Relación de la excursión a los pueblos Bubi, Maney y Basval-lá, hecha por los P.P. Sanmartí y Campillo y el H^o Elorza, acompañados de dos Krumanes de casa y cuatro Bubi* (Documento 9).

¹³ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 10. *Fernando Poo. Misiones. 1857 á 1863, inclusive. 2^a Memoria del superior de la Misión Jesuita de Fernando Poo. 19 Diciembre 1860. Habla de varios asuntos.*

remitió puntualmente a Ultramar¹⁴. En aquel fructífero año de tregua de las muchas catástrofes sufridas y por sufrir, los jesuitas no sólo consiguieron crear una primera sede misionera entre los bubis en Banapá, gracias a la habilidad del padre José Campillo para sanar a Boloco, jefe del distrito, sino que el padre Lorenzo Sanmartí consiguió coronar con éxito una expedición a la isla de Annobón, acompañando al teniente de marina Emilio Catalá, de donde regresó con las más zalameras promesas por parte de los naturales de recibir con los brazos abiertos una misión católica española en la isla.

El éxito de la iniciativa de Campillo movió al gobernador José de la Gándara a abrir el primer camino terrestre de la isla de Fernando Poo, que comunicaba la capital con la nueva misión. La vía recorría una legua de distancia (5,5 Km) y tenía unos 18 pies de anchura, atravesando tres riachuelos, en los que se dispusieron pasarelas, y cruzaba una hondonada encharcada, que se cubrió con fajinas, tierra y varias capas de grava.

Desde Banapá, los jesuitas no sólo pudieron recorrer la comarca y tomar consciencia del distinto peso demográfico de los asentamientos bubis, sino aprender también la lengua autóctona, lo que les permitió trazar una primera estrategia para crear misiones en estos espacios. Sin embargo, fue en este asunto donde surgieron las primeras discrepancias entre el gobernador Pantaleón López Ayllón y José Irisarri. El gobernador era partidario de un despliegue rápido de las misiones en el máximo número posible de lugares, con el fin de afianzar la presencia española, aunque ello hubiera de hacerse con pocos recursos y escasos efectivos humanos; en cambio, Irisarri quería que las misiones se concentraran en un solo distrito, en vista de la escasez del presupuesto, de las distancias infranqueables, de los pocos recursos humanos disponibles y de las enfermedades letales del territorio.

En este sentido, el primer punto fuera de Fernando Poo en el que el superior de los jesuitas quería instalar una misión, conforme a las lisonjeras perspectivas trazadas por Sanmartí, era Annobón. Al final tuvo que atenerse a los dictados del gobernador quien, haciendo más caso del apático informe del teniente Catalá sobre la isla que de las apasionadas descripciones de Sanmartí, vetó la creación de la lejana misión por considerar el enclave en todo improductivo, obligando a los misioneros a levantar por fin una sede en la isla de Corisco. Ello no quita que Irisarri persistiera, aunque

¹⁴ *Ibidem*. *Reseña de los trabajos de la misión y de algunas circunstancias de las Islas del Golfo de Guinea, sujetas al dominio de España, en el año 1861* (Documento 6).

inútilmente, en su empeño hasta el fin de sus días, proponiendo repetidas veces a sus superiores religiosos no atender en este punto las directrices del gobierno y crear por cuenta propia una misión en la ya cristiana Annobón, incluso sin percibir subvención alguna.

Otro de los enclaves en los que primó la opinión de López Ayllón sobre la de Irisarri fue en la segunda sede que se alzó en la inmediaciones de Santa Isabel. En este caso volvieron a imponerse las preferencias del gobernador, partidario de levantarla en Basupú, por tratarse de un lugar más elevado, idóneo para establecer un sanatorio y una granja experimental, en contra de la opinión de Irisarri, dispuesto a hacerlo en Debola, por su mayor peso demográfico y por ser más accesible desde Banapá¹⁵. En los lugares más elevados de Basupú, López Ayllón hizo construir el centro de convalecencia y aclimatación *Santa Cecilia* y en un área deforestada cercana al mar, en la denominada *Ensenada de Venus*, la granja experimental *Santa Matilde*, destinada a la observación de los rendimientos del café, del cacao y del algodón, abriendo un segundo camino en la isla, que conectaba estos centros con la aldea de Basilé¹⁶.

Establecidas las sedes de Corisco, Banapá, Basupú y Santa Isabel, los jesuitas sólo llegaron a tener, de nuevo por imposición de López Ayllón, un pequeño puesto, sujeto a un destacamento militar y atendido por un solo misionero, en la isleta de Elobey Chico, un enclave que el gobernador consideraba sumamente importante por su excelente situación geográfica, en el centro de la confluencia de los ríos Muni y Munda, lo que lo convertía en un lugar idóneo para el establecimiento de factorías.

Así pues, a partir de 1864, los jesuitas concentraron definitivamente su acción en estos cinco asentamientos por falta de apoyo por parte del gobierno a las insistentes peticiones de Irisarri de aumentar las subvenciones para poder incrementar el número de misioneros y dotar a las misiones de un plan de movilidad que hiciera posible las conexiones y el socorro mutuo entre ellas. En este aspecto, el gobierno se negó reiteradamente a establecer un servicio regular de vapores entre los fragmentados espacios de su dominio colonial, amparándose en la reducción constante del presupuesto destinado a la colonia africana.

¹⁵ AGA. A-G. Caja 677. Exp. 21. *Sobre misiones en la colonia. Año 1862.* Carta del Gobernador al ministro de Ultramar. Sta. Isabel, 26 de septiembre 1863.

¹⁶ AGA. A-G. Caja 704. Exp. 10. *Sobre el estado de las obras públicas de la colonia.*

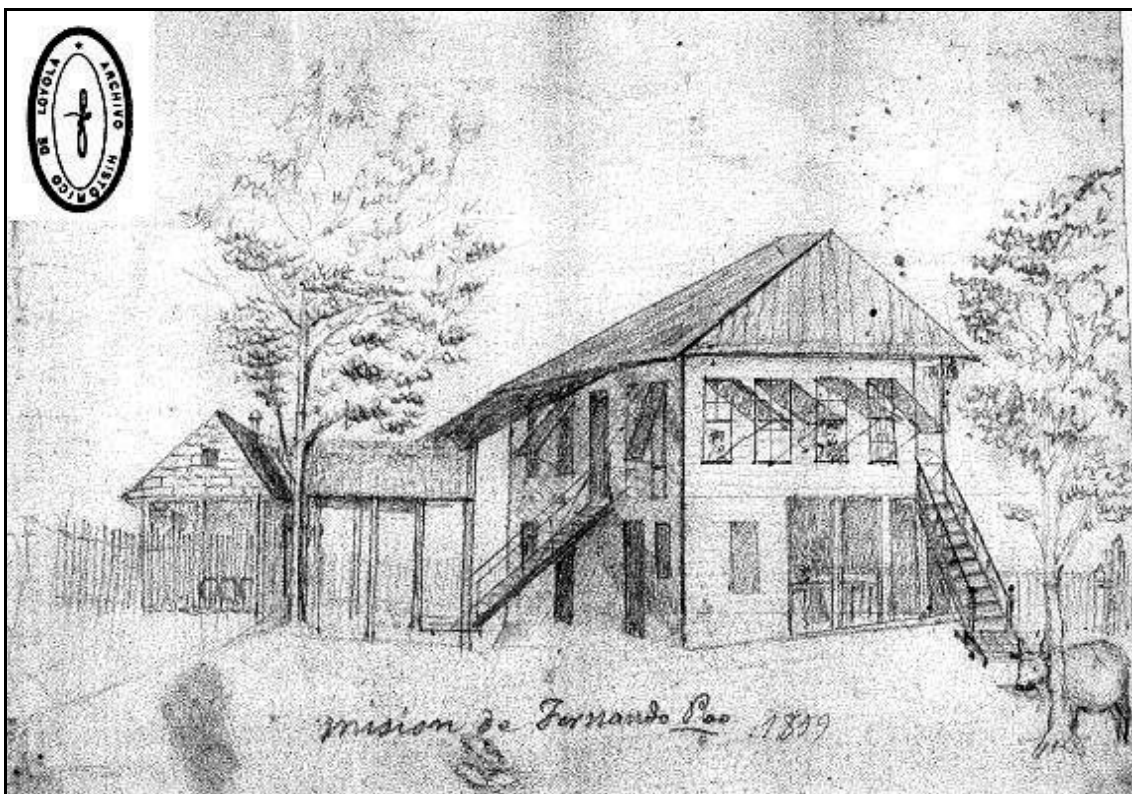
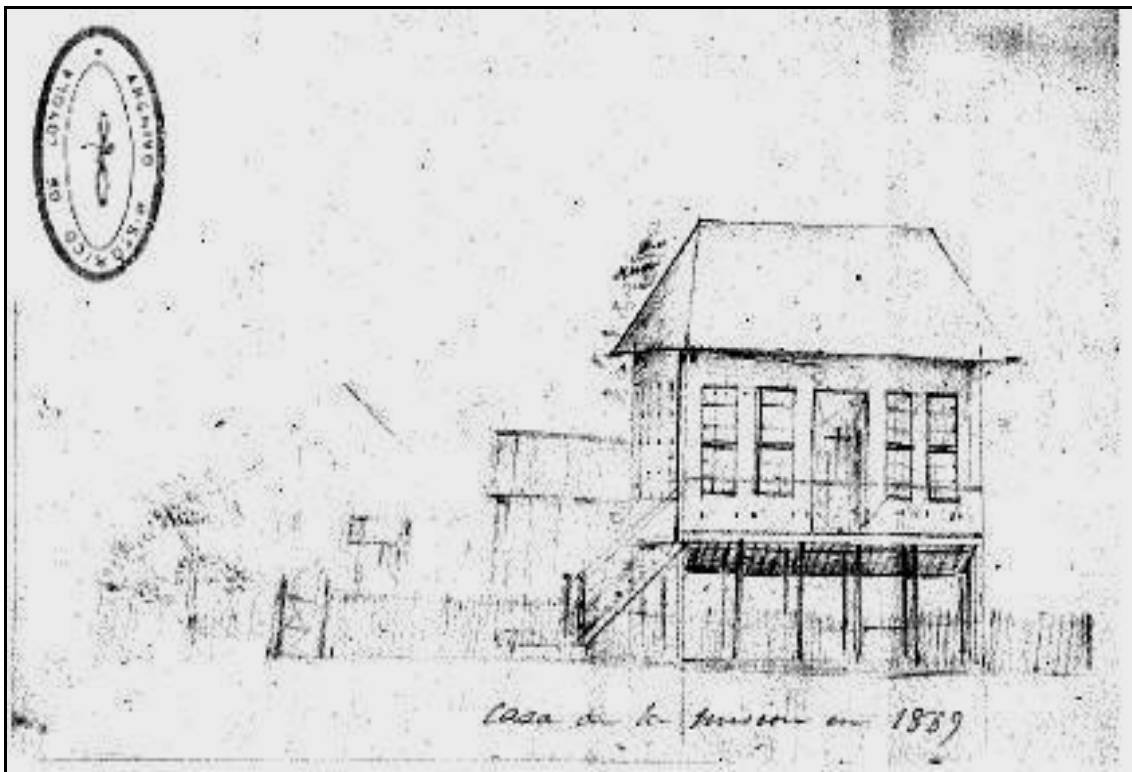
A pesar de ello, y aun reconociendo que el verdadero artífice de todo el plan fue el gobernador Pantaleón López Ayllón, no nos cabe ninguna duda de que los jesuitas, rompiendo el cerco de Santa Isabel y franqueando el muro cultural y lingüístico que los separaba de los bubis, sentaron dos valiosos precedentes en las estrategias territoriales de expansión de las misiones católicas en la Guinea española, que dos décadas más tarde sería oportunamente aprovechado por los misioneros claretianos.

EL LEGADO INMOBILIARIO DE LOS JESUITAS EN SANTA ISABEL

La primera residencia de los jesuitas fue una sencilla construcción de madera a cuatro vientos sobre pilotes de madera, comprada por el gobernador Carlos Chacón al comerciante inglés de origen irlandés James Lynslager, quien tres años antes había ocupado interinamente el cargo de gobernador de la colonia por falta de funcionarios españoles. Según figura en el libro de memorias del hermano Cirilo López, que más adelante se transcribe (Documento 1), la casa fue comprada por 400 libras esterlinas y estaba destinada en un principio a servir como fonda.

Dos dibujitos a lápiz de autor anónimo, fechados en 1859, que pudimos encontrar en el Archivo Histórico de Loyola (AHL) permiten hacernos una idea de cómo era aquella primera morada misionera antes y después de las reformas que los misioneros hicieron para acondicionarla a sus necesidades, pudiéndose apreciar el cerramiento de los bajos para instalar una capilla y escuela provisionales, aprovechando al máximo los escasos espacios disponibles.

Diez años después, los jesuitas habían conseguido levantar en Santa Isabel un patrimonio inmobiliario nada desdeñable, no siempre financiado por el gobierno de Madrid: un templo de obra, una casa misión y un colegio de indígenas, tres sólidas construcciones situadas en la plaza de España y articuladas en torno a un gran patio y un extenso huerto, con salidas a las calles laterales (calle de Jesús y calle de la Marina).



FIGURAS 2. FUENTE: AHL

El primero de estos edificios fue la escuela, levantada por iniciativa personal de Irisarri en 1860 sin atender a permisos oficiales, al considerar que era urgente dar educación y cobijo a diez niños que los militares españoles habían traído desde Corisco, Cabo San Juan y Annobón, una vez que la primera escuela, ubicada en los bajos de la propia casa de los misioneros, a la que asistían los hijos de los colonos españoles llegados a Fernando Poo pocos meses atrás, quedase vacía a causa de la epidemia que se desató en Santa Isabel a principios de año, provocando el retorno a la península de los supervivientes¹⁷.

Según cuenta el propio Irisarri en la segunda memoria que dirigió al Ministerio de Ultramar, los materiales (ladrillos, tejas, baldosas cal y yeso) los reunió, adelantando el dinero, con la ayuda de los albañiles de la compañía de tropa, mientras que la madera necesaria para puertas y ventanas y para la cubierta fue traída del bosque y trabajada por los hermanos coadjutores de la misión, ayudados por crumanes, aparte de aprovecharse los tablones serrados que estaban preparados para la casa de Annobón¹⁸. El coste total de la obra ascendió a 26.478 reales de vellón. Se trataba de un edificio de planta baja de 288 metros cuadrados, de 27 metros de largo por 6 de ancho, dividido en 5 habitaciones, al que más tarde se le añadió un edificio perpendicular de 21 metros de largo. A su lado se levantó un tinglado de madera con cubierta de bambú de 17 metros de largo por 6 de ancho, dividido en varias habitaciones destinadas a cocina, talleres de carpintería y dormitorios. Dando a la calle de Jesús, se construyó más adelante una casa de madera sobre pilastras de ladrillo, de 72,25 metros cuadrados en una sola planta, dividida en tres habitaciones con ventanales y rodeada de un terreno de 3.851 metros cuadrados, en buena parte cultivados¹⁹.

En el AHL hemos podido localizar un balance detallado de la primera obra de este completo complejo educativo levantado por los jesuitas en Santa Isabel, suscrito por José Irisarri, que reproducimos a continuación porque refleja hasta el más mínimo

¹⁷ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 36. *Sobre traslado de colonos a Santa Isabel*.

¹⁸ AGA. A-G. Caja 780. Exp 10. *2ª Memoria del superior de la Misión Jesuita... op. cit.*

¹⁹ AGA. A-G. Caja 677. Exp 24. Informe del gobernador interino para la propuesta de compra de la misión de Santa Isabel. Sta. Isabel, 8 de abril de 1872.

detalle los costes y los materiales que se utilizaron para esta primera construcción misionera en Fernando Poo²⁰:

Coste de la obra que ha hecho la misión en el año 1860 para escuela, taller, dormitorio y cocina

	Reales de vellón
Jornales de los albañiles	4.696,50
Krumanes alquilados para traer piedras, arena, etc.	1.352
Ocho mil y doscientos ladrillos a 12 pesos fuertes el millar	1.968
Mil y siete cientos id. a 14 pesos fuertes el millar	504
Treinta pipas de cal de 9 fanegas cada una a 16 reales una	4.320
Siete id. de yeso de 10 fanegas cada una a 16 reales una	1.120
Embase, o sea 37 pipas, del yeso y de la cal a 60 reales una	2.220
Cuatro mil y quinientas tejas a 30 reales el ciento	1.350
Cuatro mil y ochocientas losetas a 30 reales el ciento	1.440
Cinco puertas con sus marcos a 200 reales una	1.000
Diez y nueve ventanas con sus marcos a 100 reales una	1.900
Cristales para las ventanas	1.257
Clavos, tornillos, bisagras, pasadores y cerrajas	970
Ciento y treinta escuadrías para la cubierta o tejado a 10 reales	1.300
Ocho tabloncillos para viguetas y barraganetes a 20 reales	160
Un tirante de la tijera de treinta pies de largo	80
Sesenta tablas de a pulgada para alfajías a 14 reales una	840
Total	26.478

En cuanto al templo, la primera piedra se puso el 19 de noviembre de 1861, día de Santa Isabel, por orden expresa del gobernador, José de la Gándara, a fin de que el histórico acto pasase a las generaciones futuras unido al augusto nombre de la soberana promotora de tan magna edificación. Un año después, su sucesor en el cargo, Pantaleón López Ayllón, escogió la misma fecha para su inauguración. Según se desprende del proyecto y presupuesto, aprobado sin regatear un céntimo, presentados por Manuel Pujol y Olives, el coste total de la iglesia ascendió a 119.020 reales de vellón, a los que

²⁰ AHL. Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca. *Coste de la obra que ha hecho la misión en el año 1860 para escuela, taller, dormitorio y cocina*. Sta. Isabel, 14 de junio de 1861.

hubo que añadir 19.425 más para ornamentos, púlpitos y santuarios²¹. En agosto de 1862, la Comandancia de Ingenieros de Fernando Poo solicitó un presupuesto suplementario, por valor de 1.142,15 pesos fuertes para poder acabar las obras del muro perimétrico exterior, los vitrales, el pavimento y el tejado. La principal razón para justificar este sobrecoste fue que buena parte de los materiales remitidos desde España (cemento, yeso, vidrios, etc.) se habían malogrado por el clima²². Se trataba de una construcción sencilla a dos aguas, con un frontón rematado por un pequeño campanario cuadrangular a modo de espadaña. El 12 de noviembre de 1888 fue pasto de las llamas, cuando se declaró un incendio en una casa comercial inglesa contigua, por lo que fue sustituido por una nueva iglesia prefabricada en hierro, comprada en Bélgica e inaugurada el 19 de marzo de 1890 (Fernández, 1962: 278).

De él nos queda un dibujo que permite hacernos una idea de cómo era:

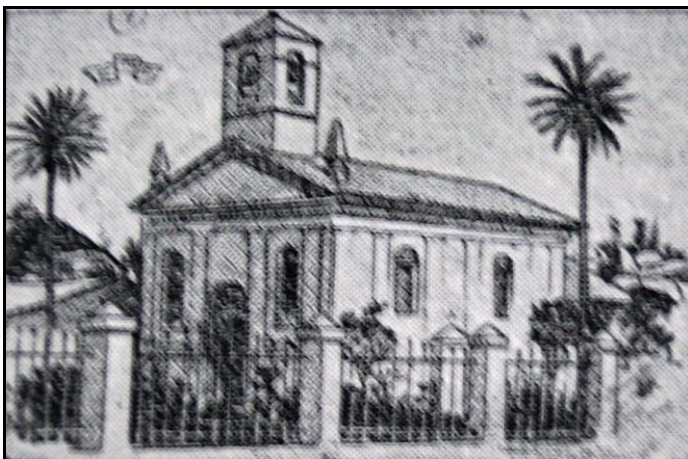


FIGURA 3. FUENTE: FERNÁNDEZ, 1962: 50.

Respecto a la casa misión, situada en la Plaza de España 1, en un solar de 1.200 metros cuadrados que hacía esquina con las calles de la Marina y de Jesús, ésta acabó siendo un edificio de proporciones considerables: una planta de 210 metros cuadrados, con 17,5 metros de fachada por 12 de profundidad, planta baja, piso principal y buhardilla con dos claraboyas cerradas con persianas. En la planta baja había cuatro habitaciones, vestíbulo y soportal, con 20 ventanas a los cuatro lados, todas con cristales

²¹ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 10. 1861-1865. *Proyecto y Presupuesto de la Iglesia en Santa Isabel de Fernando Poo.*

²² AGA. A-G. Caja 676. Exp. 16. *Comandancia de Ingenieros de Fernando Poo. Presupuesto suplementario para la obra de la Iglesia.*

y persianas, y siete puertas de doble hoja. El piso principal tenía 20 balcones, cinco para cada uno de los cuatro lados, todos con persianas de madera y puertas con cristales. Estaba dividido en nueve habitaciones independientes que daban a un corredor central.

Todo el perímetro de la misión estaba rodeado de un muro con zócalo de obra y rejas sostenidas por pilastras. Sin duda un recinto con un emplazamiento privilegiado que pone de relieve que la ordenación ortogonal del plano de Santa Isabel, que realizó el comandante especial de Fomento, Julián Pellón, en 1863, tomó como punto de partida la plaza abierta frente a la misión jesuítica (figura 5). No nos cabe duda de que era un complejo más que suficiente para acoger once años después a los primeros misioneros claretianos, tal como podemos apreciar en esta foto.



FIGURA 4. Complejo de edificios construido por los Jesuitas en Santa Isabel. El pináculo asentado sobre el tejado de la casa misión pudiera hacer pensar erróneamente que se trata de una fotografía tomada después de 1889, cuando los claretianos sustituyeron la iglesia construida por los jesuitas por un nuevo templo de hierro con un campanario de factura parecida. FUENTE: AHL.



FIGURA 5. Detalle del plano de ordenación urbanística de Santa Isabel, levantado en 1867 por el comandante de ingenieros Félix Recio y Brondo, actualizando en copia exacta el que a su vez levantara en 1863 el comandante especial de Fomento, D. Julián Rodríguez Pellón, en el que puede apreciarse, en plena plaza de España, la privilegiada localización de la misión jesuítica heredada por los claretianos. FUENTE: AGA. Caja 781.

PRESENTACIÓN DE LOS DOCUMENTOS

Los trece documentos que se transcriben a continuación se han seleccionado en función de su aporte testimonial a la hora de reflejar las dos herencias más relevantes que los claretianos recibieron de los jesuitas. Al mismo tiempo, hemos procurado que fueran bases documentales inéditas que permitieran al lector conocer aspectos puntuales y significativos de las misiones jesuíticas en la Guinea española, una experiencia apostólica que prácticamente no se ha estudiado más allá de las breves referencias que incluyen en sus historias de las misiones africanas los religiosos claretianos Cristóbal Fernández (FERNANDEZ: 1962) y Tomas L. Pujadas (PUJADAS: 1968; 1982).

El primer documento transcrito es un breve libro de memorias, recogido en un cuaderno de tapa dura parecido a una pequeña agenda, que pudimos localizar en el

AHL. Según figura en su primera página, perteneció al hermano coadjutor Cirilo López, aunque este es el primer punto que debemos aclarar. Al no aparecer por ningún lado el nombre de este hermano en las anuas de la misión de Fernando Poo que José Irisarri oportunamente remitió a su superior provincial²³, sospechamos que él no era el autor de estas memorias, a pesar de la veracidad y el tono sincero con que se narran los hechos y experiencias.

Realizadas las oportunas consultas al P. Isidro M^a Sans, responsable del AHL, resultó que Cirilo López había nacido en 1795, por lo que tendría 63 años en 1858, siendo muy poco probable que hubiera viajado nunca al Golfo de Guinea²⁴. En cambio, un dato incluido en las anuas de 1863, donde José Irisarri informa que desde finales de 1862 hasta agosto de 1863 viajó a la península acompañado del hermano Tomás Araujo, y la detallada descripción de este viaje incluida en el librito, nos inclinan a pensar que se trata de los apuntes de este hermano coadjutor, para el que coinciden plenamente las fechas y detalles de su estancia en Fernando Poo.

Además de tratarse del punto de vista sincero y crítico de un hermano coadjutor, algo muy poco frecuente en los documentos que disponemos de las misiones africanas, el valor testimonial del librito radica en los muchos pormenores que incluye sobre las experiencias que Tomás Araujo vivió en Guinea, con detalles tan significativos como, por ejemplo, que la llegada de los jesuitas a Fernando Poo fue por San Carlos, y no directamente por Santa Isabel, o que en su vuelta a su lugar de origen muchos crumanes eran asaltados y despojados de sus ahorros por desamparo de quienes les devolvían a su tierra después de los duros años de trabajo en la colonia española.

De las muchas particularidades que el lector podrá apreciar, hemos querido destacar la versión que Araujo da de la repentina muerte del padre José Bellart, destinado a fundar una misión en Corisco, porque difiere completamente de la versión ofrecida a José Irisarri por el comandante del bergantín *Constitución*, José Maymó, en la carta que transcribimos en el Documento 2. Asimismo, hemos incluido en el Documento 3 el balance pesimista que el mismo H. Tomás Araujo hacía en 1867 de las misiones

²³ AHL. *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca*. Anuas de la misión de Fernando Poo 1858-1865.

²⁴ Cirilo López nació en Sotresgudo (Burgos), el 9 de julio de 1795; ingresó en el Noviciado de Valencia el 25 de diciembre de 1819; hizo sus Últimos Votos el 3 de mayo de 1834; y falleció en Sevilla el 29 de agosto de 1874.

africanas en una carta dirigida al padre Cotanilla, una breve síntesis, sin duda más formal y contenida que la recogida en su librito de memorias, de cómo habían ido las cosas que pone de manifiesto el declive en el se habían sumido los jesuitas, al tiempo que refuerza la idea de que Araujo era una persona despierta y con un criterio muy propio.

Los documentos siguientes, a excepción del último (Documento 13), en el que los jesuitas hacen su propio balance de la experiencia africana para la Historia Domus de la institución, pertenecen a la pluma de José Irisarri. Se trata de la primera carta que remitió a Ultramar desde Santa Isabel y de la última que escribió, una semana antes de morir, a su superior provincial (Documentos 4 y 12, respectivamente); de las tres restantes memorias conservadas sobre la marcha de la misión, remitidas a Ultramar, correspondientes a los años 1860, 61 y 62 (Documentos 5, 6 y 7), que completan la primera memoria de 1859, ya transcrita y comentada por Jacint Creus y M^a Antònia Brunat en el número 4 de esta misma colección; del plan de misiones trazado por Irisarri en 1862 (Documento 8); de la relación de una excursión que los misioneros hicieron a los poblados del oeste de Santa Isabel aquel mismo año (Documento 9); de las anuas de la misión correspondientes a los años 1864 y 1865 (Documento 10); y de la carta que Irisarri remitió al P. Eugenio Labarta, superior general de los jesuitas, para relatarle la expedición que hizo a Annobón, acompañando al gobernador Pantaleón López Ayllón, en 1864 (Documento 11), un año que a nuestro criterio marca el punto de inflexión que llevará al colapso definitivo de las misiones jesuíticas.

En todos estos documentos, que sin duda recogen lo más significativo de los escritos conservados de los catorce años en que los jesuitas estuvieron al frente de la misión de Fernando Poo, el lector encontrará detalles significativos de cómo era la ciudad de Santa Isabel que se encontraron en 1858 y de cómo eran las sedes que lograron establecer fuera de Fernando Poo; aspectos concretos de su relación con las autoridades de la colonia y de sus proyectos territoriales; pormenores del choque cultural que vivieron con los naturales del país por su empeño evangelizador, etc. Datos con los que podrá entrever el perfil religioso y humano de estos misioneros y deducir las razones de sus desventurados planes apostólicos.

DOCUMENTO 1. Libro de memorias para uso del que lo pone. Este libro está hecho por el Hermano Cirilo López. Coadjutor de la Compañía de Jesús²⁵.

1858:

Salimos del Puerto de Santa María el 19 de abril, en el vapor Basco Núñez de Balboa, comandante D. Carlos Chacón, segundo D. Joaquín Navarro, guardias marinas, Osorio y Benjumea.

Llegamos a Tenerife el viernes 23 sin novedad alguna y permanecemos allí dos días. Salimos el 24 y, dejando las islas de cabo Verde, legamos el 30 a Gorea²⁶, y saludados por el fuerte y habiendo visitado las autoridades y a los misioneros del Santo Espiritu o Lazaristas y la casa que tienen en Nacar (?), salimos el Domingo, dos de mayo, por la tarde sin ocurrir novedad alguna.

Llegamos a Sierra Leona o Freetown el miércoles, y varios fueron a tierra y el R.P.S. dijo misa a los presos en casa de una señora francesa, confesó alguno, bautizó un niño, les predicó y dio sepultura a un español que murió allí mientras nuestra permanencia en el puerto. Éste era de un barco negrero que habían apresado. La población es grande, casas regulares, pero entre los negros naturales son chozas. Hay unos 22 mil habitantes, no bajan de unos mil presos en las cárceles por robos, envenenamientos y asesinatos. Estaba de cónsul el Sr. Lugasti, que a poco tiempo murió y se cree envenenado en un festín.

Salimos de allí a los 8 días de haber entrado. El jueves de la Ascensión hubo saludos y convidaron a toda la oficialidad a un banquete, y el sábado, víspera de la Ascensión llegamos a San Carlos (puerto al poniente de la isla de Fernando Poo), donde se dio fondo y pasamos la noche. El joven Mattius estaba allí con un balandro y fue a bordo para informarnos del puerto, y al siguiente día, Domingo, dimos la vuelta a la isla por la Concepción y por la tarde entramos en la bahía de Clarens, donde se dio fondo, y

²⁵ AHL. *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca*

²⁶ Isla de la costa occidental de África. Una de las bases principales de concentración de esclavos, antes de ser embarcados hacia las colonias americanas.

saltaron a tierra el Comandante y el Superior y se presentaron a Mr. Linslager, gobernador que era entonces.

Los negros de la población, prevenidos por los ingleses, creían que los españoles iban a esclavizarlos para venderlos, y muchos se retiraron a los bosques, y otros cerraron las puertas, negándose a vender nada a los españoles. La familia de Matthius, que aun vivía la madre y tenían una tienda y algún capital, no querían recibir la moneda española, y les impuso el Gobernador una multa, y desde entonces se enmendaron.

D. Carlos Chacón compró por 400 libras esterlinas una casa de madera a Linslager para establecer la misión: dicha casa que estaba recién concluida, estaba destinada para una fonda, y hubiera sido la primera que se hubiese establecido allí. También compró al cónsul inglés la casa o almacenes que están en la playa donde desemboca el río cónsul.

Hicieron una expedición dicho Señor [el gobernador Carlos Chacón] en compañía del Padre Superior [José Irisarri] a las islas de Corisco, Annobón, Santomé y Príncipe, de donde vino con la fiebre el Padre Superior, y estuvo a la muerte. En su ausencia caímos también con fiebres todos los hermanos, y nos asistían los Padres Vega y Acevedo, y nos dieron un muchacho marino para la cocina. El primero que murió allí fue un muchacho de cámara del Balboa, y le enterraron al pie de la ceiba que está en la punta Fernanda. A los seis meses de nuestra legada allí, murió el P. José [José Bellart], quien asistió a la bendición del nuevo hospital militar y acompañó la misa que celebró el Padre Superior, quien, después de ella, les hizo una plática.

A poco tiempo de nuestra llegada, y de haberse encargado del gobierno D. Carlos Chacón, se presentó Boloco, jefe de los naturales de Banapá y Basilé, pues gobernaba los dos pueblos, y también le obedecían los de Devola, con una partida de naturales, con sus jefes subalternos, todos armados, en número de unos 400, deseando saber si iban los españoles de paz o a hostigarlos. Dieron dos vueltas a la plaza en ademán militar y se pusieron en cuadro, e hicieron pie firme hasta que el jefe, por medio de intérpretes, se entendió con el gobernador, que era ya entonces D. José de la Gándara, quien había llegado con aquel cargo, y diciéndoles que iban de paz, y para hacerles felices, en prueba de ello, les repartió caña, tabaco y telas, y para obsequiarles quiso que la charanga tocara en la plaza; pero apenas vieron los bubis el traje encarnado de los soldados y los instrumentos de metal reluciente se desbandaron como pájaros, dejando

solo la plaza con algunos jefes, y hasta que se persuadieron que no había peligro ninguno no se consiguió que volviesen a la plaza.

Cuando llegó la Urca Santa María con el Señor Gándara, gobernador, y el sobrino, la señora y dos niños Gándaras, fue cuando fue Boloco, es decir, nueve meses después de nuestra llegada.

Cuando llegó la Santa María, se aprestó el Balboa para regresar a España. Aquella trajo los colonos, a quienes habían dado 3.000 reales para que principiases, pero como carecían de todo recurso, era tiempo de aguas, no tenían habitaciones y tuvieron que albergarse en las cocinillas de los negros, donde carecían de toda comodidad, y sobre todo de alimentos, pues no es fácil acostumbrarse de pronto al plátano, ñame, coco y hierbas, de que se alimentan los naturales. Fue la causa que empezaron a atacarles las fiebres y a morir. A muchos de ellos teníamos que darles caldo en casa y les asistían los mismos Padres. Los pocos que quedaron se volvieron a España a vivir de limosna.

Si hubiera habido la prevención de darles alimentos por parte del gobierno por algunos años, como han hecho los ingleses en Australia, acaso se hubieran salvado el honor de la nación, y la desgracia de tantos infelices! Y, en vez de concretarse a la población de Santa Isabel, se hubiera dado oído a las proposiciones de conocedores de climas semejantes, y haber emprendido un desmonte a la falda del monte, y haber empezado allí una población, acaso se hubieran salvado muchos desgraciados y hubiera empezado el crecimiento de la colonia, pero las dos autoridades, el Gobernador y el Padre Superior, fueron del parecer que se debía probar fortuna en la población comenzada, como si la experiencia no hubiese demostrado ya por tantos años la insalubridad de aquel paraje, como se vio en la expedición del Señor Ucera [Jerónimo Mariano Usera y Alarcón], y después en la del Sr. Martínez [Miguel Martínez Sanz], cura de Chamberí, que fue con obreros y beatas, y tuvieron que volverse por falta de salud, y sólo quedó allí Don Nicolás Bosquet, que se casó con una de las beatas, y al fin tuvo que ir a Canarias por no poder resistir las enfermedades.

En tiempos anteriores hubo también una Compañía de ingleses aserradores y murieron casi todos; fue más tarde una colonización francesa y les pasó lo propio ¿Son acaso los españoles invulnerables a las enfermedades? En cuatro años hemos visto perecer muchos negros naturales, muchos españoles, tanto colonos como soldados, empleados, comerciantes, etc., y puesto que se creía que en la mar se conservaban mejor ¿no hemos

visto diezmarse la gente de los barcos y tener que desamparar el pontón, y transportar la gente al bosque, donde se salvaron en enramadas, a pesar de ser tiempo de aguas, y estar metidos la gente en el fango y todos mojados? * Desmante de Santa Cecilia, casa de aclimatación.

A la vuelta del Balboa tuvo que regresar a España el Sr. García, por falta de salud, y más tarde el Padre Acevedo por igual motivo, pero antes que éste saliera, habían llegado los padres Sanmartí, Bellart y Dalmases²⁷, con algunos Hermanos.

Al padre Bellart se le envió a recorrer la isla de Corisco y murió allí de una disentería que le atacó en el barco. Por un muchacho testigo de vista, supimos como, estando nuestro Padre casi en la agonía, le pusieron en un bote, le taparon con una manta y le dejaron cerca de la playa hasta que murió, sin darle ningún socorro, y aun tuvieron valor aquellos marinos de decir que estando dicho Padre malo de peligro bebía demasiado vino ¡Yo preguntaría que se hizo de D. N., que fue a otra expedición de Corisco y no volvió, ni se pudo nunca descifrar la incógnita! Sin duda también bebió mucho vino, y desapareció por encanto (hubo sospechas que le mataron).

Aun no habíamos concluido de labrar la madera para la meditada casa de la misión de Annobón, cuando la muerte arrebató al P. Dalmases, y la casa y misión de Annobón se quedó en planes: pues la madera se empleó en una casa escuela que se levantó a nuestra despena por haberse adelantado el padre superior. El Sr. Gándara no quiso indemnizar los gastos, y se fueron preparando los materiales para hacer una casa de cantería que fuese más cómoda para nuestra habitación. Y habiendo tomado el cargo de gobernador Don Pantaleón Aillón [Pantaleón López Ayllón] se empezó la casa misión y se concluyó la iglesia que empezó el SR. Gándara.

Habiendo muerto el Hermano Roselló, y tenido algunas fiebres el padre Superior, y yo muchas de ellas, y en particular una biliosa, de la que estuve a la muerte, dispuso el Padre Provincial que regresásemos a España, habiendo dejado instalada la misión de Banapá, y por superior al Padre Campillo [José Campillo] . Pellón [Julián Pellón], comisario regio, había hecho una casa en Basilé y empezado otra en la población, se había construido el cuartel y ensanchado la casa del gobernador, y hecho algunas casas barracas en Santa Cecilia.

²⁷ Lorenzo Sanmartí, José Bellart y Pedro Dalmases

Nos despedimos de todos y nos dimos a la vela en el vapor San Antonio, el día 3 de diciembre de 1862, y para el 17 dimos vista a la isla de Fogo, y el 18 llegamos a San Vicente, donde dimos fondo, se hizo carbón, recibimos algunos obsequios de los señores portugueses, y continuamos rumbo a Tenerife y Cádiz, a donde llegamos sin novedad alguna, si no es la enfermedad de uno de los confinados de Loja que fue conducido al hospital y en breves días murió.

En esta jornada trajimos a España a Antonio Annobón y Felipe Valcárcel, quedándome con ellos en el Puerto, mientras el padre Irisarri recorría varias casas y colegios de la Península, y el mes de mayo nos reunimos en Madrid, de donde salimos la víspera de San Juan, con dirección al puerto de Santa María para reembarcarnos en el San Antonio, que debía volver a Fernando Poo.

Y el día 9 de julio del 63 salimos de Cádiz, y el 13 fondeamos en Tenerife, y el 14 salimos con dirección a Cabo Verde, donde se hizo carbón, y continuamos nuestro rumbo hacia Fernando Poo, donde llegamos sin haber tenido contratiempo alguno. Al llegar allí, fueron a bordo los Padres, y supimos la muerte del Hermano Sudupe y de algunos otros que habían fallecido en nuestra ausencia. Entre ellos, Don Lucas y Obón, que eran los principales comerciantes de allí. La iglesia estaba concluida, y se celebraba en ella. La casa también estaba casi concluida la albañilería, pero faltaba toda la obra de carpintería y tejado, pues estaba cubierta con bambú. Trabajaba la carpintería Guillermo Mazón. El piso, los tablados y las puertas, ventanas y persianas fueron obras de los hermanos Vila, Oyarrabal y Araújo [Tomás Araújo].

La misión de Banapá continuaba sin hacer muchos progresos con los naturales. Habiendo después llegado las casas pedidas para las misiones de Corisco y Devola, el gobernador Aillón, que en compañía del Padre Campillo había recorrido la isla y visitado varios pueblos bubis, se inclinó a llevar la segunda casa a Basupú del este, y no a Debola, como estaba antes pactado con el Superior, y allí fue a establecerse el Padre Rodríguez, y fue comisionado para armar allí la casa, bajo la dirección del señor Osorio, ingeniero, Don Juan Caballero, que fue con algunos soldados, por lo que podía suceder, y se vio que no fue desacuerdo, pues los bubis quisieron hacer resistencia y salieron armados a impedir el paso a la población, pero como hallaron que se les hacía frente cedieron y dejaron paso a la población. Tan luego que, con el trato, se dieron a conocer los huéspedes, el temor se convirtió en amistad.

La otra casa se llevó a Corisco y fue destinado el Padre Francisco Xabier García, quien estaba entusiasmado por aquella misión, pues había una esperanza lejana, pero no cierta, de que se podría hacer mucho bien en aquella isla y sus alrededores. Pero como de ver a examinar el carácter de aquellos negros hay mucha diferencia, la experiencia ha hecho hallar tristes desengaños, que, con el tiempo, acaso algún historiador imparcial de a luz y pueda manifestar las grandes y verdaderas dificultades que allí se encuentran para la conversión de aquellas gentes; y es, no menor, entre ellas, el tener que luchar contra el protestantismo, arraigado allí hace ya largos años.

En los bubis no se han hallado menos, por la inconstancia innata de ellos, la desconfianza con los extranjeros, y lo astutos para ocultar sus sentimientos y decir la verdad; y como nunca la dicen, no pueden tampoco conocerse ni creer ser cierto lo que se les dice; ni que la religión que se les predica sea su fin únicamente el salvar sus almas. Y he aquí la grandísima dificultad de que dejen los hijos para instruirlos; y así sucede que apenas son grandecitos y empiezan a aprenderla doctrina los envían a otros pueblos lejanos, lejos del roce de los misioneros. Y si uno se concreta a los pueblos, allí se queda solo, se pasan mil y mil incomodidades para poder reunir los niños para la doctrina, y sólo por medio del interés se les atrae.

La mayor parte del año la pasan en sus posesiones, que llaman Bujubá, que son casillas o chozas dispersas por entre el bosque, al lado de algún pequeño desmonte, donde hacen sus sementeras, y donde viven aisladas las familias, sin verse a veces en mucho tiempo, si no es en sus días de fiestas o bualas, que para entonces se convidan y van en romerías de un pueblo a otro; o en sus fiestas familiares, que entonces se reúnen en sus pueblos por algunos días, y pasados aquéllos, vuelven a dejar el pueblo solo. En algunos pueblos, suelen ir de noche a dormir a ellos, pero apenas amanece se vuelven a sus posesiones; y sólo quedan algunos viejos o enfermos; o algunos cerdos al cuidado de alguna vieja.

Además, el padre nunca dejará el hijo al cuidado del misionero, pues apenas sabe andar se le enseña a ir al río a buscar agua y a cargar con la calabaza, cuando el padre o hermano mayor va a las palmas en busca de tupí, que es el vino de las palmeras. Ocupación que les hace emplear la mayor parte del día, y sin la que no pueden pasarse por constituir parte de su alimento.

Si es en tiempo de plantíos, los adiestran a recoger la maleza y quemarla, a arrancar las yerbas en los plantíos; y también a recoger las saludables, que sirven para sus alimentos. Y cuando son ya mayorcitos pasan mucho tiempo en la caza, ojeando en los bosques y ejercitándose en el tiro de fusil, o en hacer trampas en los senderos de los animales. También les enseñan de buena hora a hacer sus sombreros, y a trabajar el bambú que sirve para techar sus casas; éste lo hacen de la varilla y hoja de una palma propia para este efecto. Y, apenas tienen resistencia en las piernas, les hacen subir a las palmas para sacar el tupí, como también para cortar los dátiles de que hacen el aceite.

Las niñas no tienen menor ocupación, pues nunca se separan del lado de la madre para ayudarla en todos sus quehaceres. Estos consisten en hacer sus plantíos de cocó, alimento exclusivo para ellas; en buscar yerbas comibles, leña, junco del que hacen las cestas y trencillas o pulseras. En engarzar abalorios y tejer pulseras, cinturones, y cordones de estos granitos; y hacer hilo para hacer la trencilla de que hacen las polainas o adornos de las piernas y brazos; en hacer cuerda para atar sus cargas, o también en hacer bambú, y cuidar, como pasa dondequiera, de sus hermanitos menores, que casi siempre llevan a cuestas, cuidan de su limpieza y bañarlos en el río, operación diaria desde que nacen hasta que se hacen independientes.

Por donde se verá la gran dificultad de instruir a los niños, porque hay que esperar a las pocas ocasiones en que se reúnen en la población, o ir de caserío en caserío para instruirlos, lo que es muy difícil, ya por las distancias que hay, ya por los malos caminos, que son unos senderos que a lo mejor se extravía uno dentro del bosque, que está cubierto de maleza, y se encuentra en un laberinto de senderos, sin saber cual tomar, y estos a lo mejor se concluyen sin llegar a ningún punto; y vuelva usted atrás.

En el verano pueden pasar por diversión estas excursiones, pero en el invierno, cuando está todo el día lloviendo, y después que llueve continúan las gotas de los árboles, el rocío de las plantas, los charcos de agua y fango que quedan en los senderos, y aún más los ríos crecidos, sin puentes y sin más medios para pasarlos que el descalzarse, o calzado como uno está, meterse en ellos hasta la cintura, y con esperanza de quitarse la ropa mojada si vuelve a casa. Y sin embargo, todos estos trabajillos no se hacen tan duros tomándose, como se toman, sólo por la gloria de Dios.

Pero, como detrás de ellos vienen la escasez, en que a lo mejor se encuentra uno sin alimentos que le puedan sustentar, y obligado a vivir como los bubis; y detrás de esto

las fiebres, las úlceras que se forman en cualquier rasguño o picadura de animales. El tormento de los mosquitos, que a ciertas horas del día son insoportables, las malas noches que a lo mejor le proporciona a uno la ronda de hormiga roja , que no hay más medio que el fuego para hacer la huir y poderse librar de sus venenosas mordeduras. Y si hay gallinero, tener que ir muchas noches a librar a los pobres animales, ya de la fiera que las degüella o ya de la culebra, que en vano se esfuerza por engullirse alguna gallina, o que con astucias roba los huevos a otra y las pone en alarma a todas.

Y, para colmo de todo esto, acaece a lo mejor que de la noche a la mañana desaparece la población al lado de la cual se había fundado la misión, como ha sucedido en Banapá, cuya gente, después de haber recibido multiplicados beneficios, y haberles asistido con asiduo cuidado en la epidemia que tuvieron de viruelas, con el falso pretexto de huir de un espíritu malo y evitar los hurtadillos que les hacían los crumanes por hallarse a orillas del camino, transportaron la población a ½ hora de distancia, a la falda del monte, sin que hasta el día haya podido redecírseles a que vuelvan a su antiguo puesto; sin embargo no dejan de prometerlo, pero sí de cumplirlo.

La única esperanza que hay en Santa Isabel es la nueva población que ha hecho el gobernador Don José Barreda para los congos emancipados, a orillas del río consul, y separada de la población mixta. Habiendo dado libertad y el capital que tenían en depósito a los ya casados, se han ido a vivir al nuevo pueblo, y muchos de ellos se han dado al tráfico, otros a la agricultura, y otros sirven aun en casas particulares. Los solteros, que no eran los más, se van casando con algunas mujeres que se les van prestando algunos de la costa; portuguesas o bubis, las que se han ido instruyendo en casa, se han bautizado y casado muchas, y seguían instruyéndose otras muchas que estaban apalabradas con los congos solteros.

Algunas misis también se han instruido y bautizado por el Padre Superior, pero como no se pudo conseguir que se casasen, y por ser de buenas familias, creyó su reverencia que serían fieles a Dios y a sus promesas, y no dudó en acceder a sus deseos: mas lo cierto es que, llevadas de su mala costumbre y libertad con que han vivido, han llenado de escándalo la población, y de amargura el corazón de los misioneros; y a la muerte del Padre superior, acaecida el mes de febrero de 1868, si alguna pena llevó en su corazón fue sin duda la amarga memoria de la infidelidad de algunas de sus negritas.

También el Padre Campillo lamentara la facilidad que tuvo en bautizar a otras que son el lazo de la población y sabía bien como vivían, más como llegó a ser superior ...

El difunto Padre Irisarri había conseguido que le asignasen una cantidad para hacer una capilla a los congos en su población, por el gran deseo que tenían el Padre Superior y el Sr. Barreda que estuviesen separados los congos de los protestantes de la población, pero a la muerte del 1º, y ausencia del 2º, logró D. Julio (el administrador) disuadir a Recio (el ingeniero), que estaba de interino, y al Padre Campillo de suspender la obra, y aun se trataba de unir las dos poblaciones, echando por tierra, no sólo los deseos, sino el trabajo de sus antecesores. No culpo al Padre Campillo más que en ser muy fácil para dejarse persuadir del Sr. administrador, que con capa de virtud busca su propio interés.

Habiéndose declarado la epidemia de la fiebre amarilla o biliosa, o como quieran los médicos, desde mediados del 67 que no ha dejado de hacer víctimas, y continuado el 68, en que hemos perdido al Superior y a 3 hermanos, y habiéndose concentrado las misiones en Banapá, Basupú y Corisco, en Santa Isabel, por falta de sujetos y de salud en los Padres, y habiendo continuado en Santa Isabel la epidemia, y estando dos veces a la muerte ese año del 68, tanto yo como el Hermano Iturrioz, declararon los médicos que era imposible pudiésemos continuar sin exponernos a morir o quedar inútiles, y así determinó el Superior aprovecharse del San Antonio (que hacía poco había llegado con el nuevo gobernador, Don Joaquín Souza) para que regresásemos a la Península.

Lo que tuvo lugar el 31 de Agosto, a las 6 de la tarde, en que nos embarcamos, componiéndose la tripulación de soldados inútiles por las fiebres, de marinería de maestranza de transportes y de 35 negros y mulatos habaneros, que habían estado confinados allí, y habiéndolos declarado libres el gobierno, y dándoles pasaporte para que fuesen al punto que eligiesen, con tal que no fuesen posesión española; así que unos consiguieron ir a Liverpool, otros a la costa, y otros a Sierra Leona. Además iban de transporte unos 100 crumanes de varios puntos de la costa, y así nos dirigimos a cabo Palma, donde llegamos el día 12, y desembarcaron los de aquel punto, el 13 llegamos a [espacio vacío] y desembarcaron los de allí, y el 14 llegamos a [espacio vacío], donde hicieron desembarcar por fuerza a los últimos, quienes con lágrimas pedían que los llevasen más adelante, que aquéllos eran enemigos, pero no valieron ruegos, y habiéndose acercado muchos cayucos de crumanes, les fueron echando las cajas y cuanto traían de Fernando Poo, que habían ganado en su campaña de trabajo.

Y allí mismo vimos cuan bien fundados eran sus temores, pues apenas se vieron dueños de las cajas, aquellos negros las descerrajaron, sacaron lo que contenían, se lo repartieron, tiraron las cajas al agua y se retiraron sin querer llevar la gente, hasta que otros cayucos vinieron por ellos, pero como el barco andaba, y los cayucos apenas podían seguirle, los infelices se tiraron al agua para asirse a los cayucos.

Después de las enfermedades y mal tratamiento que les dan algunos amos de Fernando Poo, y de haber ahorrado alguna cosa de su trabajo para llevar a sus padres, verse tratados de esta manera, y robados tan impunemente, confieso que al ver el acto tan inhumano que se cometió con ellos se me enterneció el corazón ¿Y qué afecto podrán concebir estos miserables para volver a otra campaña? Pues, aunque en estado salvaje, no les falta conocimiento y raciocinio, y saben apreciar los servicios y favores y vengar los agravios.

El día 16 dimos fondo en Sierra Leona, donde estuvimos hasta el 22, mientras se hizo carbón y aguada. Visitaron a las autoridades y al hablar al gobernador de la gente que iba a establecerse allí les contestó, en primer lugar, que si eran hombres de bien, como lo decía el gobernador de Fernando Poo en el pasaporte, que los conservaría allí, puesto que necesitaba colonos, y, en 2º lugar, que estaba prohibido por las leyes admitir en aquella colonia cualquiera cuerpo que formase corporación, y que sin infringir las leyes no podía admitirlos, y que, por el contrario, iba a dar órdenes para que se embarcasen dos individuos procedentes de Fernando Poo que habían ido en el paquete, y se habían establecido allí, como en efecto hubo de recogerlos y embarcarlos.

Visitamos a los misioneros del S. Espirit que están establecidos allí, y el 22 nos dimos a la vela después de haber conseguido se llevase a bordo uno de aquellos sacerdotes para que administrase los sacramentos a dos hombres que estaban gravemente enfermos, lo que conseguí fácilmente del Comandante, y habiendo hecho de intérprete, para la administración de la Extremaunción, único sacramento que podían recibir por estar ya acabando.

Al despedirse el misionero, le hicieron una limosna, que de antemano se había juntado, y luego empezamos a andar. A las 12 había expirado uno que era de los confinados, y a medianoche murió el otro, que era un soldado. Y, al siguiente, día 13, se le dio sepultura a las 8 de la noche, habiéndome rogado el Comandante que asistiese

como capellán, por no haberle, y antes de tirarlos al agua dijese por ellos alguna oración, como en efecto se hizo.

El 24 al anochecer vimos una luz en medio del mar, hacia la proa, y a manera que nos acercamos se veía aumentar, hasta que se conoció claramente que era un barco incendiado, y, así, ordenó el comandante pusiesen rumbo a él, y estando a poca distancia, se paró la máquina y se tiró un cañonazo, pero a pesar del silencio que impuso a todos, lo lóbrego de la noche y las escuchas que había, no se oyó ruido ninguno ni señal viviente.

Así se ordenó se echase al agua un bote y fuesen en reconocimiento unos oficiales, llevando una luz. Antes de una hora, volvieron, después de haber dado una vuelta al barco, y reconocido un casco de hierro candente, que al movimiento de las olas hacía volcar interiormente todo el herraje suelto, las cadenas que pendían por fuera y el ruido que producía el gobernable o timón al envite de las olas, algún pedazo de madera flotando, pero sin que hubiese señal alguna de viviente. El barco era mercante de hierro y de grandes dimensiones, acaso se salvaría la tripulación en las canoas en las costas vecinas.

El 26 dimos visita a Gorea, y hubo que hacer una pequeña composición a la máquina, y allí creímos que se nos moría D. Juan Caballero, que fue atacado por una biliosa de mal carácter, pero afortunadamente cedió y en breves días se repuso. Y, habiendo dejado Cabo Verde sin tocar en él, se hizo rumbo a Tenerife, a donde llegamos el 6 de octubre, y, al llegar allí, el práctico nos dio noticia del reciente pronunciamiento, y que Boliches había muerto en Alcolea.

El día anterior había llegado el vapor Cádiz con la noticia, y partió al otro día para Gran Canaria. Y vino a bordo el teniente coronel de aquella plaza en Tenerife, a quién habían querido matar, y hubo grande griterío en el muelle para que no se le admitiese, y esto se repitió a medianoche, sin más efecto que chillar mucho. El 8 salimos de allí, y llegamos a Cádiz el 15, y allí nos informaron de la expulsión y supresión de religiosos. Pidieron informes a la junta de Madrid para ver sise nos permitía la entrada, y contestaron que debíamos ir a hacer una cuarentena donde eligiésemos, o a Vigo o a Mahón.

Y salimos para este último punto el 19, y llegamos el siguiente a Algeciras, donde se hicieron provisiones y continuamos el viaje, y el 24 llegamos a la bahía de Palma,

obligados por un fuerte temporal; salimos el 24, y el 26 llegamos a Mahón, y el 27 entramos en el puerto, y se comenzó la cuarentena en el lazareto sucio. Los domingos fuimos a Misa, que se celebra en una capilla en el interior de un gran patio. Parece una glorieta revestida de cristales todo el alrededor de la capilla, que es redonda, y los que están en la cuarentena la oyen desde unos departamentos que forman un semicírculo con gruesas rejas de hierro, que tiene el aspecto de una casa de fieras.

El 1º de octubre concluyó la 40ª, y el 15 salió el San Antonio para Cádiz, quedándonos en tierra para embarcarnos en el paquete que pasa para Barcelona, donde llegamos el 17, y el mismo día salimos para Lérida, donde dormimos, y el 18 salimos para Zaragoza, donde hicimos noche con ánimo de visitar el Pilar, pero no nos fue posible, por salir el tren a las 5 de la mañana, y, así, salimos el 19 y llegamos a Vitoria, y habiendo visto allí al P. Labarta, nos dirigimos el 20 a Durango.

DOCUMENTO 2. Carta de José Maymó, comandante del bergantín *Constitución*, comunicando a José Irisarri la muerte del padre José Bellart²⁸

Bergantín Constitución

(Mayo de 1860)

Sõr Dn José Irisarri

Muy Sõr mío y amigo: Triste misión es la mía al tener que participar a V. la infausta e inesperada noticia del fallecimiento de nuestro compañero de viaje el padre Vellart, el cual siendo el más alegre y contento entre todos los del buque al emprender la expedición, manifestando a la vez una completa salud, y por la que él no cesaba de elogiar la vida del mar, satisfecho también al reconocer los buenos deseos y facilidades de manejar a estos habitantes para conseguir de ellos cualquier buen resultado en la misión; y en fin sin la menor causa de mal estar ni disgusto, fue atacado de disentería declarada por el Doctor el día 2 del mes actual, si bien ignorando los días que con anterioridad se hubiese resentido de diarrea cosa que él ocultó y hay quien observó fueron algunos. Desde ese fatal día ya prostrado, se le cuidó y asistió lo mejor que nos era posible, pero agravándose de día en día, y declarada la calentura al tercero corrió ese

²⁸ AHL. *Historia de las Misiones de la Compª. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca*

corto periodo hasta las 12 de la noche del día 6 que entregó su alma al Sõr. Ya en este caso determinamos el tributar a su cuerpo al día siguiente las exequias que en estos desiertos nos fueron posibles, y abierto un cementerio a corta distancia de la playa (en la isla de Corisco), y colocado en cuerpo en una caja hecha al efecto le acompañamos todos los del buque, y en el acto de darle sepultura leyó el médico todas las oraciones que se usan en tales casos, y que concluyen en rezar por el alma del que se despide para siempre del mundo. Desde entonces hemos mejorado aquel sitio abriendo un camino y se colocó en la sepultura una cruz con el nombre del fallecido según es costumbre. Se formó inventario de la ropa, efectos de capilla y demás que contenía su equipaje, y todo ya bien acondicionado guardo para hacer a Ud. entrega.

Todos los oficiales de este buque se unen a mí para acompañar a Ud. en su natural sentimiento y con recuerdos afectuosos de los mismos, y deseándoles a Uds. La mejor salud, se despide de V. siempre suyo affmo. amigo Llr. G. Bl. M.

José Maymó

En primera oportunidad enviaré a Gabón por los Santos Olios, acompañando la carta que V. había entregado al P. Vellart para aquel Sõr. Obispo, y con tal objeto.

DOCUMENTO 3. Carta del hermano Tomás Araújo al padre Cotanilla. Santa Isabel, 7 de Agosto de 1867²⁹

Mi apreciado Padre Cotanilla,

He recibido su cartita con las adjuntas que V.R. me enviaba, y Dios se lo pagará, pues creía hubiesen todas pasado a mejor vida. Igualmente le agradezco las noticias que me da de esas casas, y veo que el Señor les prueba, como nos pasa por aquí, que vivimos con salud prestada.

²⁹ AHL. *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles traídos del ARCHIVO DE LA PROVINCIA DE TOLEDO. Caja Z.*

En cuanto a la exigencia de V.R. no sé que decirles, pues mi cabeza no está para escribir historias, y como aquí se pierde la memoria, no recuerdo fechas necesarias para ello.

Ya sabrá V.R. como antes de salir de España para esta misión, instalamos el R.P. Irisarri y yo la casa del Puerto de Santa María, donde esperamos ocho meses la embarcación, y el 17 de abril de 58 nos embarcamos en el Basco Núñez de Balboa, los PP. Irisarri, Vega y Acevedo, con los HH. Garayoa, García y un servidor, y después de una próspera navegación, y habiendo hecho escala en Tenerife, Cabo Verde, Sierra Leona, Gorea y Costa de gran Cestos, llegamos a este puerto el 16 de mayo del mismo año. Aquí encontramos de Gobernador a un tal Lynslager, que nos vendió una de sus casas para nuestra habitación. Las gentes, que temían nuestra venida y la de los españoles, por lo muy prevenidos que estaban contra nosotros, nos miraban con horror, nos cerraban las puertas y no querían vendernos nada. Los naturales del bosque, al ver a un blanco, huían como las ratas al bosque.

Tal era la prevención que tenían, que, habiendo pasado un año, un día bajaron varios de los caciques de los bosques con algunas de sus gentes para preguntar al Gobernador si veníamos de paz o de guerra, y habiéndolos tranquilizado sobre este punto, por obsequiarlos, mandó que subiese de la playa la banda de música, pero apenas los oyeron y vieron, como por encanto, desaparecieron todos, hasta que vieron que no era cosa que ofrecía peligro y volvieron a venir poco a poco, recibieron algunos presentes y se volvieron a sus chozas. Para entonces vinieron también algunos colonos, los que, careciendo de alimentos y de comodidades, muchos murieron y otros regresaron a la península, y nosotros, con ellos, empezamos a sufrir los efectos de este clima, muriendo el P. Vega, y todos los demás atacados continuamente de la fiebre. Fueron viniendo algunos otros PP. de España.

El 61 se estableció la primera residencia del bosque, para la que, habiendo pedido permiso a uno de los jefes indígenas, llamado Boloco, y éste y los suyos dando siempre largas al tiempo no resolvían nada, hasta que Dios envió una grave enfermedad al dicho Boloco y le movió a que pidiese al P. Superior un Padre para que le asistiese, y en efecto fueron el Padre Apraiz y Campillo y lograron aliviarle, y desde entonces se trató ya seriamente de poner allí una casa, que, en efecto, se hizo de madera. Se trasladó allí, no con pocos trabajos. El Padre Campillo y yo la armamos, y fuimos los primeros que la

habitamos, después de haber estado 8 días de huéspedes en una casa de Boloco. Mucho tiempo espieron todos nuestros pasos, pero con las dádivas los fuimos atrayendo, y con mil trabajos, aprendiendo su lenguaje.

Mientras hubo dádivas, fueron muy amigos, pero tan luego como faltaron éstas, y disgustados del proceder de los crumanes o negros trabajadores que solían subir a su poblado y les hurtaban, abandonaron la casa de la misión, transportando su ranchería a otro punto, de manera que la casa de la misión, que no hizo allí el gobierno ha quedado en un desierto; de allí a los pueblos hay buena tirada.

Por lo que toca a convertirse, si Dios les ilumina con su gracia se obrará este milagro, porque en lo natural no se ve esperanza. Aprenden la doctrina y oyen lo que se les dice, y convienen, pero no se convencen, ni creen hayan andado errado en tantos siglos. Sólo se logran algunos niños, que se han bautizado y muerto muchos de ellos, y algunos adultos que se ha logrado bautizarles a la hora de la muerte.

Aquí, en la población es muy poco el adelanto, con esta mezcla de gente, de sectas y costumbres. Por la mucha constancia de nuestro buen P. Superior, en predicarles, hablarles, socorrerles en sus necesidades, y asistirles en sus enfermedades, se ha logrado ganarles la voluntad, y se van catequizando algunos adultos, aunque lentamente. Se han bautizado especialmente negros, para casarlos con los católicos: pero todo esto no corresponde a los muchos sacrificios que hace la provincia, y lo mucho que sufrimos aquí todos. El R. P. Superior ha estado dos veces a la muerte, y yo ya cuatro, y una vez con la unción. La peor contra que tenemos aquí es el desenfreno de algunos de la católica nación, que pervierten a estas pobres gentes, y tenemos que lamentarnos como San Francisco Xavier en la India.

El P. Campillo, en su solitaria casa de Banapá, tiene 3 bubitos a quienes instruye, y le empiezan a ayudar en las excursiones que hace a los pueblos bubis. Allí enseña la doctrina a los niños, visita a los enfermos y les aplica algunas medicinas, con las cuales Dios N. Sr. hace que sanen, y por ahora se va granjeando el afecto, pero de aquí no pasa. El P. Rodríguez en Basupú hace otro tanto, y bautiza algunos niños, furtivamente, en peligro de muerte, pues en aquel pueblo aun son más interesados, más desconfiados y muy prevenidos contra el bautismo.

En Corisco, el P. García, hasta ahora, no hace más que preparar escuela y habitación, con esperanza que le dejarán los niños, pues allí se deshacen de ellos con tal que les den

de comer, pero aquí ni por ninguna promesa dejan sus niños, así es que aquí, en la pobre escuela que tenemos, sólo tenemos un bubi, y eso por ser huérfano, se escapó de su pueblo y se vino a casa guiado por Dios.

Con que aquí tiene, P. mío, cuanto puedo decirle de esta misión, donde no ha habido acontecimiento alguno notable y digno de consignarse en la historia.

Mi ocupación ya la sabe V. R. por el catálogo, con que ahora sólo me resta el pedirle me encomiende muy de veras al Señor en SS.SS. y OO. y que consuele en su destierro a mi pobre hermana Francisca, mis afectos a todos. De V. R., ínfimo servidor en Cristo. Tomás Araujo S.J.

DOCUMENTO 4. Primera carta del superior José Irisarri desde Santa Isabel de Fernando Poo, dirigida a Isidro Díaz de Argüelles³⁰

Ilmo. Señor

Los Padres y Hermanos que componen la misión destinada por el Gobierno de S.M. (q.D.g.) para las Islas de Fernando Poo, Annobón y Corisco, llegaron felizmente a la Ciudad de santa Isabel el 21 de Mayo último, después de haber recibido y continuando recibiendo del Señor Comandante y demás oficiales del Vapor Vasco Núñez de Balboa todas las tenciones que eran de desear y son tan conformes a la delicadeza y buena educación de los Marinos Españoles, a quienes viviremos siempre agradecidos. A nuestra llegada nos encontramos sin casa donde alojarnos, y el Sr. Comandante D. Carlos Chacón tuvo la bondad de comprarnos una que estaba en venta, es muy pequeña y apenas nos podemos resolver en ella, pero era la única que por entonces se ofrecía, y fue forzoso entrar en ella, porque sino hubiéramos estado obligados a permanecer a bordo³¹, y entonces no se hubiera conseguido el fin de nuestra misión: se van haciendo en ella algunas obras y de este modo podremos habitarla con algún pequeño desahogo. A esto se añade que no hay Iglesia, ni Escuela, ni local para establecer talleres, donde

³⁰ AGA. A-G. Caja 780. Exp. 4. *Fernando Poo. Misiones. 1857 a 1863 inclusive*. Carta de José Irisarri a Isidro Díaz Argüelles, Sta. Isabel, 26 de junio de 1858.

³¹ Durante los primeros años de la colonización las autoridades residían en el propio barco por creer que en el mar quedaban libres de las emanaciones miasmáticas perniciosas que según las creencias de la época provocaban en los blancos las temidas fiebres africanas. Que estuvieran dispuestos a residir en tierra prueba el arrojamiento de los misioneros.

celebrar los Divinos Oficios de la Religión Católica, enseñar las ciencias, y hacer comprender las artes y demás que es intención del Gobierno inculquemos a los naturales de esta Isla para que con el tiempo gocen de los efectos de una civilización Cristiana y social. Por lo tanto, he juzgado conveniente como jefe que soy de la misión, exponer a V.S.I. el estado en que nos hallamos, y la necesidad que hay de asignar fondos para la construcción de los edificios que nos faltan. Para ello es necesario tener presente que aquí hasta ahora no hay nada y que todo lo necesario para el efecto se a de traer o del continente y costa de África, o de las Islas de Príncipe y Santo Tomás más inmediatas y civilizadas. Con doce o quince mil duros me parece pudiera hacerse alguna cosa, encargando la obra de construcción a algún Ingeniero o Maestro Español, y llevando cuenta de los gastos e inversión de los fondos que se destinasen, y de todos modos sería muy justo que el encargado se ajustase a nuestra dirección en el plan o planes que se formen. Con esto yo no hago más que exponer la necesidad y los medios conducentes para llevar a cabo y dar cima a la obra que se nos ha encomendado. De otro modo no podemos hacer nada ni se llenarán los deseos de S.M. (q.D.g.) ni las intenciones de su Gobierno. Por lo demás como es tan corto el tiempo transcurrido desde nuestra llegada a esta Isla, no podemos informar a V.S.I. con la exactitud debida sobre otras muchas cosas como lo haré a su tiempo.

Dios guarde a V.S.I. muchos años. Santa Isabel de Fernando Poo, 26 de Junio de 1858.

P. José Irisarri S.J.

Ilmo. Sr. D. Isidro Díaz de Argüelles, Jefe de la Dirección general de Ultramar. España. Madrid.

DOCUMENTO 5. 2ª Memoria del superior de la Misión Jesuítica de Fernando Poo. 19 Diciembre 1860. Habla de varios asuntos³².

Ilmo. Sr.

³² AGA. A-G. C 780. E 10. *Fernando Poo. Misiones. 1857 á 1863, inclusive. 2ª Memoria del superior de la Misión Jesuítica de Fernando Poo. 19 de diciembre de 1860. Habla de varios asuntos.*

A fines del mes de Noviembre del año próximo pasado tuve el honor de enviar a V.S. I. a petición suya una relación de los trabajos de la Misión en esta isla, y de las observaciones que desde su llegada a ella había hecho bajo diferentes conceptos. Supe por medio de mis Superiores que otra relación había llegado a manos de V.S.I. y que había respondido que, sin necesidad de escribirle con más frecuencia, bastaría que al fin de cada año le escribiese una relación semejante de los trabajos de la misión y de lo que hubiesen observado sus individuos. Esta resolución me inclinó a creer que tanto su contenido como la forma habían agradado, aunque también es cierto que no mereció la aprobación en algún punto no muy trascendental para el fin de la colonia, y envolvía la ventaja de poder formar un todo concreto de lo que es Fernando Poo bajo el punto moral o religioso, y de lo que puede ser bajo el punto de vista político y social; a lo que se añade que el conocimiento de la Isla bajo este doble concepto ayudará al gobierno para el acierto en la elección de los medios que aseguren la prosperidad de sus habitantes y la futura utilidad de la metrópoli.

Desde luego, se puede comprender fácilmente que con otra resolución desaparecen la falta de modestia y la temeridad que pudiera haber por mi parte en referir trabajos y solicitudes, de las que pudiera resultar alguna alabanza a los individuos de la misión, y en escribir sobre materias que solamente están al alcance de los sabios. Por lo demás, es inútil que yo escriba cosas enteramente nuevas, y que adopte nuevas formas, cuando ya se sabe cuáles pueden ser las ocupaciones de los Misioneros en países lejanos según las comuniqué el año pasado. La sola diferencia de ellas en este año se observará en las circunstancias de las desgracias que han sobrevenido a la misión y del número reducido de sus individuos, así como del mayor número de muertos y enfermos, ya de negros católicos ya de españoles a que han debido atender. Dada la importancia que se quiera a todo esto, paso a la reseña de nuestros trabajos como misioneros y al apunte de mis observaciones, especialmente botánicas y zoológicas.

1. Personal de la Misión, sus enfermedades y desgracias

Con la muerte de uno de los PP. que vinieron en la 1ª expedición por Mayo de 1858, el número quedó reducido a dos, y el de los hermanos coadjutores también fue disminuido, por haber tenido que regresar uno a España por causa de enfermedad, por disposición de los Médicos. La nueva expedición de Agosto del año pasado nos

proporcionó un auxilio bastante considerable y aun necesario, atendida la mucha gente de colonos, empleados y tropa que vinieron en ella. Con el refuerzo de tres padres y tres hermanos se componía la Misión de diez sujetos, bastantes para hacer frente a la población de Santa Isabel, y aun extenderse no sólo a los indígenas Bubis, sino también a las islas de Annobón y Corisco; y así fue, que mientras se lo permitieron las circunstancias de salud y fuerzas, aun después de sufridos algunos ataques de fiebre no perniciosa, se vio a los Misioneros en busca de los Bubis en el bosque, y, después de las incomodidades inherentes a la navegación por estos mares, en las Islas de Annobón y Corisco. Mas, sin que me meta a escudriñar los altos secretos de Dios, plugo a su Divina Bondad probar la Misión de una manera muy fuerte y bastante para desconcertar todos los planes que yo tenía proyectados. El P. Acevedo cayó enfermo a principios de Diciembre, y aunque en todo el mes concebimos todos la esperanza de que podría salir avante y sobreponerse a las fiebres, algún tanto malignas, llegado Enero del presente año, se vio que su estado era peor que el que todos pensaban; le empezaron las fiebres más fuertes, acompañadas de vehementes contracciones de nervios, síncope prolongados y otros accidentes impropios para ser nombrados, y el Médico no tuvo dificultad en confesarme que otro Padre estaba expuesto a quedarse muerto cuando menos se pensase en uno de aquellos accesos: gracias, después de Dios, a las constantes visitas y a la conocida bondad y pericia en el arte de curar del Sr. D. Francisco Romero, Médico de la Ferrolana, fondeada entonces en esta Bahía, pudo escapar de la muerte, pero no del estado alarmante en que le había colocado la enfermedad; y así, por el parecer del mismo médico, fue necesario mandarle a España, habiéndole cabido la suerte de embarcarse en la Ferrolana con el mismo facultativo que conocía el carácter y todas las fases de su enfermedad: llegó por fin al Puerto de Santa María, y aunque algo aliviado en la Casa Hospicio que cedió el Gobierno a la Provincia de la Compañía en España, según me han informado últimamente, después de haber sufrido largo tiempo, sigue regular pero no enteramente restablecido. Nada me atreveré a decir de sus cualidades y aptitud de Misionero, porque, viviendo aun, temería ofender su modestia el día en que llegue a saber su más mínimo elogio. Por su carta, como apéndice ala memoria que mandé a V.S.I. el año pasado, podrá conocerse el espíritu del que se hallaba animado. Esta desgracia, aunque afectase a la Misión en gran manera por privarle de un sujeto que podía trabajar mucho, se hubiera podido sobrellevar, si a ella

no tuviera que añadirse otras dos más trascendentales. En la visita que el P. Dalmases hizo a las Islas de Annobón y Corisco y a las gentes del Cabo de San Juan, comprendió, y todos convenimos en su parecer, que la buena disposición de aquellos isleños les hacía acreedores a que se destinasen algunos misioneros para su cultivo espiritual, y así se decidió él mismo a ir a fijar su residencia acompañado de algún hermano coadjutor en la primera isla, con el fin de evangelizarlos, reservando para más tarde el envío de algún otro Padre Misionero a Corisco y Cabo de San Juan con el mismo objeto. Efectivamente, todo se estaba preparando y ya teníamos hecho el acopio de maderas y demás útiles necesario, esperando que alguno de los buques del Estado de los fondeados en la Bahía saliese para dicha isla, cuando, he aquí que el dicho padre se siente atacado de la fiebre perniciosa a mediados de Marzo: ni él ni ninguno creyó que aquél era el último ataque de fiebre que había de sufrir en su vida. El día 14 del mismo celebró el santo sacrificio de la Misa, y, como en los días anteriores, en toda la mañana estuvo muy bueno hasta el medio día, en que le vino la fiebre; el día 15 amaneció limpio de calentura y tomó las medicinas prescritas por el Médico; a las 12 h. del mismo día le repitió la fiebre y le duró hasta el 16 por la mañana; tomó igualmente las medicinas ordenadas, y tuvo, no obstante, nuevo recargo, y con él continuó hasta la mañana del 18, en que apenas tenía fiebre y se levantó de la cama un poco; se le dieron las medicinas, pero ellas no fueron eficaces para impedir el recargo que le sobrevino a las 12 del día: entonces se le presentó la fiebre con un carácter tan maligno que le produjo el delirio, y progresando cada instante con mayor ardor acabó con el enfermo a las nueve y media de la noche; hora en que el buen P. Dalmases entregó el alma en manos de su Criador, después de haber recibido los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Unión. Su cadáver fue conducido el día siguiente por la tarde al Cementerio, con mucho acompañamiento del Señor Gobernador de la Isla, Sres. Comandante y Oficiales de tropa, marineros, banda de música, colonos españoles y negros Católicos, habiéndosele hecho antes el Oficio de Difuntos en la Capilla de la Misión. Esta pérdida ha sido muy sentida por cuantos le habían tratado: con su natural amabilidad y ameno trato se había captado la buena voluntad de todos; y para la Misión ha sido una calamidad, porque el cielo, con todas las circunstancias de su bello carácter, virtud sólida y talentos con que le distinguió, parece que le destinaba a recoger frutos óptimos en la Viña del Señor. Pero es superfluo que yo me detenga a hacer el elogio del

difunto, puesto que este Sr. Gobernador, según he llegado a saber , lo hizo a su tiempo y aun lo comunicó a V.S.I.

A esta muerte se siguió la del buen p. Bellart. En oficio que me pasó este Sr. Gobernador en el mes de Marzo, me preguntaba si podía señalar un P. Misionero que se embarcase en el Bergantín Constitución que debía salir por el mes de Abril para la Isla de Corisco y Cabo de San Juan; a pesar de ser ya pocos los PP. misioneros le contesté que no había inconveniente, haciendo un sacrificio, en que fuese uno por alguna temporada para examinar el terreno y las medidas que se creyesen más oportunas para la decisiva instalación de una Residencia de Misión en aquellos puntos. Todo esto era conforme al proyecto antes formado de parte de los individuos de la misión de ir alguno a evangelizar aquellas gentes. El destinado fue el P. Bellart, joven, sano, robusto, y que había sufrido menos que los demás, de las fiebres, desde el tiempo de su llegada, por Agosto de 1859, a esta Isla. Eran las cinco de la tarde del día 20 de Abril cuando se embarcó en el mencionado Bergantín, que echó a andar con poco viento con dirección hacia aquellos puntos a las siete de la noche. En la navegación tuvieron bastantes calmas y el accidente de haber caído uno de los marineros al mar enfrente de la bahía de San Carlos, aunque afortunadamente sin haber recibido lesión alguna. Llegaron por fin el 26 del mismo mes a una de las Radas de Corisco, y, según informes recibidos, todos bastante animados, pero principalmente el P. Misionero que con su buen porte y palabras animaba a algunos que parecían dominados de la aprehensión. La incomunicación de aquellos parajes nos hacía ignorar la suerte del barco y de los embarcados en él. Sólo el buque francés de la Estación de Gabón que suele venir todos los meses a recoger la correspondencia del Paquete Inglés que de Europa llega aquí el 28 de cada mes, era el que nos había de traer alguna noticia de los Españoles fondeados en las aguas de aquella Isla. Nos hallábamos en el día 26 de Mayo, cuando un vapor francés me trajo una expresiva carta del Sr. D. José Maymó, Comandante del Bergantín Constitución, comunicándome la triste nueva de que el dicho P. Misionero había sucumbido el día 6 del mismo mes , a bordo del barco de su mando, en la dicha rada, a una maligna disentería que le duró solamente cuatro días; y que su cadáver había sido enterrado en la isla, enfrente de la playa, habiendo colocado sobre su tumba una modesta cruz con el nombre del difunto. Esta noticia fue tanto más sorprendente cuanto menso esperada, y tanto más sensible cuanto que la Misión perdía un sujeto que estaba

dispuesto siempre para todo. Su celo por extender la gloria de Dios en ayudar a las almas para salvarlas corría parejas con su acreditada virtud; en la flor de la edad y con estos dos requisitos tan propios y recomendables en un misionero, dábanos a todos las más halagüeñas esperanzas de un feliz porvenir para esta misión. Me parece que nunca podré dejar de sentir esta pérdida, y de mirarla como funesta para la misma: mas plugo al Señor universal tronchar aquel hermosos y lozano tallo y que tanto prometía; y aunque el sentimiento natural autorice nuestra tristeza y nuestras lágrimas, es preciso resignarse a la Voluntad de Aquél que tiene en sus manos las llaves de la vida y de la muerte. Acaso se creará que al hablar de las dotes de mis compañeros misioneros en los términos en que me he expresado, no hago sino alabar, como suele decirse, nuestras ahujas. Sin embargo, reconociendo que somos deudores a Dios nuestro Señor de cuántas prendas tengamos todos los hombres, si caben por ellas algunas alabanzas, no a nosotros, sino a la Divina Bondad que distribuye sus dones a quien quiere y como quiere, es a quien se refieren y deben referirse: el haberlos tratado y conocido perfectamente me ha proporcionado la ventaja de poder apreciar lo que en sí eran y cuanto prometían, y así, más bien que propia alabanza, es un desahogo a mi sentimiento y pena la memoria que acabo de hacer de ellos. Con estas desgracias sucedidas en poco tiempo, una después de otra, ha quedado la misión reducida a dos PP. Misioneros y los hh. Coadjutores, y todos ellos, menos el que escribe esta reseña, han estado incomodados con las fiebres, aunque ligeras y con ciertos intervalos, sin que por eso hayan desmayado en el deseo de trabajar en la esfera en que se lo permiten las circunstancias del clima y del carácter peculiar de estas gentes africanas.

2. Visitas de enfermos Colonos y de Negros Católicos

El censo de la población, hecho en el mes de noviembre de 1858, arrojaba de sí que eran 858 los habitantes de Sta. Isabel de Fernando Poo, en los que se hallaban comprendidos los 50 católicos, de color, venidos de las Islas portuguesas de este Golfo de Guinea y los individuos de la Misión. En la expedición de Agosto de 1859 llegaron, sin contar con la dotación de los barcos españoles, 150 soldados de que se componía la compañía, y 170 Colonos, en el cual número van comprendidos los empleados y las mujeres y niños de los de tropa. Por manera que en este año han sido los habitantes de Sta. Isabel 1178, de los cuales 370 católicos. No incluyo en esta cifra el número de

Krumanes, tanto del Gobierno como de los particulares, ni creo equivocarme si digo que son 250 los que de aquel país se ocupan de los trabajos en esta Isla. Pues bien, sin hablar más que de los católicos, objeto principal del cuidado de los Misioneros, son muy raros los que de una manera o de otra han dejado de estar enfermos. Con respecto a los Colonos españoles, V.S.I. está enterado de lo mucho que han sufrido de las fiebres del país. El cuadro que presentaba esta Ciudad en algunos meses era verdaderamente el de un gran hospital rebosando de enfermos. Las malísimas condiciones de las casas en que vivían, hacinadas a las veces tres o cuatro personas en cuartuchos cuyo suelo era terrizo y húmedo, expuestos a las malignas influencias del calor y de la humedad en los cuatro costados, sin la asistencia debida y necesaria en tiempo de enfermedad; gente, por otra parte (salvo algunas excepciones) que materialmente no sabía ni el modo de vivir y gobernarse en ciertos casos de la vida humana; falsamente persuadidos de que se les había de proporcionar todo por parte del Gobierno, y frustrados en la preconcebida ilusión de que en llegando aquí había de empezar a sonreírseles la fortuna y después de algún tiempo regresar a España hechos ya unos Capitalistas, todas estas causas juntas han contribuido moral y eficazmente a que la Colonia española de Fernando Poo fracasase del modo que todos sabemos. El roce que los Misioneros han tenido con ellos, ya visitándolos día y noche constantemente, y administrándoles los sacramentos cuando yacían prostrados en el lecho del dolor, ya prodigándoles algunas veces los socorros temporales de caldos, gallinas, etc. y ya finalmente prestándoles en los últimos momentos de la vida los auxilios de la Religión; este contacto, digo, tan inmediato entre ellos y los misioneros nos ha proporcionado el poder escuchar sus palabras, leer sus sentimientos, conocer sus circunstancias y apreciar sus condiciones; y más de una vez nuestras reflexiones han calmado sus iras; llevado la paz a sus almas y evitado desastres. Muchas veces, es cierto, lejos de prestar oídos dóciles a nuestras reflexiones, las rechazaban con insultante desdén, respondiéndonos que nosotros no sufríamos como ellos porque vivíamos en mejor casa y sin faltarnos nada. Pero no sabían ellos lo que sufrían los de la misión porque no lo veían; y sólo cuando se les ponía delante de los ojos, que siempre estaba enfermo alguno de nosotros o de los hermanos Coadjutores, y principalmente cuando vieron nuestras pérdidas y desgracias con las enfermedades y muertes de los PP., se convencieron de la verdad y justicia de cuantas reflexiones les hacíamos para consolarlos y resignarlos a la voluntad de Dios. Nos hacíamos también

cargo de que era natural se quejasen del país y le maldijesen, cuando ni un solo colono, y ni aun uno solo de los empleados se vio libre de las fiebres, más vehementes en unos que en otros según las circunstancias de cada uno.- Los negros o la gente de color, pesar de estar en su propio país padecen de las fiebres igualmente que los blancos; también suelen sufrir de reumatismos y otras dolencias que les paralizan sus miembros; y finalmente es muy frecuente verlos cubiertos de hinchazones y úlceras, a la vez que enormes, asquerosas, y de ellos han muerto después de mi última memoria trece morenos Católicos. Siendo éstos una gente muy dejada e indolente, los misioneros se ven precisados a visitarlos no sólo cuando se hallan enfermos sino también cuando están sanos, a buscarles médicos, pagarles las medicinas, y a dárselas muchas veces por sus propias manos conforme a lo prescrito por los facultativos. Esta medida ha sido y es indispensable, porque más de una vez se ha encontrado que guardaban las medicinas en casa, o no las iban a buscar, y después el médico que los visitaba, preguntándoles sobre el modo y horas en que se las debían haber dado, hallaba que nada habían observado de cuanto él había ordenado: esta conducta tan apática naturalmente desagradaba al facultativo y a todos los que sólo por Dios y por el bien de sus almas y de sus cuerpos se lo procuraban y llamaban: la indiferencia con que viven los acompañaba hasta en las enfermedades, y ella obliga a los misioneros a abajarse hasta llevarles de casa los vendajes e irlos a curar en sus chozas. Si no se les visita, aun cuando están sanos, es tal la indolencia que los distingue, que esperan a avisar al misionero cuando ya se ha muerto el enfermo: esto me sucedió dos veces al principio, y para evitarlo dispuse que uno de los misioneros se ocupara en visitarlos continuamente, a unos un día y a otros otro día, y así continuamos haciéndolo. También si se ha encontrado alguno de ellos, como hace poco ha sucedido, que no teniendo donde albergarse, y ha sido abandonado de todos; se le ha traído a la casa de la misión y procurado médico y todo lo necesario para su cura. Finalmente son objeto de las visitas y atenciones de los misioneros los individuos a quienes los delitos y crímenes han llevado a las obscuras mansiones de la cárcel (1)³³.

3. Consultas de negros de la población y catecúmenos

³³ Aclaración añadida en el original: "(1) Los negros a que las anteriores líneas se refieren son los esclavos libertos de Santa Isabel, y no los Bubis".

Ya no son solamente los negros católicos los que en sus diferencias entre sí y con otros vienen a consultarse con el Superior de la misión; los no-católicos hacen también en muchos casos la confianza del mismo y le vienen a pedir consejo en sus dudas o sea acerca de la religión, o del modo de conducirse en algunos lances que les ocurren en la familia o con los vecinos. Las que son de la incumbencia de la autoridad civil son remitidos a ella, y si aun éstas pueden arreglarse sin perjuicio de tercero y sin peligro del bien público, son también atendidas por él mismo, procurando un arreglo pacífico y basado en las máximas de la Religión. Se presenta un marido quejándose de la conducta infiel de su mujer; el P. misionero llama a ésta a la casa de la misión, o va él mismo a la de los dos, y persuadiendo al uno al perdón de la infidelidad de la otra, dando ésta palabra verdadera de conducirse mejor en adelante, se reconcilian los ánimos y se restablece la paz en la familia. Es la mujer la que viene llorando a hablar con el misionero, irritada sobremanera porque su marido vuelve a casa, víctima de la intemperancia en la bebida, y porque la maltrata con brutos y groseros golpes, y con ella se trabaja por el mismo P. misionero, para que se vuelva a su casa, que deje pasar aquellos momentos del estado de su infeliz marido, y que después se le harán las reflexiones y amenazas convenientes para que deje aquel vicio y evite las consecuencias que tan a costa suya alcanzan hasta ella. Son las dueñas negras las que vienen quejándose de que muchachas jóvenes traídas de la Costa de África y educadas por ellas desde la niñez se han fugado a otras casas, en donde el servicio que ellas deberían esperar después de haberlas criado lo perciben y disfrutan otras mujeres sin derecho alguno; y el P. Misionero tiene que mediar entre unas y otras, oír lo que dicen ambas partes, y esforzarse para que las muchachas se restituyan a quien tiene el derecho: unas veces lo consigue y otras tiene que intervenir la justicia y autoridad. También acontece que son las muchachas las que vienen exponiendo que son muy mal tratadas por sus amos o amas, llamadas y tenidas como esclavas, atadas con fuertes cordeles y cruelmente azotadas; y como éste es un asunto más delicado y más trascendental, por lo regular son enviadas por el P. Misionero a que presenten sus quejas a la autoridad para que ésta, si son fundadas aquéllas, les haga justicia. Y permítaseme aquí hacer de paso una observación, y es que los humanitarios ingleses, así como los negros formados a la inglesa, que tienen muchachos o muchachas del país para los oficios del servicio o domésticos, los tratan del modo más inhumano y bárbaro cuando no los complacen

como ellos desean o les faltan en algo, mientras que los Españoles, que en concepto de aquéllos pasan como fautores de la esclavitud y por crueles verdugos de la gente de color, experimentan en su corazón nobles sentimientos de indignación contra los que así maltratan a esa desgraciada raza, y de compasión y ternura a favor de la que tanto sufre a sus manos. Hay también entre los habitantes de ésta algunos jóvenes que han recibido su educación en Sierra Leona o en otros puntos de manos de los ministros protestantes ingleses, y acostumbrados a leer la Biblia gustan de hablar sobre algunos puntos que ellos no comprenden o entienden, máxime ahora que viven con los Católicos, cuya conducta en materia de religión es para ellos una cosa nunca vista. Al principio tenían algún reparo de hablar sobre esto con los misioneros; le vencieron por fin y ahora son frecuentes las visitas y conversaciones con el Superior de la misión sobre asuntos de Religión: muchos son los obstáculos que encuentran en el camino para abrazar la Católica, pero están muy persuadidos de su verdad, y uno de ellos, que es el más entendido, me lo ha confesado con la mayor ingenuidad, asegurándome que todos pensaban como él; el qué dirán, y otros respetos humanos los detienen; pero que si uno empezara, todos los demás le seguirían. Es lástima que el Demonio los tenga ligados por tan leves motivos en el error. Es de esperar, que, cuando construida la Iglesia, oigan todos juntos las verdades de la Religión, ésta consiga un triunfo completo de sus corazones y voluntades, desvanecidas las dificultades aparentes que les detienen ahora. Un joven de color, venido a ésta hace dos años y medio de Gabón y procedente de Loango, manifestó el deseo de hacerse católico; por unos tres meses y medio estuvo recibiendo la instrucción religiosa que le daba uno de los misioneros, y llegó a ponerse en disposición de poder recibir el bautismo; mas he aquí que habiendo acido enfermo y aun recibiendo algún auxilio temporal de la misión en su enfermedad, no creyendo que ésta era tan grave y defiriendo el bautismo para conferírsele con más solemnidad, avisan de su casa por la mañana a la misión que Juan (así se llamaba el dicho joven) había muerto aquella noche. Esta noticia nos contristó; pero esperamos que el Señor habrá tenido en cuenta el gran deseo del catecúmeno de recibir el bautismo, y su aplicación constante y continuada para instruirse en las verdades de la Religión. Una viuda de dos maridos sucesivos, residente en ésta, pero natural del Continente Africano, tiene la intención de contraer matrimonio con uno de los negros Católicos que aquí hay; es gentil todavía pues nunca ha sido bautizada, y advertida a insinuación de un P.

Misionero, por su futuro esposo, de que si se ha de casar con él, ha de abrazar antes la Religión Católica e instruirse en las verdades que ella enseña, no habiendo presentado dificultad alguna en ello, acude a la casa de la misión a oír la explicación que le hace un P. Misionero.

4. Cuidado y asistencia al Hospital

Encargada la misión de la parte espiritual de este establecimiento, unas veces uno y otras veces dos PP. misioneros han sido constantes en visitar diariamente a los enfermos. En ellas hacen con los pacientes todos aquellos oficios propios de su ministerio, de la caridad cristiana y de la religión, exhortándoles a la paciencia y resignación, oyéndolos en confesión, administrándoles el Santo Viático y Extrema-Unción cuando lo ordenaba el facultativo, asistiéndoles en los críticos momentos del tránsito del alma a la Eternidad, y por fin haciéndoles el Oficio de Sepultura, y acompañando los cadáveres hasta la última morada. Y en obsequio de la verdad y arraigo de los principios religiosos en el corazón de los soldados españoles enfermos, tanto oficiales como de tropa, hay que confesar, que los misioneros los han hallado siempre dispuestos a recibir bien los avisos y exhortaciones que les daban para prepararse a morir como cumple a verdaderos cristianos. Ojalá pudiera decirse otro tanto de todos los Colonos que han pasado de ésta a la otra vida! Los entierros de los Sres. Oficiales de la Compañía, D. Manuel Calvo y D. Antonio Ortiz, que fallecieron en el mes de diciembre del año pasado, fueron más solemnes, pues se les cantó la Misa y Responsorio con la asistencia de todas las autoridades y del pueblo y con la banda de música acompañándolos hasta el Cementerio. Llegado el tiempo del cumplimiento de Iglesia, los PP. misioneros prepararon y oyeron las confesiones de los enfermos; en el día señalado se les llevó el Santísimo Sacramento al Hospital con toda solemnidad, música y acompañamiento de un piquete; un P. misionero les hizo una plática alusiva al acto y a la visita del Médico Celestial y Divino, y enseguida recibieron la Sagrada Comunión; por la tarde otro Padre les distribuyó varios objetos de devoción. La paz de sus conciencias y la alegría de sus almas, a pesar de hallarse ellos en la mansión del dolor, se manifestaba y resaltaba en los semblantes de todos. Más de una vez se les ha oído decir que cuando están en conversación con los PP. que los visitan, les parece que no tienen males o que no los sienten.

5. Culto, administración de Sacramentos y Procesión del Corpus

No habiéndose todavía proporcionado la construcción del Templo o Iglesia, tan necesaria por otra parte en esta Colonia si es que se ha de hacer algo de provecho con la gente de color y sin perjuicio de la salud; en este año, lo mismo que en los anteriores, nos hemos visto obligados a ejercer los ministerios del culto y administración de Sacramentos en la reducida capilla de la misión. En ella celebramos diariamente el santo Sacrificio de la Misa, y en los días de Fiesta y Domingos a horas acomodadas para que puedan oírla todos si quieren: oímos las confesiones de nacionales y extranjeros, pues en los barcos franceses, ingleses y norte-americanos que frecuentan este punto, suelen hallarse algunos Católicos que fieles a su Religión han venido a cumplir con la Iglesia en le tiempo determinado, o si no han podido en ése, en otros en que les era permitido disponer de sí para esta acto y recibir la Comunión: hacemos pláticas y exhortaciones al tiempo de la misa como lo prescribe la Iglesia: enseñamos la Doctrina del Evangelio por las tardes en los Domingos al pueblo cuando éste acude en bastante número, después de haber rezado el Rosario a María Santísima: cantamos la Misa Solemne algunas veces con exposición de su Divina Majestad en las fiestas más principales del año: bendecimos los matrimonios, conferimos el bautismo, celebramos los Oficios de Semana Santa, y los de Difuntos a sus tiempos, y distribuimos medallas, escapularios y otros objetos de devoción a quienes los desean y piden. Se observa que algunas veces vienen a la Capilla al tiempo de celebrarse los Divinos Oficios y aun al Rosario algunos de los habitantes de la Ciudad, aunque de diferente Religión. Muchos más vendrían si el local fuese más capaz; y han recibido con demostraciones de agrado la promesa que les he hecho de hablarles en inglés a ellos separadamente, y predicarles sobre el Evangelio, cuando esté construida la Iglesia. Es un error creer que despidiendo la gente morena un olor tan desagradable, pueda predicárseles reunidos en un sitio angosto sin menoscabo de su salud y de la de los demás: en igualdad de circunstancias, en este país y clima caluroso se necesita doble espacio del que bastaría en Europa para contener igual número de gente.- Por la descripción de la fiesta y procesión del Corpus, remití el año pasado a la que algunos Periódicos de Madrid, según cartas recibidas en ésta, habían publicado: por ninguno, a lo menos que yo sepa, se ha publicado la de la fiesta y Procesión de este año; y así cúmpleme decir algo sobre ella. A las ocho de la mañana

del día 7 de junio en que cayó la Fiesta, se cantó la Misa, acompañando a los PP. misioneros el Sr. Capellán del Pontón “La Isabel” fondeado en la bahía; asistieron todas las autoridades militar y de marina, colonos, tropa y gente de color católica; sobrevino la lluvia y no pudo hacerse la Procesión inmediatamente después de la Misa como se había pensado; pero sí salió por la tarde, mejorado ya el tiempo. Eran las cinco cuando se rompió la marcha, yendo delante con la Cruz el joven Príncipe de Congo, ya Católico, de sotana y roquete, siguiéndole en dos filas la marinería formada y colonos con velas encendidas en las manos, ocupando el centro la Oficialidad, todos vestidos de gala, y en medio de ella el Superior de la misión con la Custodia bajo el Palio y teniendo a sus lados al otro P. misionero y al ya mencionado Sr. Capellán. Llevaban el Palio algunos Sres. empleados y Oficiales, y detrás seguían el Sr. Gobernador D. José de la Gándara y los miembros del Consejo; por fin cerraban la marcha la banda de música de la compañía y algunos colonos españoles y negros. La tropa estaba tendida por las calles; el adorno de éstas era la verde hierba que brota exuberante y lozanamente en todas las estaciones del año; la música tocaba en la carrera ya la marcha real, ya otras piezas escogidas, alternando con los sacerdotes que cantaban los majestuosos himnos que la Iglesia tiene prescritos para este solemne y religioso acto. La Procesión recorrió las calles de Jesús y la de Ulloa, al fin de ésta se había preparado de antemano un precioso altar donde se descansó y cantó algún motete al SSmo. Sacramento como de costumbre; desde aquel sitio se divisaba la mar, y era circunstancia notable ver al Señor de tierra y agua y de todo lo criado en manos de su ministro teniendo a su lado el monte de Sta. Isabel, y al otro el basto mar, perdiéndose ambos entre las nubes y manifestando la inmensidad de su Hacedor; bendijo el Superior con la Custodia al pueblo arrodillado, y a los barcos de la bahía, y acto continuo prosiguió la Procesión por la Marina hasta la Plaza de España por el mismo orden hasta entrar en la capilla: la fiesta se terminó con los cánticos y la Bendición del Santísimo. Durante la carrera no cesó el repique de las Campanas. Reinó en todo el mayor orden y también se observó en todos un gran recogimiento. A algunos Españoles sorprendió y aun edificó el contraste que formaba la mezcla de los negros católicos con los blancos en la Procesión.

6. Escuela e instrucción de niños, nuevo edificio

Con la vuelta a España de los Colonos y algunos Oficiales de marina, cuyos niños, unos legítimos, y otros adoptados de entre los negros, frecuentaban la escuela; y con el regreso de los jóvenes del Cabo de S. Juan a su propio país, quedó reducida aquélla a los dos niños de Annobón que hace diez y seis meses mantiene la misión. Invitado por los misioneros, empezó a mediados de Febrero a venir a la Escuela el joven Antonio Fernando, hijo del Rey de Congo, bautizado en la Habana; después a insinuación del Sr. Gobernador se hizo cargo de él la Misión desde el 24 de Abril, admitiéndole en casa para comer, dormir y ser instruido. Ciertamente este número tan corto no merecía la pena de que estuviese ocupado con la instrucción de tan pocos niños un individuo de la Misión, después de tantas expensas y tanto tiempo para formarse en España, y expuesto al peligro de las fiebres endémicas que frecuentemente terminan con la muerte. Los vecinos de Sta. Isabel continuaban tan constantes en su apatía y repugnancia en mandar sus hijos a la Escuela, como el año anterior. En vista de esto, el Sr. Gobernador convidó a algunas familias negras a que se personaran en la casa de Gobierno para tratar sobre el asunto de la educación de los niños en la Escuela. Acudieron los principales negros y se celebró la reunión el 13 de Marzo; con este motivo fui llamado por el mismo Sr. Gobernador a ella y acudí inmediatamente: allí les expliqué las ventajas de la enseñanza y aun prometí que la instrucción sería gratuita en un todo; mas respondían que los misioneros harían Católicos a sus hijos, cosa que ellos no querían: continué diciéndoles lo primero que nosotros no nos mezclaríamos en las creencias religiosas que ellos pudieran tener, y lo segundo que según los principios de los Protestantes que nosotros conocíamos muy bien, si los hijos de padres protestantes quisieran abrazar cualquier otra religión diferente o contraria a la de ellos, éstos, por más autoridad que tengan sobre ellos, no podían impedirselo, so pena de ser inconsecuentes en sus principios, y tiranos de las conciencias; y por fin en los Domingos, sin violencia alguna, sino llana y sencillamente, enseñaríamos las verdades del evangelio, porque todo hombre tiene relaciones con Dios, con sus semejantes y consigo mismos que deben cumplirse si ha de haber paz en la sociedad, y éstas se hallan consignadas en los Libros Santos. A pesar de todo no se fiaron de la palabra solemne que se les daba y después de haberse dirigido el Sr. Gobernador por medio de un Intérprete sobre la intención del Gobierno en hacerlos felices a ellos y a sus hijos, les dio ocho días de tiempo para pensarlo bien, y que cuando se les llamase otra vez viniesen dispuestos a manifestar su última determinación

con toda libertad. Ya despedidos, declaró el Sr. Gobernador que se había de hacer el censo de la población, y que dejados los hijos de los Baptistas que más dificultad y repugnancia mostraban, se procuraría atraer los de los demás que parecían indiferentes, para confundir a los primeros con el ejemplo de los que recibiesen la Instrucción. Tuvo, pasados los ocho días, la segunda reunión para el mismo asunto; acudieron muchos negros y negras; de les insistió en la conveniencia de que sus hijos recibiesen la enseñanza en la escuela de los misioneros; se les aseguró de nuevo que no nos mezclaríamos en las creencias religiosas de nadie, y por fin a su petición se les dejó en completa libertad de mandarlos aquí o fuera de la Isla para la instrucción. Dos de los más principales me prometieron que enviarían dos niños para que los educásemos, y este es el día en que aun no han aparecido. Yo no lo extraño: porque de personas bien informadas he sabido de que ni aun los mandaban a la escuela del Ministro Protestante cuando aquí estaba; esta gente es una canalla que en su mayor parte se han refugiado aquí a la sombra de los Ingleses, huyendo de varios puntos de la Costa de la justicia o autoridad que los perseguía, y es tan cierto esto que el ex-Gobernador, Sr. Lynslager, en su tiempo se vio obligado a no admitir ninguno en la Isla sin que trajese su Pasaporte del punto de donde venía, y escribió a aquellas autoridades que no recibiría alguno que no trajese la garantía de una buena conducta moral; añádase el carácter apático y flojo que distingue al negro, las pocas necesidades que tiene, la poca importancia que da a los conocimientos que proporciona la educación, la indiferencia con que mira aun sus primeros elementos de leer y escribir, y el espíritu inglés inoculado en ellos profundamente y contrario a todo lo que es Español; y todo esto me hace creer que el Gobierno Español no ha de sacar nada de esta gente. Alguno ha dicho que la llave de la dificultad estaba en haber hecho esta gente de la educación de sus hijos por los misioneros un caso de conciencia. Más qué conciencia ni qué religión puede haber en quien no ha recibido el Bautismo? Es más bien un gentil o un pagano. Pues bien: me consta, y sé positivamente, que es muy insignificante el número de los habitantes de Sta. Isabel que estén bautizados.

Posteriormente, el Bergantín Constitución trajo consigo seis niños, procedentes cuatro de Corisco, uno del Cabo de San Juan y otro de la embocadura del Río Muni en la Ensenada de Corisco, y desde el 21 de junio los aloja, viste, alimenta e instruye la Misión; y últimamente, el 14 de Agosto, conseguí que viniese un niño de una familia

negra Católica de esta Ciudad a la casa de la misión para recibir con los demás la educación, alimentos y demás que se necesita para la vida. Con éste ya son diez los niños de color que sostiene la misión a sus expensas; el precio subido que aquí tienen todos los artículos hacen que aquellas sean bastante considerables, y sin contar más que lo material del vestido, lavado, alimentos, medicinas, luces, libros, plumas, papel, tinta, pizarras, bancos y mesas, asciende el gasto diario de cada uno a unos cinco reales vellón. Otra de las dificultades que aquí se encontraban, era la falta de local para escuela y alojamiento. Lo angosto de la casa de la misión, que sólo mide treinta pies cuadrados, con un solo piso y con la capilla y comedor a la flor de la tierra, hacía que no se pudiesen reunir los niños sin mucha incomodidad de ellos y sin grandes inconvenientes de los individuos de la misión en que casi siempre hay algún enfermo. Para evitar estos males, determiné poner manos a la construcción de una escuela, de un taller, de una cocina y de un Dormitorio. Sólo así creí que podíamos trabajar con algún desembarazo, vivir con algún desahogo y atender con deferencia a las observaciones de los facultativos que, diferentes veces y en distintas ocasiones, me habían dicho que estábamos muy apiñados en la misión, y que esto no era muy bueno para la salud. Reunidos de antemano los materiales de ladrillo, cal, yeso, teja y baldosas y con el auxilio de los albañiles de la compañía de tropa, he logrado tenerlo todo concluido para principios de Octubre y ya reciben los niños la enseñanza en la obra nueva y también duermen desde algún tiempo a esta parte. La madera necesaria para puertas, ventanas y cubierta ha sido traída del bosque y trabajada por los hermanos Coadjutores ayudados de los Kroumanes: todo lo demás con el herraje necesario ha sido comprado por la misión en la esperanza de que será reintegrada por el Gobierno a su tiempo, pues la subvención de los seis mil duros no alcanza para tanto. El nuevo edificio está detrás de la casa de la misión, con un solo piso algo elevado de la tierra, formando un martillo, cuyo lado mayor de 90 pies de largo y 18 ½ de ancho corre de Norte a Sur hasta llegar a la Calle de Jesús, y el menor de unos 30 pies de largo y 18 ½ de ancho corre de Este a Oeste con sus arranques para cuando se crea conveniente prolongarlo hasta la plaza siguiendo la misma calle hasta el ángulo de la misma plaza.

7. Bautismo de jóvenes y niños, matrimonios, Extrema-Unciones

En los trece meses transcurridos desde mi última Memoria han sido once las personas que han entrado en el gremio de la Iglesia Católica por medio del Sacramento del Bautismo. De ellas cinco han sido párvulos, que han sido bautizados sin preparación propia y con sola la fe y preparación de la Iglesia; las demás han recibido antes, como personas que habían llegado al uso de razón, la instrucción y preparación de manos de los Misioneros acerca de las verdades de la Religión Católica que abrazaban. Los párvulos se llamaron Leocadia Mascaró (de padres españoles), María Caridad España (negrita de Annobón), José Juan y Ortiguela (de padres españoles), Donato García (negrito de Fernando Poo), y Carlos Agustín Ibaja y Gándara (negrito de Muni): de éstos, la primera y el último murieron a los pocos días de haber sido bautizados. Los adultos o que habían llegado al uso de razón, se llamaron Juan maría Annobón Campanela (de Annobón), Francisco Javier Maguga y Gándara, José María Ñinga y Gándara, Estanislao Gume y Gándara, Luís Gonzaga Velongue y Gándara (todos cuatro de Corisco); y Ignacio Vicuaco y Gándara (Cabo de San Juan). Juan Cavinda, catecúmeno y preparado suficientemente para el bautismo fluminis pasó a la otra vida con el deseo del bautismo, esperando que el Señor le habrá dado cabida en el seno de su misericordia en vista de sus ardientes deseos y aplicación en instruirse: todos lo demás viven. La mujer de que he hablado en el párrafo 3º será bautizada cuando esté suficientemente instruida y recibirá después la bendición nupcial: en este año sólo hemos bendecido un matrimonio de dos negros católicos, pero se preparan otros para los cuales estamos trabajando. En cambio, hemos administrado veintiocho Viáticos, y dado treinta y ocho Extrema-Unciones.

8. Visitas a los Bubis en el bosque

Con el gran número de enfermos en la población, con las enfermedades y desgracias de la misión, y reducida ésta a dos individuos, de los cuales uno tiene que atender a la Escuela mañana y tarde y visitar los enfermos del Hospital, y otro a los de la población y estar al cuidado de la casa, no nos ha sido posible hacer excursiones de consideración a los Bubis este año; pero no hemos dejado de aprovechar las ocasiones que se nos han presentado para conversar con los que viven más inmediatos a la Ciudad, y con los que vienen a ella y a la casa de la misión a vender sus ñames, gallinas y otros artículos. Su carácter dócil e inofensivo, especialmente en los distritos de esta parte del monte y en el

punto de San Carlos nos hace esperar que con el tiempo, establecidas residencias en medio del bosque se podrá sacar algún partido de ellos. Según datos adquiridos de persona fidedigna que visita con frecuencia la bahía de San Carlos, he llegado a saber que aquella gente es muy buena y sencilla y que el sitio no deja de ser saludable en lo que lo permite África. Es preciso embarcarse para ir allí, porque no habiendo camino por tierra desde Santa Isabel, si se quisiera atravesar el bosque, habría que pasar por barrancos, ríos y malezas que hacen muy difícil y penoso el tránsito. Espero Dios mediante que con el refuerzo de los tres PP. misioneros que se me ha comunicado, estaban para embarcarse en “La Perla”, podremos fijarnos allí y desde aquel punto extender a otros los trabajos apostólicos. El día 5 de Marzo por la noche apareció el Pico de Santa Isabel iluminado por varias hogueras que se creyeron hechas por un joven alemán, Mr. Gustavo Mann, enviado aquí por el Gobierno inglés a explorar el terreno y productos de la Isla: hacía pocos días que se había embarcado en dirección a la bahía de la Concepción para desde allí subir acompañado de algunos Kroumanes hasta lo más elevado del monte. Mas a los pocos días volvió a esta ciudad dicho Botánico alemán, el cual dijo que las hoguera habían sido hechas por los bubis, y que ellas eran la señal convenida para juntarse de diferentes puntos con el objeto de salir a la caza de animales en distintas direcciones del monte. Extrañado que hubiere hecho tan pronto la vuelta le pregunté el motivo, y me contestó que no bien había subido unas diez millas desde la dicha bahía cuando le salió al encuentro un gran número de bubis reunidos con un ademán hostil y feroz, le preguntaron ¿a qué iba aquel blanco entre ellos? Y le prohibieron pasar adelante. Mr. Mann les replica: pues nosotros los blancos no os ponemos dificultad alguna cuando venís a nosotros: - Es cierto, pero los blancos que vengan a este nuestro país nos han de traer regalos, respondieron ellos. No los llevaba ni iba preparado, y tuvo que volverse atrás: dicen que los regalos y doncellas hechos a aquella gente franquearon el paso hasta el Pico al antiguo Gobernador Mr. Becroft, y que después de la subida de aquel blanco se declaró una epidemia que privó de la vida a muchos de los Bubi, y éstos creen que aquella había sido introducida en el país con la admisión de los blancos: este es otro motivo de la dificultad en permitirles la entrada entre ellos. También se dice que los Bubi del Sur de la Isla tienen instintos salvajes y feroces hasta el grado de correr riesgo la vida de los Europeos en aquella parte. Posteriormente, dicho enviado inglés acompañó al Sr. Comisario de Fomento de la

Colonia en la expedición que hizo por la falda del monte que mira al norte, y ambos verificaron la subida al Pico a principios de Abril. La comunicación del Sr. Julián Pellón al Gobierno y los colores demasiado halagüeños con que ha pintado las circunstancias de su viaje me dispensan de decir cosa alguna sobre sus observaciones; todo ha sido publicado en los Periódicos de Madrid, y también leído por muchos que, habiendo residido aquí, creen leer visiones al ver estampadas en el papel cosas tan notables y diferentes del concepto que, con fundamento o sin él, habían formado de esta Isla bajo los varios puntos de vista en que aquél la presenta. Hay motivos para creer en que no todos convendrán en su modo de pensar y escribir sobre la bondad del clima de la Isla. Son muy raros los días en que le monte se ve despejado de nubes; muchas veces llueve y graniza allí, cuando en la llanura de Santa Isabel está el Sol radiante; todos cuantos, o para trabajar o por curiosidad, subieron no al Pico, sino a una insignificante parte del monte cuando se abría el sendero para la subida, fueron atacados de las fiebres, y entre ellos también el Sr. Comisario de Fomento; y él mismo se quejaba después en la Ciudad que desde la expedición los ataques que sufría eran más violentos y fuertes (*)³⁴.

Por lo que toca a la Poligamia de los Bubis de que escribí como de paso el año anterior, en éste debo decir, por informes que he tomado de los mismos Bubis, que es cierta y muy admitida entre ellos sin que pueda ponerse en cuestión. El Bubi tiene cinco, diez, veinte y a veces treinta mujeres. Cuando admite alguna por mujer suya, la lleva a su ranchería, la viste y adorna con el traje y como es propio entre ellos, y por dos días consecutivos la acompaña para presentarla en las rancherías de los otros Bubis del distrito y al cabo de ellos es considerada por verdadera mujer, si no es reclamada por otro Bubi. En seguida la destina a una de sus rancherías donde tiene otras mujeres; en unas tiene dos, otras cinco y en otras más, y el número de las rancherías es conforme al de las mujeres, y les tiene a todas las mismas consideraciones, las visita y con ellas

³⁴ Puntualización añadida a pie de página por el mismo Julián Pellón: “(*) Lo de las fiebres del Comisario de Fomento no es cierto; y respecto a convenir con la descripción que hizo del Pico se conoce que no estuvieron conformes los que apenas se habían elevado a 100 metros de Santa Isabel, ni visto, y por consiguiente podido formar idea de las montañas y del interior de la Isla, hasta que dicho Sr. Pellón abrió el camino y trazó ruta a los demás españoles para examinar por sí propios aquellos pintorescos y alegres parajes. Tampoco en 1480 se creía existiere el Nuevo-mundo que 12 años más tarde puso en evidencia Colón. Por lo demás, compárese esta Memoria de los Misioneros con la dada por el mismo Misionero, D. José Irisarre, el año 59 al Gobierno, y que el padre Irisarre vea como se compone para ponerse de acuerdo consigo mismo; y por añadidura que lea el oficio del Gobernador Ayllón, fecha 20 de abril de 1864, y el público juzgará mejor que el padre. Julián Pellón”.

trabaja el cultivo y cuidado del ñame y de las chozas. La fidelidad conyugal es una cosa muy sagrada entre ellos, y ninguna mujer puede admitir relaciones con otros sin que se exponga a una pena muy severa y cruel. Una vez convencida de adulterio, el marido por tradición constante entre ellos tiene derecho a cortarle una mano; y de hecho se la corta, llevando para siempre en sí misma aquella infamia en castigo de su culpa. El marido también tiene obligación de trabajar para que no falte alimento y habitación a la mujer. El robo es apenas conocido entre los Bubis y si tienen cercados sus ranchos es únicamente para marcar su propiedad y defenderla de los animales.- Si alguno hiere o mata a otro Bubi, se reúne un consejo entre los mayores o ancianos presidido por un Corocó o Rey, y convicto el reo del crimen o delito, por la herida es sentenciado a satisfacer del modo que pueda o dándole alguna cosa como tabaco, caña, o ñames, o trabajando por el herido algún tiempo, y por la muerte es entregado a los interesados del muerto, los cuales algunas veces se sabe que en los ímpetus de la ira y venganza le han atado, estando vivo, al cadáver del difunto hasta que muriese con él, privándole de todo alimento.- Son muy exactos en cumplir las obligaciones que mutuamente han contraído unos con otros en presencia de los más notables entre ellos, y la señal de la obligación es darse y apretarse uno a otro la mano delante de otros como testigos. Si faltan al cumplimiento de ella, y quieren probar que no ha habido culpa alguna de su parte, toman un palo o cualquiera otra cosa en la mano, y por encima de la cabeza la tiran hacia atrás a alguna distancia de ellos, y el culpable que no puede excusarse la pone delante de sí en tierra y pasa por encima de ella dando uno o dos pasos. Aunque cada distrito tiene su Rey que se distingue de los demás por sus disfraces y pinturas grotescas apenas tiene sobre ellos más autoridad que la nominal, gobernándose cada uno de ellos como les parece en el seno de sus familias y sólo escuchan su voz en los negocios que afectan todo el distrito. Es un espectáculo que sorprende ver cuán pocas son sus necesidades y con que poco se contentan en el comer, vestir y dormir: el ñame, tabaco, topí y algo de caña es todo su alimento y bebida; en las chozas apenas hay ajuar alguno, todo el mundo se sienta en el suelo terrizo, en él duermen también, y el que más lujo tiene sobre una varitas algo levantadas de él; en medio hacen fuego y todos se calientan alrededor de él; aquí y allí se ven esparcidas algunas calabazas y botellas para las bebidas y algunas ollas para sus guisos y el aceite de palma, y aun algunos tienen fusiles o espingardas: son muy amigos de perros, y no hay ranchería que no tenga más de uno.

9. Productos de la Isla, o naturales

Confirmando la lista de productos naturales que envié a V.S.I. el año pasado, en éste debo añadir, que el ébano del cual dudé al principio se da y encuentra en la Isla; yo mismo he visto un árbol de esta clase en las inmediaciones de la Ciudad, y algunos negros que han recorrido el bosque me han asegurado que hay puntos en donde se encuentran muchos de esta madera tan preciosa: el P. misionero que por enfermo regresó a España en Abril, entre otras muestras de maderas, llevó una de este árbol. También hay que añadir que se crían bien en los jardines el anon o chirimoyo, cuyas verdes hoja, flor olorosa y grato fruto le hacen muy apreciable bajo todos los conceptos. Igualmente el granado, tan conocido y abundante en la provincias del medio día de España; el añil y la pimienta que se dan muy bien en le bosque; la adelfa, la rosa, el jazmín, la balsamina, la yerba buena o menta, el nardo, la salvia, el perejil, la agrostima de corona purpurada y la amarillenta, la acacia, la dalia, la malva, aunque diferente de la de Europa en sus hojas y formas, pero más eficaz en los efectos para que aquella se usa, el quimbombó, la Palma Christi, y un tubérculo muy pequeño de diferentes formas, semejantes a las de la patata común, que los naturales de Corisco llaman Miqueta; su gusto es muy picante, su fragancia semejante a la de la pimienta, cuando se desmenuza o mastica; la usan como emético tomándola en grandes dosis sin más preparación que el masticarla antes de enviarla al estómago; también la comen mezclándola en pequeña cantidad con los demás alimentos y les sirve de estimulante.

10. Otras plantas de las muchas que existen en la Isla.

Mi permanencia en la Isla desde el 21 de Marzo de 1858, la constante afición en observar y estudiar las plantas que encuentro a cada paso que doy y el auxilio de las luces que el citado Botanista alemán me ha prestado generosamente, han dado como resultado el descubrimiento de las plantas de que he formado el siguiente catálogo . He creído que V.S.I. le daría buena acogida, y que algún día podría servir de estímulo a los sabios españoles para venir a estudiar con presencia del natural este ramo de la ciencia, y proporcionar datos regulares y exactos sobre muchos géneros de plantas, que con ejemplares secos o criados en los invernaderos distan mucho de la verdad, y por eso me he movido a insertarlo en la relación que precede de nuestros trabajos apostólicos. Van

expresadas 1º las familias, subrayadas, y 2º las plantas que de cada una de ellas existen conocidas hasta ahora.

- Dileniaceas La Tetracea Senegalensis
- Anonaceas Artobofrys Macrophylla
- Minispermaceas Iteorhiza Isrigosa
- Caparideas La Ritchiea erecta
- Malvaceas La Urena lobata, el Gossypium Barbadense, y el Sida Vogelü
- Esterculieas La Cola acuminata
- Tiliaceas La Triumpta eriophlebia
- Malpighiaceas La Acridocarpus Guineensis y la Triaspis odorata
- Sapindaceas La Paullinia pinnata, la Smigdellia hirtella y la Deinbollia insignis
- Meliaceas La Torraca Vogelü
- Olacineas La Heisteria parvifolia
- Viniferas El Cissus vinífera, el Cissus Glamophilla y el Cissus Vogelü
- Ochnaceas La Gomphia flava, la Gomphia calophyla y la Gomphia affinis
- Chaillesiaceas La Chaillesia affinis, la Chaillesia subcordata, Chaillesia oblonga, la Chaillesia floribunda.
- Terebinthaceas El Anacardium occidentale
- Leguminosas La Dioclea reflexa, La Erythrina Vogelü, la Vigna oblonga, la Vigna Multifolia, la Milletia macrophylla, la Cassia lavigata, la Tentaclethra macrophylla
- CombretaceasLa Laguncularia racemosa y la Paivrea conferta
- MelastomaceasLa Tristemara littorale, la Dinaphora spennerioides, y la Spanthandra memecyloides
- Mirtaceas La Napoelona Vogelü
- Pasifloreas La Modecca cynanchifolia
- Cucurbitaceas La Melothria triangularis, la Bryono sp. 1 y sp. 2, la Momordica Vogelü, y la Momordica guttata.
- Portulaceas La Portulaca oleracea
- Rubiaceas La Rothmannia Stanleyana, la Onyanthus Breviflorus, la Onyanthus formosus, la Stylocorine grandiflora, la Mussaenda tenuiflora, la Mussaenda isertiana, la Bertiera laxa, la Ponchetia parviflora, la Urophyllum rubens, la Sabicea capitellata, la Sabicea calycina, la Pellospermum paniculatum, la Morinda lucida, la Cuviera subuliflora La Pavetta reurocarpa, la id. lovis, y la id. tenuiflora, la Chasalia Parviflora, la Psychothria catestepula y la Diodia breviseta.
- Compuestas La Herderia Stellulifera, la Vernonia Vogeliana, la Mihania Chenepodüfolia, la Microglossa petiolaris, la Cripbiospermium repessos, la Gynura polycephala, y el id. vitellina.
- Ebenaceas El Diospyros Senegalensis.
- Asclepiadeas La tylophora sylvatica.

- Bignoniaceas La *Spathodea tomentosa* y el *Sesamum indicum*
- Convolvulaceas El *Ipomea pes capra*, la id. *involuta*, la id. *umbellata*, la id. *Baolei*,
la id. *palmata*, la id. *sinuata*.
- Solanaceas El *licopersicum esculentum*, el *Solanum Melongena* y el *Solanum*
anomalum.
- Acantaceas La *Thunbergia Vogeliana*, la *Brillaintaisia Laimium*, el id. *Vogeliana*, la
Dipteracanthus elongatus, la *Asystasia Vogeliana*, la *Cheilopsis*
montana, la *Ashotoda paniculata*, la id. *diffusa* y la id. *tristis*.
- Labiadas El *Ocimum canum*, el id. *viride*, y el *Hyptis brevipes*.
- Plumbagineas El *Plumbago Icylandica*.
- Amarantaceas La *Celosia leptostachia*, la id. *trigyna*, la *Ciathula prostrata*, la id.
geminata, y la *Alternanthera sessilis*.
- Euforbiacías La *Euphorbia prostrata*, la *Tragia cordifolia*, la *Acalypha micrantha*,
el *Claovylon sp.*, la *Pycnocomma macrophylla*, la *Astroa lobata*, y
la *Microdesmis puerula*.
- Piperaceas La *Pothomorphe subpeltata*, y la *Cubeba clusii*.
- Urticeas La *Fleuria sp.*, la *Poultosia Guineensis*, el *Urostigma*
ottoniaefolium y la *Sycomorus Vogeliana*.
- Palmeras La *Elois Guineensis*, la *Cocosnucifera*, la *Raphia vinífera*, y la
Calamus sp.
- Pandaneas El *Pandanus candelabrum*
- Orquideas La *Asellia Africana*.
- Aroideas La *Culcasia scandence*, y el *Philodendron sp.*
- Escitameas El *Phrynium romosifinium* y el *Phrynium filipes*.
- Liliaceas La *Gloriosa superba*
- Comelineas La *Comelyna sulcata*, la *Polyspatha paniculata*, la *Palisota*
Thysiflora, el *Ancilema ovato-oblongum*, y el id. *Beninense*.
- Ciperaceas El *Cyperus distans*, el *Kyllingia monocephala*, el *Hypolithrum*
Latifolium y la *Scleria reflexa*.
- Gramineas el *Ocyra brevifolia*, el *Leptosia sp.* El *Panicum horizontale*, el
id. *obalifolium*, el *Panicum sp.*, el *Optismanus Burmanni*, el id.
Africanus, el *Gymnothrix hordeoides* y la *Eleusine indica*.

Estas muchas plantas y otras infinitas desconocidas por los sabios de Europa, y sin nombre propio que les haya dado la ciencia, componen la rica y hermosa flora de la Isla de Fernando Poo. En ella se ofrece un campo vastísimo a los Botanistas que deseen ensanchar la esfera de sus conocimientos ¿Y no sería sonrojoso a los Españoles, dueños de la Isla y de sus producciones, que viniesen Extranjeros a describirles los ricos tesoros que ella encierra y ellos ignoran?

11. Fauna o descripción de los animales de la Isla

Así como la vegetación rica y exuberante de Fernando Poo no tiene igual con que pueda compararse, así por el contrario el reino animal en ella es pobre y raquítico, y apenas ofrece interés alguno. No los he visto, pero casi a luego de haber llegado a la Isla se me aseguró que en ella vivían el pequeño mono Tití, el Antílope, y el loro ceniciento o *Psittacus erythacus* que es natural de África. Con la velocidad que le es propia se ve frecuentemente a la ardilla saltar de rama en rama y retozar en el bosque. Más de una vez se han observado volar sobre nuestras cabezas, el Águila, el Cernícalo y el Aura y muchas con su raudo descendente vuelo amedrentar a las gallinas y a otras aves domésticas. Salen a cazar de noche la lechuza y el murciélago y con su siniestro y murmurante vuelo infunden un no sé qué de desagrado a los que de cerca los oyen. Estas dos especies durante la claridad del día moran en los sombríos albergues de frondosos árboles en le bosque inmediato y cuando aquella empieza a escasear a las 6 de la tarde, revolotean en confusos grupos bajo los mismos árboles como para despedirse y salir en busca de su alimento: son muy aficionados a la fruta de los mangos. Algunas veces se han visto grullas de paso, muy elevadas en el aire y en la misma forma de Y griega con que se observan formadas en Europa. Fuera de las palomas de la ciudad, traídas de Canarias, y aclimatadas en ésta, he tenido en mi mano, en distintas ocasiones, un pichoncito de color ceniciento y pardo oscuro sin mezcla de otros colores, y otra palomita también de pardo oscuro en el dorso, piernas cubiertas de plumas muy blandas y menudas, vientre y pecho enteramente blancos, y un anillo de color vivo encarnado, ancho de tres líneas, en la parte del pico, a empezar éste de la cabeza; también han cazado los Blancos algunas palomas torcaces en esta parte baja. Abundan las gallinas y gallos que no dejan de ser vistosos en sus formas y colores y son el alimento casi diario de los Europeos en estas regiones en que tanto escasea la carne de Vaca y carnero. En varias direcciones fuera, aunque no lejos de Santa Isabel, se oyen con placer en las inmediaciones del río la armonía del canto y la fuerza de la voz que distingue al pardo Ruiseñor, y también se ha observado trasladarse con mudo vuelo de un árbol a otro. Unas veces surcan el aire con rápido e irregular curso los Vencejos insectívoros, otras se elevan a una altura desmesurada especialmente después de los tornados. Hay también una clase de gorriones que parduscos en la parte superior del cuerpo y de las alas, en la inferior son enteramente amarillos: el día lo pasan en el

bosque y por la tarde, especialmente cuando barruntan tempestad o abundante lluvia, vienen a dormir y pasar la noche en los árboles de la ciudad; en los mismos, y con preferencia en los naranjos, forman sus nidos de barro y yerba seca, suspendiéndolos en las ramas; un sin número se juntan en un mismo y solo árbol y al fin le dejan seco y sin hojas. También recrean la vista con su hermoso y variado plumaje el colibrí y el guainambí, y contrastan con ellos algunos otros pájaros que o tienen todo el plumaje negro y el pico encarnado o blanco de leche, o son la mitad blancos, y la otra mitad del cuerpo, negros, con ojos encarnados en los últimos y azules en los primeros. Fuera de estas aves, apenas se han encontrado otras que llamen la atención particular de los que han vivido en esta Isla por algún tiempo, si se exceptúa una clase de pájaros del tamaño poco menos de un tordo, y que revestido de un negro plumaje, sólo presentan en las extremidades de cabeza, alas y cola algunas variedades de color rojo, azul y amarillo. Pero en cambio abundan la abejas, avispas, moscas, mosquitos, hormigas aladas, hormigas blancas, hormigas negras y otras muy diminutas que por la velocidad con que corren las han llamado voladoras, y de éstas se encuentran a millares en el interior de las casas, así como también el comején que roe y destruye la madera y cuanto encuentra. Fastidian además los moscones que se alimentan con la dulce sabia de las palmeras y el jugo lechosos de los árboles; las blatas orientales o cucarachas que despiden tan mal olor y se encuentran en las casas, en los barcos, en los patios y por todas partes; los ciempiés, las salamanquesas, las ratas, ratones y topos que son muy comunes, muy grandes y lo invaden todo; el grillo, la cigarra, las arañas de todas formas y dimensiones, con cuyos desagradables cantos es interrumpido el silencio de la noche, así como lo es la obscuridad en ciertas estaciones del año por las interpoladas ráfagas de la luz fosfórica de las luciérnagas, los Gecarcinos o cangrejos de tierra, las iguanas, las culebras, de las cuales hay algunas muy grandes y que han medido deis varas de largas con tres pulgadas de diámetro en la parte más gruesa del cuerpo; las langostas grandes y pequeñas, las lombrices y caracoles que atacan a las plantas en sus raíces y hojas. Por último cierran este catálogo las garrapatas que en las calles y huecos de los solares sin casas se agarran fuertemente a las piernas de las personas y de los animales y se reproducen indefinidamente. Los otros animales como bueyes, mulos, asnos, cabras, carneros, ovejas, perros, gatos, etc. que se encuentran en Santa Isabel, han sido importados o de Europa o del Continente Africano: lo propio debe decirse de los Pavos,

Patos, Ánsares, Cerdos, etc. y de todos ellos algunos llegan a aclimatarse, otros no pudiendo sufrir este clima sucumben. Con respecto a peces, poco se puede decir, porque los pescadores escasean en esta Colonia: en los ríos de agua dulce, como llevan por lo común poca agua, sólo hay algunos pececillos y es más que probable que éstos suban del mar, pues se encuentran solamente en la curva del río Cónsul, a la espalda de la Ciudad. En la mar, a cierta distancia de la bahía, en determinadas estaciones del año han tenido ocasión de observar los habitantes de esta Colonia como algunas ballenas arrojaban por sus espiráculos chorros de agua con tal ímpetu que llegarían a más de 30 y cuarenta pies de altura. El tiburón, el más voraz y más cruel pez que se conoce, audazmente se acerca alguna vez hasta la playa de Santa Isabel, y en una ocasión de un bocado llevó no hace mucho tiempo una pierna de un Krouman que se estaba bañando. Siguen las Tortugas de muy grandes dimensiones, que cogidas hacia la Punta Chacón han sido admiradas y comidas por los negros. También he visto el Rodaballo o Rombo y la Cardina, pero de pequeñas dimensiones, una especie de pescado como el besugo de color rojo y azul, y otra que imita el pez espada en su hocico prolongado a manera de esa arma pero sin los demás adherentes que le son propios; muchas especies de sardinas, que distan mucho del sabor de las que se pescan en las Costas del Norte de España, y otra infinidad de pececillos que no es fácil describirlos. Extendida esa industria en mayor escala y observando detenidamente y con perseverancia las diferentes especies de peces de esta agua, no hay duda de que podría hacerse con el tiempo un catálogo muy curioso de ellos. Terminaré este imperfecto cuadro zoológico con la pintada mariposa, que en mil variadas y bellas formas y caprichos se complace en besar las flores, apresurándose éstas a brindarles gustosas las unas sus blancos y las otras sus dorados cálices. Es tal su número y variedad que bien pudiera llamarse éste su propio país: una colección de ellas sería muy estimada por los aficionados de Europa.

12. Progreso material de la Colonia

Es cierto que la muerte de muchos y el regreso a España de casi todos los Colonos de Fernando Poo han disminuido su población, mas no por eso la autoridad y algunos particulares han dejado de trabajar para embellecer la Ciudad de Santa Isabel y hacer más confortable su residencia en ella. La casa de Gobierno y el cuartel ya concluido, aunque de madera, presentan una vista muy agradable; algunos jardines, y

especialmente los del Sr. Gobernador, del Cónsul Inglés y del Sr. Comisario de Fomento son muy bonitos y variados; en los inmediatos a las casas de los demás vecinos cada uno se esmera en criar algunas flores, verduras, piñas, árboles fructíferos y de adorno; la escuela y obra nueva de la misión vistas desde la plaza detienen con agrado al observador; la bajada hasta la plaza ha sido suavizada con la nueva calzada que acaba de hacerse; al fin de ella se están levantando los cimientos de fábrica del nuevo almacén destinado para aduana; un camino bastante ancho se ha abierto desde la casa de Gobierno hasta los Almacenes de Marina para rodar la artillería que allí está desde que se desembarcó; una gran zona de bosque se desmontó a fines del año pasado y principios de éste por detrás de la ciudad, subiendo el río hasta formar un ángulo con otra que se despejó paralela a la Calle del General Armero y terminó en la punta inmediata al viejo cementerio; el paseo conocido con el nombre de las Palmas se ensanchó y alargó bastante, y desde él , segunda vez desmontado en estos meses, se está abriendo un espacioso camino atravesando el bosque en dirección al Oeste de la Isla. Otro paseo hecho alrededor de toda la ciudad ofrece la ventaja de poder salir por las mañanas y por las tardes a disfrutar del fresco y distraerse a los Sres. Marinos y Gente de la Población; la casa de los Kroumanes del Gobierno se ve también con agrado, cuando uno vuelve del nuevo camino que se está continuando, y se dirige a la ciudad. Es tanta la diferencia que hay entre el terreno desmontado y lo que es todavía bosque, que mientras que en éste es anhelosa la respiración, en aquél es desembarazada y fácil; también van adelante los trabajos para la construcción de teja y ladrillo; hace ya bastante tiempo que los habitantes de Santa Isabel comen pan elaborado en la tahona de algunos españoles: éstos e Ingleses proveen de muchos de los artículos necesarios para la vida en las tiendas que han establecido; sólo se echa de menos la vianda o carne fresca ahora con más frecuencia que cuando algunos de los colonos la traían del continente Africano y mataban en algunos días de la semana; en su defecto hacen la costa las gallinas y la carne salada; pero aun estos dos artículos escasean cuando es crecido el número de barcos fondeados en la bahía; la circunstancia de ser este puerto el término de la correspondencia que de Europa traen mensualmente los Paquetes ingleses, hace que al fin del último tercio de cada mes se encuentre en el Puerto ocho, diez, y hasta doce barcos de guerra y mercantes; todos quieren renovar sus víveres y tomar frescos según los recursos que ofrece la Colonia; como hasta ahora los artículos de ésta

no guardan proporción con las necesidades de todos, sucede algunas veces que los barcos se llevan lo que los habitantes de tierra necesitan. Una compañía de barcos mercantes que trajera de España aunque no fuese más que comestibles que abundan en ella, prestaría un gran servicio a la Colonia y reportaría para sí grandes utilidades; el flete de regreso para la colonia podría proporcionarse aquí mismo y en otros puntos no muy distantes comprando a los Indígenas el aceite de Palma, y cargando tozas de las diferentes maderas preciosas que se sabe existen en esta Isla y en la Costa de África. Una casa de comercio de Barcelona ha empezado sus operaciones trayendo artículos españoles y extranjeros, y preparado su flete como he dicho. Aunque no se encuentren los frutos coloniales en la Isla, no es porque no los pueda dar; son las empresas y los brazos los que faltan; la razón y la experiencia han demostrado que los blancos no pueden soportar el clima y mucho menos el trabajo en estas latitudes: los Kroumanes son gente para trabajar un o dos años lo más; ellos piensan mucho en su país, y en espirando el tiempo de su contrata, no hay medio humano para conseguir retenerlos más tiempo. Y si no se logra que vengan a establecerse gente de color emancipada de nuestras Antillas ¿por qué no ha de poder España como Inglaterra y Francia contratar por ocho o diez años los negros del Continente Africano para los trabajos necesarios y el aumento de la Colonia?

13. Necrología de Fernando Poo

En estos trece meses han fallecido de disentería unos y de fiebres endémicas otros, a saber:

De tropa = D. Manuel Calvo y D. Antonio Ortiz, oficiales, y además once soldados de la Compañía: total 13.

De la misión = Los PP. Pedro Dalmases, y José Bellart, misioneros de la Compañía de Jesús: total 2.

De los Barcos Españoles: de los de guerra, ocho marineros y un maquinista; de los mercantes, un Capitán y un piloto: total 11.

De los Colonos = en la Ciudad de Santa Isabel 22, y en el viaje de regreso a España por enfermos 8: total 30.

De los negros Católicos = en la Ciudad y en el bosque 13.

De los Kroumanes del Gobierno = según me han informado: 14.

De Hacienda = últimamente el Sr. Interventor D. Manuel Pastor y Huet: 1

De los morenos no Católicos = 27.

Resultado: muertos 111; de los cuales 84 pertenecen, por decirlo así, al Gobierno de España y los 27 restantes son los negros que residían en la Población antes de nuestra llegada a la Isla.

Conclusión. Lo que precede es lo más notable que aquí ha ocurrido, y lo que me ha parecido digno de ser elevado al conocimiento de V.S.I.: el poco tiempo que me queda libre de las ocupaciones diarias, lo he empleado gustoso en formar el resultado de nuestros trabajos y observaciones en todo este tiempo para poner a V.S.I. al corriente de todo; y la premura con que he escrito ha sido la causa de las muchas faltas y enmiendas que en esta reseña se encuentran; un escrito más pequeño hubiera podido reemplazarse con otro en que aquéllas hubiesen desaparecido, pero no he podido por más que lo he deseado, con el presente que es bastante largo, esperando que la bondad de V.S.I. disimulará los defectos de un misionero distraído por otra parte con las tareas propias de su ministerios.

Dios guarde a V.S.I. muchos años. Santa Isabel de Fernando Poo a 19 de Diciembre de 1860. José Irisarri, Superior de la misión.

Sr. Augusto de Ulloa. Jefe de la Dirección de Ultramar en España.

DOCUMENTO 6. Reseña de los trabajos de la misión y de algunas circunstancias de la Islas del Golfo de Guinea sujetas al dominio de España en el año 1861³⁵

Relación de los trabajos de la Misión de Fernando Poo en el año 1861

1. Personal de la misión

A los individuos que después de las pérdidas sufridas el año pasado quedaron en ella, se agregaron tres Padres Misioneros que llegaron a este puerto de Santa Isabel a bordo de la fragata Perla el día tres de Enero del presente año. Uno de los hermanos

³⁵ AGA. A-G. C 780. E 4. *Fernando Poo. Misiones. 1857 á 1863, inclusive. Reseña de los trabajos de la misión y de algunas circunstancias de las Islas del Golfo de Guinea, sujetas al dominio de España, en el año 1861.*

Coadjutores por consejo y parecer de los médicos tuvo que regresar a España, pues las fiebres intermitentes le minaron la constitución física en tales términos, que la hicieron inútil para los trabajos; y otro hermano también Coadjutor, después de haber sido atacado con frecuencia de las fiebres en los veintiséis meses que vivió en esta ciudad, al fin sucumbió el 22 de Octubre a la malignidad de una fiebre perniciosa del país, que le acabó en treinta y seis horas. Por manera que la misión consta ahora de cinco PP. y tres hermanos Coadjutores.

2. Visitas de enfermos, hospital, etc.

Con el refuerzo de dichos PP. misioneros, fueron desde su llegada más frecuentes las visitas a los enfermos tanto de los pocos blancos que quedaron después de la desaparición de la Colonia, como de los soldados del hospital; ejerciendo con todos ellos los ministerios propios de la Religión Católica y que son conocidos de todos. Dos PP. misioneros visitan diariamente el hospital, y otro tiene cuidado de los enfermos de la población.

3. Consultas de los negros

Como en los años anteriores han sido constantes en frecuentar la casa de la misión en le presente los habitantes de esta Ciudad, viniendo a pedir consejo en sus dudas y luz para el acierto de sus negocios o privados o públicos, y alguna vez intercesión para abogar por ellos cerca de las Autoridades. También algunos protestantes han propuesto sus dudas acerca de las verdades de la Religión, pidiendo ser instruidos en ellas, y se les ha procurado satisfacer.

4. Culto, administración de Sacramentos

Las fiestas más principales del año han sido solemnizadas con canto y música, siempre que lo ha permitido la salud de los misioneros. Por primera vez en este año ha sido celebrado el mes de Mayo o de María. La fiesta y procesión del Christi se han hecho como en los años anteriores. Los oficios de Difuntos y de Semana Santa han sido cantados en sus respectivos días y tiempos. En el cumplimiento de la Iglesia se han administrado los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía a los individuos de tierra y de los barcos españoles y extranjeros que se presentaron. Los soldados sanos fueron

preparados con ocho días instrucciones catequísticas y morales para el referido cumplimiento por dos Misioneros, y a los enfermos se llevó en procesión la Eucaristía, después de preparados con la confesión; en el acto se les hizo una plática antes y después de la comunión alusiva al asunto. Todos los días al toque de oraciones se reza el Rosario por las tardes, y en los domingos y Fiestas preceden tres repiques de campanas para lo mismo, y se añaden las Letanías cantadas y algunos otros cánticos; concurren a él con los Españoles algunos protestantes de la Ciudad. Los viáticos administrados han sido nueve y las Extrema-Unciones conferidas veinte y dos.

5. Escuela e instrucción de niños

En unos meses han sido once, en otros, doce, y en otros hasta trece los niños que han residido en la casa de misión, y a todos se les ha vestido, alimentado y educado. De ellos uno, el del Río Muni, fue enviado por enfermo a su país en el mes de Enero, y a los dos días después de llegado al seno de su familia murió; otro, que es el Príncipe de Congo, salió el dos de Octubre de la casa de misión, después de haber aprendido a leer, escribir y contar, para ser capataz de una cuadrilla de los Kroumanes empleados en los trabajos del Gobierno; quedan ahora en ella doce niños, de los cuales uno es de Santa Isabel, dos son de Kalabar, cuatro de Annobón, cuatro de Corisco, y el último del Cabo de San Juan; y aprenden a leer, escribir, Gramática castellana, aritmética, Música de canto y piano, y Religión. Todos se portan bien, y entre ellos hay algunos bastante despejados; tienen seis horas de clase al día, y lo restante del tiempo está repartido entre los deberes de Religión, estudio, refección corporal, paseo y recreación; un P. Misionero es su Prefecto y Profesor de Aritmética, con el cual salen a paseo todas las tardes que el tiempo lo permite, y dos PP. más les enseñan mañana y tarde todo lo demás que aprenden. Entre año se les concede algún día de campo y por lo regular suelen ir a pasarlo en Banapá; también se les lleva algunos días a la huerta de la misión para que vean con la experiencia los frutos que con la industria y cultivo de la tierra pueden proporcionarse en su propio país. Salvajes desde el principio y acostumbrados a vivir sin sujeción, no deja de ser difícil y enojosa la tarea de civilizarlos y doblegarlos a vivir con cierta regla y determinado método; pero se observa en todos ellos una grande diferencia; sus modales y costumbres han adquirido un grande grado de perfección desde que están al cargo de la misión. Uno de ellos, habiendo oído que llegaron los

cuatro jóvenes morenos que han sido instruidos y bautizados en Madrid, preguntó con mucho candor a uno de los misioneros: Padre, y esos ya no pecan más? Se extravió uno de los objetos que se les había confiado en la casa de la misión, y reconvenidos por si acaso alguno de ellos lo había robado: Padre, dijo uno, el quitar eso es pecado mortal, y lo habíamos de hacer nosotros después de estar bautizados? Pluguese al Cielo, conservasen siempre el mismo candor e inocencia!

6. Bautismos

Ocho han sido los bautizados en esta ciudad de Santa Isabel, de los cuales siete son adultos y uno párvulo. Los bautizados por el P. Misionero en la excursión que hizo a la isla de Annobón son ciento diez y nueve, y doce las personas en quienes suplió las ceremonias que faltaban a los bautismos privados recibidos de mano del misionero que los visitó el año anterior. El P. Campillo ha bautizado desde el mes de Junio en Banapá 47 niños, en Basilé 17, en Basupú 5; en Dévola 3; y en Fishtown 1. Los nombres de todos ellos, juntamente con los de sus padres y padrinos, están registrados en los libros de Partidas de bautismos que obran en poder de los misioneros.

7. Excursiones a los Bubi.

El mayor número de misioneros ha permitido hacerlas este año más frecuentes y con más ligeros resultados. En todas ellas siempre ha sido la intención de los misioneros el recalar del rey Bubi de Banapá el permiso para establecer en su distrito, como punto más céntrico que los demás en esta parte o falda del monte, una Residencia desde donde después de atender al primero, pudiesen extender su acción a los segundos. Desvanecidas las dificultades que Butucú Bolocó (así se llama dicho Rey) ha estado oponiendo desde el principio, concedió al fin lo que se le pedía y aun prometió hacer una choza para los misioneros. Pasaban las semanas y los meses, y nunca llegaba el día de poner en ejecución lo prometido. Cayó dicho Rey enfermo y envió dos de sus interesados a la misión pidiendo medicinas y auxilio. Dos de los misioneros corrieron presurosos a visitar al Real enfermo, llevando consigo algunas medicinas y útiles necesarios según las circunstancias lo exigiesen. Vivieron en el bosque en medio de los Bubi por algunos días hasta que consiguieron restituirle la salud. La paciencia y caridad ejercidos en esta ocasión por los misioneros fueron sin duda alguna el medio de

que se sirvió la Providencia para que aquellas gentes conociesen el gran bien que reportarían de la instalación de una misión en medio de ellos. Al despedirse los misioneros, manifestaron los salvajes un gran sentimiento, llegando al extremo de no querer dejarlos volver a la Ciudad de Santa Isabel. Esta demostración nos autorizó para concebir el proyecto de construir una pequeña casa de madera de 15 pies en cuadro, donde pudiesen vivir, aunque con estrechez, dos misioneros. Dos hermanos Coadjutores la arreglaron y trabajaron en la Ciudad, y las mujeres Bubis (entre ellas varias Reinas) condujeron las tablas, postes y ventanas al pueblo de Banapá. Se armó y concluyó por los referidos hermanos, y desde el 10 de Marzo empezaron a residir el P. José Campillo y el hermano Tomás Araujo en el Bosque. Noticioso el actual Sr. Gobernador, D. José de la Gándara, de todo, manifestó la mayor satisfacción y dispuso construir para aquella misión una casa de madera, más capaz y de mejores condiciones. Ésta se hizo en la Ciudad, y conducida al sitio señalado se armó y concluyó a expensas del Gobierno para el día 21 de setiembre en que se trasladaron a ella los referidos misioneros, convirtiendo en capilla pública la pequeña casa en que hasta entonces habían vivido por el espacio de más de cuatro meses. Para sanear el local ha sido necesario desmontar o cortar mucho bosque, y esto ha contribuido para poder hacer una huerta y jardín en las inmediaciones de la misma casa de la misión. Desde aquella fecha, el P. Campillo con su ameno carácter, bella disposición y reconocido celo del bienestar material y espiritual de los Bubis salvajes se ha ganado la voluntad y el corazón de aquellos infelices abandonados tanto tiempo a sí mismos, y vegetando en la miseria e ignorancia. El deseo de ayudarles a ser felices le movió a ponerse a aprender su idioma, y ha conseguido hablarlo con tal soltura, que es entendido de ellos y él a su vez los entiende fácilmente. Él es el paño de lágrimas de todos, y a él acuden en todas sus enfermedades y desgracias, persuadidos de que han de salir de su presencia curados y socorridos. Para el acierto en casos difíciles, envía a la casa de la misión de Sta. Isabel la relación de la enfermedad con el mismo paciente si puede venir por su pie; ésta es presentada al médico de la Colonia, y pagadas las medicinas por la misión, se devuelve al P. Misionero el régimen prescrito que se ha de observar para el tratamiento del enfermo.

Para regenerar a la juventud, ha abierto una escuela de primeras letras, a la que acuden algunas veces treinta niños, otras hasta cuarenta, y con ellos también algunos jóvenes y hombres ya formados; en ella les enseña, además de los principios de la Religión, la

lengua castellana, en la que dicen ya las oraciones del Padre nuestro y Avemaría, y empiezan a prender algunas palabras de nuestra lengua. A la insinuación del P. Misioneros pidiéndoles los niños pequeños para ser bautizarlos, los Padres se los han ofrecido voluntariamente y para la fecha han sido reengendrados en las aguas de salvación más de 70 niños, como queda dicho.

No se contenta el P. Campillo con las tareas que le ofrece el campo de Banapá; visita además los inmediatos distritos de Basilé, Basupú, Dévola y Fishtown, se mezcla y conversa con ellos, les visita los enfermos; los regala con algunos donecillos, con algunas telas y tabaco; y es tal el afecto que le han cobrado, que varias veces los Butucús y Cocorocos, que son los jefes, le van a visitar al mismo Banapá, no por necesidad sino por cumplimiento, atención y amistad; y ya no se contentan con esto, pues el P. Campillo es convidado a tomar parte en sus fiestas y regocijos y le han nombrado también Butucú, como quien dice, uno de tantos Reyes como hay entre ellos. Y sobre todo han dado aquellos salvajes la mayor prueba de buena voluntad cuando se han dirigido a Santa Isabel pidiendo al Sr. Gobernador para sus distritos más Padres Campillos, como ellos dicen, y que se haga en sus pueblos lo que el Gobierno ha hecho en el de Banapá: es decir, que piden tener en ellos misioneros y que se les hagan casas donde alojarse. Esto es tanto más de extrañar entre estas gentes, cuanto mayores eran el pavor y miedo que les causaban nuestras primeras visitas a los principios: lo mismo era sentirnos antes o vernos en el bosque, que las mujeres dejaban en los caminos las cargas que llevaban en la cabeza y se escondían en la maleza del bosque, aunque después saliesen ensangrentadas por las espinas, los niños empezaban a dar aullidos y a llorar desafortadamente como si corrieran riesgo de ser devorados de las fieras, y los hombres se mostraban o medrosos o feroces en el aspecto: en sus pueblos todos, con muy pocas excepciones, se encerraban en sus casas, y por más que en una ocasión nos empeñamos en ver y hablar personalmente al Butucú de Basilé, no lo conseguimos, pretextándonos que estaba ocupado y que no podía salir de su choza. Bastantes años atrás los ministros Protestantes intentaron establecerse en dichos distritos, y sólo después de muchos esfuerzos y a duras penas lo consiguieron en el de Basupú, pero al poco tiempo se vieron obligados a abandonar el campo. Sin duda entraba en los designios de la Divina Bondad ilustrar con los resplandores de la verdadera luz del Evangelio a estas gentes sentadas tantos siglos había en las sombras de la ignorancia y de la muerte. Las

dificultades para visitar antes a los Bubis eran mucho mayores que ahora: el camino era mucho más largo, con grandes rodeos y solamente transitable por personas desnudas como los Bubis, pues consistía en un sendero angosto, con mucha maleza a los lados, frecuentes baches, y subidas y bajadas escarpadas en los ríos; al presente se les puede ver con facilidad gracias al camino que desde Santa Isabel hasta Banapá se ha abierto por orden y a expensas del Gobierno. Dicho camino tiene de ancho unos diez y ocho pies y cerca de una legua de largo hasta el sitio de la casa de la misión. Ésta domina al pueblo y está a unos 571 pies sobre el nivel del mar. La inmensidad del bosque que, a pesar de lo desmontado, la rodea, impide a libre circulación de los vientos, aunque no dejan de sentirse algo con su benéfica influencia; y desde la misión se ven la bahía y parte de la Ciudad de Santa Isabel. Se atraviesan tres ríos y una cuenca pantanosa para llegar a Banapá. Sin embargo de ser escasas sus aguas en la mayor parte del año, se han echado puentes ligeros y provisionales sobre ellos, y en la última se ha formado una senda con fajinas, tierra y capas de grava. Hasta llegar al segundo río todo es llano, pero desde él empieza una pendiente que cada vez se hace mayor, siendo tanto más penosa cuanto más se acerca el viajero al pueblo y a la casa de la misión. A un lado y otro del camino el bosque es densísimo; las palmeras, cedros machos, e infinidad de arbustos compiten en esbeltez y follaje con otros muchos árboles de diferentes especies, igualmente lozanos, entrelazándose el bejuco pendiente de unos con los de otros. Éste, en sus varias dimensiones, llega a tener el grosor desde media pulgada hasta el de un cable fuerte y largo, bastante para arrastrar por tierra grandes canoas: de este modo, y con el auxilio de dichos bejucos, las conducen los Bubis a esta ciudad para los particulares que se las encargan y no pueden lanzarlas a la playa por estar distante de ella el sitio donde las elaboran. Hay algunos parajes que en su obscuridad sombría imitan a los túneles de los caminos de hierro de otros países; el ramaje de los árboles de la derecha se une y enreda con el de los de la izquierda, y ambos forman un cielo o bóveda que cierra la entrada a la luz y a los rayos del Sol; cuando uno entra en él, siente un no sé qué de pavor respetuoso, que a la vez es melancólico y sublime. Young hubiera recibido en cualquiera de estos parajes elevadas inspiraciones al componer su poema de las “Noches lúgubres”. A la derecha, desde el sencillo puente del tercer río, el más inmediato a Banapá, se ven algunos pececillos jugar con veloces e irregulares movimientos en un pequeño casi circular lago formado por los golpes del agua, que se

desprende de una regular cantera de piedra visiblemente indicada al atento observador. A no muy grande distancia, a la derecha del camino, pasado ya el río, se encuentra una deliciosa cascada, que precipitándose arrebatada cae entre grandes piedras, formando entre ellas globos espumosos y ensordeciendo con su ronco murmullo el oído de cuantos se acercan. ¿Qué será en las tempestades, cuando el encumbrado monte envía espontáneamente inmensas masas del agua que en grandes proporciones le envía la lluvia del cielo?

8. Excursión a la Isla de Annobón

A petición del Dr. Gobernador, uno de los misioneros, el P. Lorenzo Sanmartí, se embarcó en el Vapor Goleta “Ceres” el día 20 de abril, llevando consigo dos niños de los que hace dos años tiene y educa la misión, para visitar las gentes de aquella Isla. Estos dos niños saben ya leer y hablar la lengua castellana, y el mayor de ellos ayudar a Misa y servir en la administración de los Sacramentos. Como ambos son procedentes de la misma Isla, y en ella residen sus padres, hermanos y parientes, fueron escogidos entre los demás para hacer este viaje, a fin de que viéndolos aquellos bien vestidos y cultivados física y moralmente, estimasen a los Españoles que tales bienes les proporcionan y entrasen además en el deseo de procurar iguales bienes a sus hijos. Llegados a la Isla, fue muy bien recibido el P. misionero por aquellos isleños; todo el pueblo se agolpó a la playa con tambor, música salvaje, y una cruz; y formando una procesión lo condujeron entre cánticos, palmoteos y mucha algazara al antiguo templo de Santa Cruz. Ésta es una iglesia grande de madera, y además de ella hay en la población algunas capillas o ermitas pequeñas, también de tabla. Antiguamente, cuando esta Isla perteneció a Portugal, los Religiosos Capuchinos fueron los primeros que esparcieron las semillas del Evangelio y de la Religión Católica en sus habitantes. Aun cuando esto no se sacara evidentemente de la historia, nos lo demuestran algunos vestigios encontrados de hábitos de aquellos Religiosos, misales propios, estatuas, cálices y otros útiles necesarios para la administración de Sacramentos. Es de admirar la constancia con que aquellas infelices gentes han permanecido fieles a los principios de la Religión Católica que les enseñaron sus mayores. Abandonados a sí mismos por tan largo número de años desde que empezó la Isla a pertenecer a España, visitados y sorprendidos algunas veces por impostores que iban en los barcos negreros o pescadores

de ballenas, sin ministro de la Religión que los instruyese, catequizase y administrase los Sacramentos, parecía natural que olvidasen totalmente las verdades de la Religión de sus padres. Pero ha sucedido todo lo contrario: el P. misionero los encontró arraigados en aquellos primeros principios, si bien mezclados con algunas formas ridículas y supersticiosas, efecto todo de la falta de instrucción y del conocimiento perfecto de aquellas verdades. Algunas veces en el año acostumbran reunirse en dicho templo; rezan la letanías a su modo, y uno que entre ellos pasa por Cura, dice de memoria algunas oraciones mutiladas en un idioma que ni es portugués ni español y que ellos solos entienden. No cabe duda de que en otro tiempo hablaron el idioma portugués, así como los de las Islas de Príncipe y de san Thomé, y aun hoy día algunos, muy pocos, de entre los ancianos conocen algo del dicho idioma; mas el de la conversación ordinaria entre los niños, jóvenes y personas de cuarenta años abajo es un dialecto africano propio de aquellos isleños, y con él, mezcladas algunas palabras portuguesas, pero muy corrompidas. Nada de todo esto debe extrañar si se considera que entre ellos nadie sabe leer, ni aun el que se llama el Maestro o Cura. Los días de las semanas, meses y años los señalan en unos palos o tabletas por medio de rayas hechas con cuchillo, y como no tienen en cuenta los años bisiestos, siguen una marcha disparatada en contar los días de las semanas y de los meses.

Quince días permaneció fondeada en aquella rada la referida Goleta, y salvo algunos en que el P. misionero estuvo enfermo, dijo la misa a aquellas gentes reunidos en el templo, les hizo instrucciones catequísticas, bautizó solemnemente 119 niños que los mismos padres y madres presentaron espontáneamente, arregló un matrimonio conforme a las disposiciones de la Iglesia católica; suplió las ceremonias de 12 bautismos y después de haberles distribuido algunos objetos de devoción, emprendida la marcha de vuelta a esta Isla, llegó al puerto de Santa Isabel el día 14 de Mayo, trayendo consigo dos niños que voluntariamente le ofrecieron sus padres para ser instruidos en la Escuela de la Misión. En las visitas que les hicimos los misioneros en los años anteriores de 1858 y 1860, pidieron con muchas veras aquellos Isleños que fuesen algunos a establecerse en medio de ellos para instruirles en las verdades de la Religión; y aprender ellos el modo de salvar sus almas, y en ésta de este año han renovado la misma petición: y ¿quién negará que son acreedores a que se les conceda lo que tanto desean? La calidad de súbditos españoles, su constante adhesión a los principios

religiosos, la apacibilidad de su carácter, el frecuente peligro de ser sorprendidos por extraños, avezados a empresas inicuas, son otros tantos títulos que hacen justa y atendible su petición, y el gobierno de S.M (Q.D.G.) en su doble carácter de Señor de la Isla y de católico cumpliría con un deber imperioso, enviándoles una misión fija y permanente que los atendiese en sus necesidades, y les procurase los bienes de la civilización cristiana, que han perdido desde que han sido dejados a sí solos y de la cual sólo conservan algunos restos.

La isla está situada a 60 leguas de la costa de África, y por lo tanto bañada por constantes brisas en todas direcciones. Si no otra cosa, a lo menos se ha pretendido engañar al público cuando se ha afirmado que su suelo es estéril; pues la frondosidad del bosque de que toda ella se ve cubierta en las faldas y cañadas con mucho y espeso arbolado y en los puntos elevados con lozana yerba, la abundancia de moniato, yuca, lima, naranjas y limones, el mucho algodón de ceiba y de arbusto que hilan las mujeres y del que tejen ciertas telas bastas para sus usos y necesidades, la caña de azúcar, la piña y la palmera de aceite, con muchas otras plantas que los particulares crían en sus pequeños jardines, indican que sólo se necesitan la industria y laboriosidad de manos más activas y emprendedoras. Es cierto, según la relación de los naturales de la Isla, que en algunos años escasea en ella la lluvia y que no es tanta entonces la abundancia de los frutos de la tierra, pero, sobre ser esto común a otros países, hay otros años como el presente, en que Dios les da todo abundantemente. El P. Misionero observó que aunque hubiera querido traer más niños de la Isla para educarlos en ésta de Fernando Poo, sus padres preferían tenerlos consigo, pues al presente, decían, tenemos abundantes alimentos y podemos sustentarlos fácilmente. Yo me permití manifestar al Sr. Gobernador la idea de mandar allí algunos misioneros, y, solícito por el bien estar de aquellas gentes, no sólo lo aprobó, sino también prometió mandar construir una casa de madera, que sería transportada para aquella isla como morada de los misioneros, y que una vez éstos instalados allí, un Vapor del Estado los visitaría cada mes y les llevaría provisiones. Después he sabido que el Gobierno de S.M. (Q.D.G.) piensa seriamente en esto y que este Sr. Gobernador ha enviado a Madrid el informe necesario para llevar adelante el proyecto de instalación de la misión en dicha Isla. Llor eterno al Gobierno y a la demás Autoridades que se desvelan por la felicidad de aquellos Isleños! Albricias, habitantes de Annobón! Bien pronto veréis satisfechos vuestros deseos!

La mayor altura o elevación de la Isla es de 3000 pies sobre el nivel del mar: demás del pueblo de Santa Cruz, situado en la parte del Noroeste, casi tocando al mar, hay otros dos más pequeños en la parte occidental de la misma, llamados San Pedro y San Antonio, también en la playa. La rada del primero es conocida por todos como mala y corren en ella riesgo las embarcaciones, especialmente las de vela, en las Turbonadas. Esto inducirá, acaso, a hacer con el tiempo un estudio especial del fondeadero de los otros dos pueblos; de seguro los barcos estarán menos expuestos en cualquiera de ellos, hallándose al abrigo de la ráfagas que siempre soplan de la parte del Este. Pero lo que más particularmente llama la atención de todos en esta Isla, es la laguna de agua dulce que hay en la cima del pico, notable tanto por la elevación en que se encuentra, como por sus dimensiones. A este Pico llaman los naturales Pico do fogo, y a otros dos más pequeños colaterales, pico pequeno y Pico do cráter. Los Sres. Oficiales Marinos de la “Ceres” subieron al primero, y metidos en una canoa sondearon la referida laguna, resultando de su trabajo (según la carta que de ellos sacaron y tengo a la vista) que tiene de larga de este a Oeste más de 2400 pies, de ancha de Norte a sur más de 1401, y de profundidad desde medio pie hasta 18, que es su mayor profundidad: en el fondo se encuentra ya piedra, ya fango, ya sargazo. De la dicha laguna sale un arroyo de agua que se desliza y fertiliza la parte por donde pasa, y sirve para lo usos ordinarios.

Con todos estos datos a la mano, parte observados por los misioneros, parte referidos por los naturales, y Españoles que con detención han estudiado el terreno, hasta grima da ver, que personas por otra parte recomendables se hayan atrevido a escribir y aun publicar que “esta Isla nada produce para el sustento de sus habitantes”; que “en sus montañas se ven muy pocos signos de vida vegetal”; que “la naturaleza niega los frutos necesarios para la vida”; y que “sus habitantes mas bien que hombres parecen espectros ambulantes, degradados hasta el extremo de entregar gustosos sus hijos por una galleta”. Quien tales falsedades escribía, creyó sin duda, o que nunca se había de esclarecer la verdad con posteriores visitas y estudio concienzudo del terreno de la Isla, o que se había de creer tan crédulamente que bastase su aserción no viniendo acompañada de observaciones hecha por el mismo escritor, o a lo menos refiriéndose a otros. Aunque visitó la Isla, no creo que hubiese saltado en tierra más que una vez y por pocas horas; así que no es de extrañar que sólo viendo la parte árida de los peñascos inmediatos y juzgando del resto de la Isla por lo que primero se presenta a la vista se

decidiese a afirmar lo que va dicho; ni tampoco nos debe admirar el que otra persona, siguiendo los mismos pasos del primero, haya llegado a consignar con letra de su propio puño en un libro, que “al presente la Isla de Annobón es una Roca Árida, miserable y que debe abandonarse”. Por una parte es una desgracia que haya hombres que tan ligeramente y sin reflexión hagan tales descripciones, y por otra no es menor el estar los demás obligados a verlas estampadas públicamente. Otras personas más autorizadas sin duda alguna y mejor informadas habrán comunicado con mucha razón al Gobierno de Madrid lo que hay de real y verdadero en esto, y desvanecido el error trascendental que se ha cometido.

9. Hábitos y costumbres de los Bubis

El Bubi nace, es criado y alimentado por sus padres como el resto de los individuos de la familia humana. El color negro, común en todo Africano, es en un gran número de Bubis dos y tres tintes más bajo que el de los que habitan de la misma raza en el Continente, y hay también entre ellos bastantes Albinos hombres y mujeres que se confunden con los blancos Europeos. Hasta la edad de dos o tres años el niño Fernandiano anda enteramente desnudo y sólo lleva al cuello y a los brazos los adornos de abalorios que ellos llaman Si-potó-potó a los primeros, e inchobó a los segundos. De esta edad para arriba, como si la modestia se avergonzase de verse ofendida de otro modo, cuidan los padres de los niños de cubrirlos con taparrabos o de tela, o de tejidos de yerba seca, sujetados con cuerdas de bejuco a la cintura y colgados o flotando por delante hasta las rodillas. En general en todos, grandes y pequeños, pintarse con varios colores la cara y embadurnarse todo el cuerpo con cierta mezcla de tierra y aceite de palma. En los días de regocijo y danzas dan a toda la casa un color encarnado fino y muy subido que extraen de cierta clase de arbustos y que ellos aprecian mucho. La flores de éstos son pequeñas, encarnadas como la grana, acopadas y con bayas muy encendidas, sólo desmenuzarlas entre los dedos es bastante para que estos queden enrojecidos como si hubieran sido teñidos con almagre.

Al Bubi se le acostumbra desde muy pequeño a las abluciones en los ríos, donde se les zambulle y refriega muchas veces, y es muy frecuente ver a los niños de algunos meses, de uno y de dos años volver a sus chozas o en brazos de otros, o andando por su pie, transidos y tiritando de frío. Aun de corta edad van a trabajar en la heredad o Patauila,

donde cultivan el ñame y el coco: hombres y mujeres, niños y niñas todos tienen que hacer algo, cuando se trata de preparar el terreno para la siembra o plantación del ñame; unos desmontan o quitan la maleza; otros la retiran o la cuelgan a los árboles; aquéllos cavan la tierra, éstos abren los hoyos; un grupo coloca los tubérculos en debida forma, otro los cubre con igual cuidado; así es que el que no se ocupa en una faena atiende a otra, y hasta los más pequeños se les ve hacer algo. Lo propio sucede cuando ya ha brotado el ñame y el tallo se ha levantado como unas dos varas sobre la tierra. Hay que arrimarle estacas para conservarlo en línea perpendicular, y colocar otras horizontales para sujetarlas e impedir que vengán a tierra las copas del referido tallo con los recios vientos, pues entonces se pierde el ñame; y ésta es una tarea que exige la ocupación de todos, para cortar las estacas, colocarlas, sujetarlas con bejuco, etc. etc. Nada más lisonjero para el Bubi, como para cualquiera que se dedica a cultivar la tierra, que ver sus trabajos coronados (como ha sucedido este año) con una cosecha abundante.- El cocó o malanga, como la llaman en la Isla de Cuba, aunque no pide tanto trabajo, no deja de ocuparlos, y están interesados en plantarle, pues cuando falta el ñame les sirve de mucho el cocó, porque alternan sus comidas con este tubérculo, y aunque es inferior al primero en el sabor, a él están acostumbrados desde la primera edad. Para su cultivo se contentan con destruir la yerba, remover un poco la tierra, envolver en ella el tubérculo, y aunque después broten junto a él otras plantas extrañas, sólo cuidan de buscar la nueva cosecha cuando saben que está en sazón para cogerla. Es raro que el Bubi beba agua; el tupí, o vino de palma es la bebida común y general en toda la vida del Bubi; y así es muy ordinario ver también a los niños acompañar a los crecidos y adultos cuando van a extraerlo de las copas de las Palmeras. El niño se queda al pie del tronco guardando los efectos inseparables de todo Bubi, que son el bastón largo, el sombrero de hojas de palma, el cuchillo, la pipa y alguna calabaza vinatera. El Bubi se arma de un aro de bejuco bastante grueso y fuerte y sujeto de modo que no falte; encerrados en el aro él y el tronco de la palmera con un espacio intermedio entre ambos, puestas las plantas de los pies contra el tronco, uno de los arcos del aro a la cintura por la parte de atrás, asidos dos arcos del mismo con las manos, extendidos los brazos, se va encaramando con mucha agilidad sirviéndole de punto de apoyo ya los pies, ya el arco del aro que rodea al tronco. De antemano tienen ya hecha una incisión o grieta junto al cogollo de la palmera, y aplicado a ella el labio de la calabaza destinada a recoger el

licor que se destila; y pasado un tiempo dado en que ellos calculan estará llena, o cuando lo necesitan, acuden a recogerle y saborearse con él. El dulzón de este licor atrae las avispas y abejas que en grandes grupos andan revoloteando alrededor del sitio, y alguna se abren camino hasta el interior del cogollo por la incisión, por más que el Bubi procure cubrir la entrada, y a veces no deja de ser molesto para el que sube encontrarse con muchas de ellas exasperadas a la vista de aquel huésped contrario; mas él lleva consigo una especie de capacete de yerbas o de hilos de palma, entretejido cuanto es necesario para cubrirse la cabeza y con lo demás que formaría las alas del sombrero, suelto en forma de fleco largo alrededor, que no le impide mirar a lo que va, y le sirve para ahuyentarlas y defenderse de las picaduras.

Siempre y en todas las edades de la vida tiene el Bubi mucho respeto y manifiesta deferencia a los que después de Dios le dieron el ser, pero especialmente en la de la juventud hasta que ha llegado al estado de matrimonio. Una grande sumisión, un temor reverencial y una pronta obediencia son los caracteres que distinguen el Bubi y que uno se complace en observar en esta gente criada en la selvas. En las familias reina una paz armoniosa, cada persona ocupa su lugar sin queja, murmuración, ni pretensiones; el hombre, padre de familia, es respetado de su mujer o mujeres; los hijos respetan a ambos; es ley entre ellos, que cuando el jefe de la familia habla con algún extraño o blanco, que los va a visitar y aun cuando vienen a la Ciudad, la mujer guarde un profundo silencio, y aun saludada en presencia del marido por otro, no responde palabra. En nuestras primeras excursiones, sorprendidos de encontrar tan sellados con el silencio los labios de la mujer Bubi, preguntamos la causa a los hombres que se manifestaban un poco francos con nosotros, y la contestación fue la referida ley constantemente observada por todos. Riñas, tanto domésticas como públicas, no se conocen entre los Bubis de una misma población: mas cuando se trata de unos pueblos con otros, a pesar del carácter pacífico del Bubi, suele haber sus contiendas y reyertas entre los de diferentes distritos. Éstas, sin embargo, son raras y en todo el tiempo que llevo en la Isla, sólo he visto un amago (nada más) de guerra entre los de Basilé y Banapá. Algunos díscolos del primer distrito se propasaron a arrebatar unas cuantas cabras a los del segundo cuando éstos estaban ausentes de su población. A su llegada supieron la injusticia cometida por aquéllos, y armados de espingardas y lanzas de madera se dirigieron unos diez de ellos con ademán hostil al pueblo de Basilé para

reclamar su propiedad. Se personaron con el Butucú o Rey de aquel distrito, le explicaron el objeto de su visita, y solamente después de haber conseguido la devolución de los objetos robados, depuesta la ira, regresaron a sus hogares. He oído decir que en los distritos más distantes suelen ser más frecuentes las guerras o contiendas, y se talan y destrozan los campos de ñames y las chozas por las partes contendientes, sin que pueda asegurar hasta qué punto uno y otro dicho sea verdad.

Los Bubis respetan al blanco o Europeo, pero no le quieren en medio de ellos. Más de una vez el P. Campillo les ha hablado a favor de los blancos, y ellos responden: “el blanco será bueno, nosotros no lo negaremos, pero que no venga a vivir con nosotros”. El Bubi, a la vez que receloso, es también medroso, y teme que su raza se mezcle con cualquier otra: por ninguna cosa de este mundo quiere que se entre en relación con sus mujeres; y una de las dificultades que nos ponían al principio cuando les manifestamos el deseo de establecer una misión en Banapá, fue que los misioneros tomarían por mujeres a las Bubis: se les hizo ver nuestro género de vida, y que nunca sucedería tal como ellos temían, y sólo así accedieron a la petición referida.

Es muy bizarro y grotesco el modo con que los Bubis acostumbran a celebrar sus fiestas de matrimonios, y todo cuanto yo pudiera decir sobre ellas, estaría muy distante de expresar la idea como ella merece. Por lo mismo he preferido dejar hablar al referido P. Misionero, que con mi ausencia asistió a una de ellas el 18 del mes de julio en el pueblo de Basupú. Al día siguiente me escribió desde Banapá la carta que copio, y dice así:

R. P. Superior:

El día de ayer tuvo lugar en el distrito de Basupú una de las grandes fiestas que regularmente se celebran entre estos Bubis. Hace seis días que habiendo yo pasado a Busupú a visitar a uno de los Butucús, llamado Bubunole, que estaba enfermo, otro de ellos, llamado La-chi, me dijo que por ayer se celebraba un convite de Butucús en Busupú al cual debía yo asistir llevando una botella de caña. Este Butucú de Banapá ha insistido una y otra vez en que yo no debía excusarme, pues era también yo Butucú de Banapá. Como la divina Providencia se vale de tantos medios para la felicidad de los hombres, entendí que esté tal vez era uno de que se valía ahora para que yo conociese a todos estos jefes y hacérmelos amigos y de este modo tener entrada para ganarlos después para Jesús. Con esto y con la bendición de la Santa Obediencia acepté el

convite y quedé conforme con el Rey principal de Banapá, en que éste pasase por casa y le acompañaría a Basupú. Como eran fiestas reales se dilató la comida hasta las cuatro de la tarde, por cuya razón era ya la una de la tarde y los reyes de Basilé que habían pasado a reunirse con los de Banapá y después venir juntos a casa no parecían. Poco después vi pasar cinco mujeres adornadas de gala, que era muchas hojas verdes puestas en el taparrabos y les seguían los reyes de Basilé y Banapá que venían derechos a casa para que yo como nuevo Rey también me incorporara a ellos. El de Banapá venía desconocido con un sombrero muy decente, muy pintada la cara y todo el cuerpo, adornado con muchos espinazos de grandes culebras que parecía otro enteramente. Yo cogí mi bastón de bubi, el paraguas y la botella, pero como soy Butucú tenía un edecán que llevase el paraguas y me siguiese detrás a lo grande. Salimos de casa toda la comitiva y en una hora nos pusimos en la casa del convite. Antes de llegar a la casa me dijo Bolocó que esperase un poco, pues tenía que hacer él la descubierta según sus etiquetas. Llegamos después todos los demás y hallamos en la casa diez o doce Butucús, y uno de ellos (Dipuché) estaba sentado en un madero más alto que los demás, adornado con mucho lujo y una vara en la mano a manera de cetro, y él, con mucha gravedad. Butucú La-chi salió al instante, me saludó con mucho entusiasmo y me introdujo en la casa donde hallé mi asiento a la derecha de Bolocó. Se pusieron a hablar y tratar un asunto, que después comprendí se trataba de un matrimonio. Bolocó fue uno de los principales papeles o el más interesante en esta escena. Entre tanto pasaban las abundantes calabazas de tupí, que en vasos y copa de cristal muy buenos se iban apurando: yo también me encajé un sendo trago. Saqué mi libro para pasar revista de Butucús, y hallé una puntual asistencia y algunos más que yo no conocía. Todos los Butucús han quedado amigos míos: ¡Ya se ve, todos somos Butucús! La-chi me llevó a presentarme su familia, la cual es muy numerosa, pues tiene 20 hijos, y me recibieron con una alegría extraordinaria: hombres, mujeres, niños, Reyes y príncipes me rodeaban por todas partes, con una satisfacción grande y muchos abrazos de los muchachos. ¡Bendito sea Dios y qué bien los prepara!- Oí una grande algazara como de baile y me dirigí a donde estaban. ¡Qué multitud de Bubis y todos pertenecientes a las familias reales! Allí estaban las reinas con sus grandes sombreros, y así que me vieron me dieron la mano algunas conocidas, y pasé entre ellas siendo el objeto de su admiración y el nombre de P. campillo sonaba por todas partes.- Llegó la hora de comer, y llevaron a

donde estaban los Reyes unas grandes cestas con ñame y carne de ciervos condimentadas con aceite de palma. Esto lo deshacen con aquellas manos tan sucias y de un modo que ellos solos lo pueden comer. Hacen, o más bien deshacen la carne, la envuelven con el pringado, la exprimen y forman unas bolas muy sustanciosas; y después el rey principal que daba el convite, y le preside, va repartiendo. Después se limpia las manos en las morcillas y pellejos de los otros Reyes y los deja a ellos muy honrados y a las morcillas muy lustrosas. Yo tuve la precaución de retirarme un poco con el objeto de ver lo que pasaba por el otro departamento y dar tiempo a que comiesen entre tanto. Después acudí a ocupar mi sitio, y aun entonces tuve la suerte de que me llamase un Butucú, a quien yo mediciné y Dios le sanó, y me metió dentro de la casa lleno de satisfacción, y los demás creían que estaba allí despachando mi porción.- Mientras la comida, vino una procesión, desde la reunión de las Reinas, a donde estaban los Reyes. Precedía un Bubi extraordinariamente adornado, y éste era un hijo del Rey festejante, le seguían dos mujeres llenas de adornos de pies a cabeza y con unos sombreros de piel de cabra muy altos y en forma de embudo, y un niño de unos siete años, como un diablito emplumado, iba detrás. Éstos eran los principales actores. Les seguían muchas mujeres con campanas de madera, otras con varas y hojas verdes, y una con un enorme ñame embarrado de rojo, así como iban también las mujeres. Éstas cantaban y vitoreaban a las dos de los sombreros que eran ... He aquí el motivo de la fiesta: eran dos Reinas nuevas que tomaba el Rey Dipu-chú por mujeres, y por esta razón se celebraban estas fiestas Reales.- Llegaron a donde estaban los Reyes y se pararon un poco, les dieron vivas y pasearon la población con grande algazara.- Ya que se concluía el banquete, llamé a mi edecán, que era el gran Chape-Mele, le pedí la botella y le dije a Bolocó que le iba a hacer aquel obsequio al Rey novio. Lleno de alegría tomó el mismo Bolocó la botella y me acompañó a casa del Rey y entonces me entregó la botella para que yo por mi mano se la entregase. Un solemne viva me valió y después nos retiramos a casa; ellos con mucha carne y yo lleno de satisfacción al ver el paso tan avanzado que se ha dado.- Se marcha el correo y no hay ya más. De V.R. affmo. siervo. José Campillo. Hasta aquí la carta.

Quando el Bubi cae enfermo y tiene parientes, éstos cuidan y han cuidado siempre de prepararle sus medicinas confeccionadas de yerbas y hojas de árboles, que por tradición creen le serán provechosas. Si el enfermo es solo, sin relación alguna de parentesco o

amistad, y él por si mismo no se las proporciona, no tiene más remedio que el de la Providencia Divina, o morirse abandonado de todo el mundo; y ha ocurrido un caso de un hombre que después de una larga enfermedad, y muy próximo ya a la muerte, fue sacado violentamente de la choza en que estaba prostrado por los dueños de ella y arrojado al bosque para que allí expirase. El P. Misionero llegó a tener noticia de este hecho, y por más que trabajó y reconvino a quien tal hizo, nada pudo conseguir de los inhumanos salvajes. Entonces lo llevó como pudo a un sitio más acomodado cerca de la casa pequeña de la misión, le dio aquellos refrigerios y auxilios que prescribe la caridad cristiana, y le confortó lo que pudo. Mas ya era tarde para que el enfermo conservase la vida que por momentos huía de él. Serían las dos de la mañana del día siguiente cuando el alma del enfermo se separaba del cuerpo, estando a su lado el misionero, desconsolado por no poderle socorrer espiritualmente, pues moría gentil sin conocimiento de la religión de Jesucristo. En sitio conveniente mandó abrir una hoya, y dio sepultura decente al cadáver. Todo lo referido sucedía antes que estuviese concluida la casa donde ahora viven los misioneros. Instalados ya éstos definitivamente, acuden los Bubi a ellos por medicinas y tienen más confianza en las que les dan, que en las usadas antes por costumbre o rutina.

Cuando muere el Bubi, van los parientes, hombres y mujeres, separadamente, a casa del difunto, despojados de todos sus adornos de abalorios y taparrabos de tela, y vestidos con otros de yerbas y hojas de árboles, ajustados al cuello y a la cintura. Todos lloran por el difunto a voz en grito y descompasadamente, especialmente las mujeres, y los hombres hacen, a la puerta de la choza en que yace el cadáver, tres descargas de espingardas cada uno a su vez y en diferentes tiempos. Abren las hoyas que han de contener los restos mortales no lejos de las chozas; los entierran a las pocas horas después de la muerte, a no ser que ésta suceda por la noche, y entonces los entierran por la mañana; y por lo regular acuden todos los interesados y amigos a esta triste ceremonia; no sacan al difunto por la puerta común y ordinaria, sino por un hueco practicado en la pared de la choza removiendo alguna tablillas o palos que sirven de muro, junto al sitio donde expiró y yace el cadáver, y desde allí lo conducen a la última morada. Sea que hayan visto cómo se hacen los enterramientos en esta Ciudad, sea que esta gente indígena de la selva se distingue y diferencie de las demás razas del Continente Africano, las sepulturas son hechas con las mismas dimensiones

proporcionadas al cadáver, que entre los Europeos, ni depositan en ellas, como sucede en otras partes de África y América entre salvajes, armas, botellas, adornos, ni comestibles. El luto dura entre los Bubis tres días, y en ellos están los parientes del difunto tristes y mustios, y no dejan el traje de luto hasta pasado el triduo: entonces vuelven a aparecer con los ordinarios y acostumbrados trajes de antes, y se entregan a sus faenas. El P. Misionero que mora entre ellos trabaja infatigable para atraerlos al conocimiento de Dios y de la verdadera Religión, e inculcarles la civilización cristiana, base sólida y verdadera de la sociedad. Un gran paso, a no dudarlo, se ha dado ya, que es haberse ganado la voluntad de estas gentes, los cuales manifiestan una decidida voluntad a practicar lo que se les manda, y a que se eduquen sus hijos por los misioneros. Últimamente el P. Campillo, acompañado del h^o Coadjutor, ha visitado desde Banapá la mayor población del distrito de Débola, que es triple que la primera, y me escribe en los términos siguientes: “Al hermano y a mí nos recibieron muy bien los de Débola, y están con deseos de tenernos por allí. Está a hora y media desde Banapá y se encuentran cinco ríos y tres arroyuelos. Su elevación será aproximadamente la de Banapá”.

10. Bendición de la primera piedra del templo

Por real decreto de S.M. (Q.D.G.) fue aprobado el plano y proyecto de un templo católico en esta ciudad de Santa Isabel; y preparado ya todo para empezar su construcción, el actual Sr. Gobernador creyó más conveniente, con el fin de que el acto importante de la bendición y colocación de la 1^a piedra pasase a las generaciones futuras unido al augusto nombre de la piadosa Soberana en cuyo Reinado y bajo cuyos auspicios tiene lugar, señalar para que tuviese efecto el día 19 de noviembre, que son los días de S.M. Según lo prescribe el ritual, el día anterior plantó el P. Superior una Cruz de madera, pintada encarnado, en el sitio donde concluido el Templo se fijará el altar en que se ha de celebrar el Santo Sacrificio de la misa. Llegado el día señalado, el mismo P. Superior de la misión bendijo y colocó la primera piedra, observadas todas las ceremonias prescritas por el Ritual Romano. La Procesión salió de la capilla provisional a las cuatro y media de la tarde, yendo los primeros los niños de la Escuela de la misión, enseguida los misioneros y Capellán de marina con el Superior de capa pluvial blanca, detrás el Sr. Gobernador y demás autoridades, y por fin los empleados y demás

Oficiales del Gobierno de la Colonia. Un piquete de infantería de la compañía de guarnición se hallaba formado en dos alas en la Plaza de España, inmediato al sitio por donde se entra al local de la Iglesia en construcción; la charanga de la compañía tocaba, antes de empezar la ceremonia, varias piezas; seis de los referidos niños, vestidos con roquetes y sotanas encarnadas, cantaron por música las correspondientes antífonas, el tiempo estaba bueno, aunque el sol, que lo teníamos de frente, incomodaba algo; asistieron al Superior en toda la ceremonia los PP. misioneros ya dichos, a saber el P. J. Campillo, el P. D. Apraiz y el P. Francisco J. García, y el susodicho capellán Sr. D. Emilio Álvarez Enríquez. Se leyó el acta de la bendición por el Sr. Secretario de Gobierno en alta voz cerca del ángulo del sur donde se colocó la primera piedra, y metida en una caja de lata, forrada de otra de cedro, se depositó en un hueco debajo de la piedra. También se colocó una botella sellada con lacre, en que se encerraban algunas reliquias, medallas, y dos piezas de plata con los bustos de S.S. el Papa Pío Nono, y de S.M. la Reina Isabel Segunda (Q.D.G.), con la inscripción siguiente, pintada por un P. misionero, en una hoja de pergamino delgado.

JHS

D.O.M.

Pío Nono

Summo Pontifice feliciter regnante.

Elisabeth II Hispaniarum Regina Catholica.

D. Joseph de la Gandara, hujus insula Prorege.

D. Francisco Moreno, Stationis Navalis Profecto

D. Francisco Toubes, hispana Cohortis Duce

P. Joseph Irisarri

S.J. Presbytero et Profecto Apostolico

D. Emmanuel Pujol, 1º machinatore militari, architecloq.

Benedixit, imposuitque P. Joseph Irisarri primarium

hujus Ecclesia lapidem in Dei honorem et gloriam

sub invocatione et protectione gloriosissimi Patriarche Sancti

Joseph, B.V. M. Sponsi, die 19 Novembris anni 1861,

cui astiterunt P. Laurentius Sanmarti³⁶, P. Joseph Campillo,
P. Franc. Xaverius Garcia et Dominicus Apraiz, S.J.
Presbyteri missionarii, atque D. Æmilius Alvarez Emriquez,
Stationis navalis sacerdos Capellanus, coram pluribus
Catholicis et hujus civitatis Sancta Elisabeth incolis.

A.D.M.G.

El Sr Gobernador habló a los circunstantes algunas palabras dirigidas a hacer ver la conveniencia de que el acto que acababa de tener lugar, se hubiese verificado en los días de S.M. la Reina, y todo se terminó con un viva dado a la Reina. La ceremonia duró cerca de una hora, y con el mismo orden que al empezar, volvió la Procesión a la Casa de la misión.

Santa Isabel de Fernando Poo, 18 de Diciembre de 1861. José Irisarri S.J. Superior de la Misión.

DOCUMENTO 7. Reseña de los trabajos de la misión de Fernando Poo en el año 1862³⁷

1. Personal de la misión.

En los seis primeros meses del año se componía la misión de cinco Padres misioneros y de tres herms. Coadjutores, mas juntamente con le nuevo Sr. Gobernador, D. Pantaleón López Ayllón, y otros empleados llegaron a fines de junio en el Vapor transporte del Estado “San Antonio” tres PP. más y cuatro herms. Coadjutores: por manera que son al fin de año quince, entre PP. y hhs. Los individuos de la misión, y se hallan repartidos en la casa de misión de Sta. Isabel y Banapá en el Bosque.

2. Visitas a los enfermos

³⁶ Aclaración añadida al texto a pie de página: “(*) Este P. misionero no pudo asistir por haber caído enfermo aquel día”.

³⁷ AHL. Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca. *Reseña de los trabajos de la misión de Fernando Poo en el año 1862.*

A las visitas comunes y ordinarias de los enfermos de los otros años en el hospital, y en la ciudad de Sta. Isabel, se han de añadir en el presente año las extraordinarias y numerosas que han sido necesarias por causa de la epidemia o tyfus iteroides [fiebre amarilla] que desde el mes de Mayo pareció en Santa Isabel, después en Junio se declaró más evidente y pernicioso, tanto en los barcos como en la misma ciudad, y que al fin, causando muchas víctimas no terminó hasta el mes de Agosto. El P. Capellán de la Estación naval, después de algunos días enfermos, sucumbió víctima de la epidemia mientras la enfermedad se cebaba con saña en el Pontón Perla, Id. Isabel y la Goleta Caridad; y esta desgracia motivó que uno de los PP. misioneros fuese por algunos días a visitar los atacados marinos y marineros; y aunque con la venida del relevo del difunto en el “S. Antonio” el nuevo Capellán empezó a visitar y prestar los auxilios de la Religión, éste empezó a enfermar a los tres o cuatro días de haber entrado en el desempeño de su cargo, y fue indispensable que el P. Misionero volviese a ejercer los referidos ministerios como antes en la marina casi hasta el fin de la epidemia, pues el P. Capellán enfermo, aunque salió de la enfermedad, ésta y la convalecencia fueron muy largas y duraron casi hasta el fin o desaparición total de la epidemia.- En la ciudad de Sta. Isabel se estableció como medida higiénica, en una casa particular propiedad de Miss Elena Mattiews, un hospital de circunstancias para los atacados entre los soldados de la epidemia: en efecto, allí se llevaban o eran conducidos los militares que sufrieron de fiebre la epidémica y otro P. misionero estaba encargado de visitarles y prestarles los auxilios de la Religión en los tres meses que la dicha casa estuvo ocupada por los enfermos y tomada en arriendo por el Gobierno.- Como se observó que la epidemia al principio se ensañaba más que en ningunos otros en los confinados que estaban a bordo del Pontón Perla, el Sr Gobernador, de acuerdo con los miembros del Consejo de Gobierno que reunió al efecto, dio las órdenes convenientes y oportunas para que se estableciese un campamento en los términos o Distrito de Basilé en el monte, a unos 3000 pies de elevación sobre el nivel del mar: en su virtud se armó una gran barraca con la mayor celeridad, se colocó en dicho punto, y a ella fueron trasladados los sanos de entre los confinados de Loja, con un piquete de tropa que los custodiase. Pero ya llevaban consigo inoculado el virus ponzoñoso de la maligna fiebre, y así es que tanto entre ellos como entre los militares cayeron enfermos y murieron varios, pero visitados constantemente por los PP. misioneros residentes en Banapá, cuyo distrito está limítrofe

y contiguo al de Basilé, y prestados todos los auxilios de la Religión .- Los demás misioneros visitaban diariamente el hospital militar y los demás enfermos de la población, sean o no sean católicos, aunque estos últimos son más frecuentados por razones que fácilmente se comprenden. Así mismo les visita en el Caserón donde moran los Colonos emancipados otro P. misionero, encargado de ellos especialmente.

3. Consultas de varias personas de color de la población

Son muy notables el cambio de los habitantes de esta Isla, no ya digo de los Bubis, pero aun de los de la población a favor de los Españoles, y el afecto que cada día van cobrando especialmente a los misioneros. Prevenidos antes unos y otros contra todo lo que dice relación a España, efecto de haber estado hasta ahora supeditados a los Ingleses que les representaban a los Españoles como tiranos y enemigos suyos, que en la 1ª ocasión les vendrían a despojar de sus casas, arrebatarles los hijos y privarles de la libertad cargándoles las cadenas de la esclavitud para presentarlos en el gran mercado de la Isla de Cuba, no era extraño, sino muy natural, que antes de conocerlos y tratarlos, los temiesen, los aborreciesen, y rechazasen, huyendo de ellos como de sus más crueles enemigos. Pero nos han visto, oído y tratado; ha estado patente a su vista nuestra conducta y modo de vida; no san observado y encontrado deferentes para con ellos, respetadores de todos sus más caros intereses, benévolos, amantes de su bien, y se han convencido, como no podía menos de suceder, de que lejos de ser tales cuales nos había representado la filantropía inglesa, hemos venido aquí a ser sus bienhechores y a contribuir a hacerles felices. Y de paso es forzoso hacer un respetuoso obsequio a la verdad, afirmando que a lo menos en lo temporal son muchísimo mejores, sin comparación, las condiciones de la vida que tienen los habitantes de Sta. Isabel desde que han venido los Españoles a la Isla, que en todo el tiempo en que vivieron con los Ingleses. Pues bien: este cambio se hace cada día más palpable por la confianza que hacen los mismos de los misioneros, viniendo frecuentemente a la casa de la misión a consultarlos, ya sobre asuntos de religión, ya sobre negocios domésticos, ya sobre diferencias entre unos y otros o de las familias o vecinos, ya, finalmente, pidiendo que los misioneros aboguen con la autoridad para la mitigación de la pena que por sus faltas o delitos les haya impuesto la Justicia o la Ley. Los misioneros, fieles a sí mismos, comprendiendo los deberes de su carácter de ministros de paz, y deseosos de secundar

los designios del Gobierno de S.M., los han recibido siempre con amabilidad y agrado, han procurado restablecer la paz y armonía en las familias, han contribuido con sus exhortos al mutuo y recíproco amor entre los enemistados, han interpuesto su valimiento con el Sr. Gobernador para la mitigación de la pena de los delincuentes, y también instruido en materias de la religión a muchos sujetos que no habían oído antes sino calumnias contra las Verdades de de la Católica, y contra los Españoles que la profesan. Y el resultado ha sido que los mismos que antes nos miraban con horror, impelidos de las muestras de amor y del ardiente deseo de su bienestar, y como a despecho de sus ideas y principios antes indicados, enternecidos y llenos de emoción nos decían: Oh! Que buenos son Vds.! Oh! Si todos los hombres, si todos los Españoles fuesen así! Gustosos viviríamos todos con Vmds. e iríamos también a cualquiera parte del mundo donde Vmds. nos quisiesen llevar! Y éstos son aquellos que en otro tiempo huían de nosotros sin querer siquiera vernos?

4. Culto, administración de Sacramentos, etc.

Como en los años anteriores, se han esmerado los misioneros siempre que han disfrutado de una salud regular, en desempeñar lo perteneciente al culto y a la administración de Sacramentos, con la puntualidad, exactitud y decoro que se merecen actos tan sagrados de nuestra adorable Religión, atendidos los medios que tenían a su disposición, y según las circunstancias del país. El mes de María o de Mayo ha sido celebrado por las tardes todos los días, con Rosarios, Cánticos, Letanías cantadas por los niños de la escuela de la misión, Lectura de un libro piadoso, y acompañamiento de Armonio-Piano, que tocaba, o un Padre misionero o un Sr. Marino, aficionado, de los Barcos españoles fondeados en la bahía. Se terminó el último día con exposición de S.M.D. y bendición, y el Te Deum cantado con mucha solemnidad.- el 19 de Junio, convenido todo de antemano con el Sr. Gobernador, se cantó la misa solemne del Corpus Christi a las 7 de la mañana, y hacia las ocho salió en seguida la Procesión de la Capilla de la misión, siguiendo la carrera del año pasado; a saber, desde la Plaza de España, siguiéndola carrera por la calle de Jesús has la boca de la de Ulloa, subiendo ésta hasta encontrar la de la Marina que da vista al mar: aquí se hizo alto, y en un altarcito preparado de antemano y vistosamente adornado se colocó la custodia en que iba el Santísimo Sacramento; cantaron los niños de la escuela de la misión juntamente

con uno de los P. misioneros algunos motetes y concluida la oración, y tomada la custodia por el P. Superior, éste bendijo con ella a los barcos de la bahía, echó a andar la Procesión acto continuo, siguiendo toda la calle de la Marina hasta llegar a la otra Plaza y volviendo a entrar en la Capilla, se canto el Tantum Ergo de costumbre y todo se concluyó con la bendición y oración. El tiempo estuvo bueno y permitió que la Procesión marchase con respeto y devoción. Las calles estaban muy limpias y aseadas y en lugar de alfombra las cubría una capa de arena que el Sr. Gobernador [Pantaleón López Ayllón] había mandado echar por toda la carrera. Asistió el Sr. Gobernador con todos los empleados de tierra y la tropa, y el Sr. Comandante de la Estación naval con los Sres. Oficiales y marineros de los barcos. Varios Sres. Oficiales de Artillería, de Ingenieros y de la tropa, llevaban el palio bajo el cual iba el SSmo. Sacramento. La música de la compañía de guarnición tocó en toda la carrera a intervalos, alternando con los Sacerdotes que cantaban los himnos sagrados prescritos por la Iglesia. Está por demás el decir que todos iban de gala. Los concurrentes, entre los cuales iban mezclados además de los morenos católicos otros que no lo eran, llevaban antorchas en las manos. Los niños de la escuela de la misión ya bautizados iban vestidos de túnicas encarnadas y de roquetes rizados, y unos llevaban faroles con velas encendidas, otros el fuego y el incienso: uno de los hermanos Coadjutores precedía al palio incensando al Señor que se paseaba por las calles en medio de su pueblo; mientras que el humo del incienso simbolizaba la majestad de un Dios oculto bajo velos misteriosos, el aroma que exhalaba y regalaba el ambiente contribuía a elevar los corazones a la adoración de su Dios. Que todos los pueblos alaben al Señor por habernos hecho patentes las intenciones de su amor y los tesoros de su gran misericordia; que todos le bendigan porque su verdad permanece siempre y es y será eterna como él mismo.- Se celebraron todos los oficios de Semana Santa, a empezar desde el Domingo de Ramos. Éstos los bendijo el P. Superior como es costumbre. Se cantó la Pasión, y como los negritos han aprendido música pudieron acompañar a cantar los oficios de tinieblas, Lamentaciones y Miserere en los tres días más principales de ella con mayor realce y solemnidad.- En los días más solemnes del año se celebraron las fiestas de los misterios de la Vida y Misterios de Nuestro Redentor y de la excelsa María Madre de Dios con misa cantada por las mañanas, y por las tardes con Rosario, Exposición de la Eucaristía, y música correspondiente.- Aunque en todo el año administran los misioneros los Sacramentos de

Penitencia y Eucaristía, pero especialmente en el tiempo del cumplimiento pascual han sido constantes en administrarlos a los individuos de tierra y de los barcos españoles y extranjeros que se han presentado. Los soldados de la compañía de la guarnición, tanto sanos como enfermos, fueron en diferentes ocasiones preparados para el cumplimiento de la Iglesia por ocho días continuos de instrucciones catequísticas y morales que les hizo un P. misionero. A su tiempo se llevó en procesión la sagrada Comunión a los enfermos postrados en el lecho del dolor, y preparados con la confesión de sus culpas: en el acto el Superior, que acompañado de otros misioneros y un piquete les llevó el Pan Eucarístico, antes y después de la Comunión les hizo una plática alusiva a tan sagrado asunto. – También se reza todos los días al toque de oraciones por la tarde el Santo Rosario, y en los Domingos y Fiestas preceden tres repiques de campanas para igual acto de Devoción, al que se añaden las Letanías cantadas y algunos otros cánticos análogos a las fiestas: es tan del agrado de todos esta Devoción, que concurren a ella, juntamente con los Españoles, algunos protestantes de la Ciudad, tanto ingleses, como morenos.

5. Escuela, instrucción de los negritos, etc.

A los 12 niños que se educan y son alimentados por la misión, hay que añadir este año uno más, que descendiente de Sierra Leona en donde nació, ha venido a esta Isla con su padre, establecido en la Ciudad de Santa Isabel. Preguntado el P. Superior de la misión por el Sr. Gobernador si le quería admitir en la escuela y casa de la misión como los demás que hace bastante tiempo se educan en ella, respondió afirmativamente y en su consecuencia dicho Sr. Gobernador lo envió recomendándolo, por carta que le escribió al efecto, y entro el día tres del mes de Octubre. Dicho niño ha recibido alguna instrucción en las escuelas protestantes que hay en su país natal, y es protestante como todos los demás de aquella colonia inglesa. Es hijo de uno que había sido esclavo durante algunos años en la Isla de Cuba y que con su honradez y asiduo trabajo logró conseguir su libertad y ya casado volvió a Lagos, su país en África. Habiendo conseguido tener alguna cultura y civilización con el trato y roce de los Españoles en América, y mal avenido con los medio salvajes de los Africanos, se determinó hacer un viaje a Sierra Leona, donde fijó su residencia. En este estado, habiendo oír hablar muy favorablemente de la Colonia de Fernando Poo desde que en ella se establecieron los

Españoles, a pesar de haber sido esclavo de ellos, como por otra parte tenía noticia de que aquí todo el mundo es libre o que no hay esclavitud, se resolvió a visitar esta Isla, y por fin se ha fijado en ella, pudiendo ejercer los dos oficios que sabe de panadero y cocinero. Como él es católico, y el niño arde en vehementes deseos de serlo, pues no cesa de pedir el bautismo, con la anuencia de su padre se le está instruyendo en las verdades de la Religión Católica, y pertenece a la clase de Catecúmenos. Al mismo tiempo, aprende como los demás a leer, escribir, contar, música, religión, y con el tiempo se le enseñará el oficio de carpintero, al cual tiene afición. También frecuentan diariamente la escuela en clase de externos dos negritos más, el uno venido de Gabón, que pertenece a un Comerciante español de esta Ciudad de Sta. Isabel, y el otro de Corisco que está al servicio de otro Comerciante inglés: a ambos da la misión gratis la educación y útiles de la instrucción, pero su alimentación y demás corre a cuenta de sus amos. Tanto de los trece internos como de los dos externos puede decirse en general, que son buenos, y que hacen progresos en lo que se les enseña. De método que siguen los Profesores en la enseñanza nada digo, así como tampoco de la distribución de horas, días de asueto, etc. etc. pues es igual en todo a lo que comuniqué en la memoria del año pasado. Sólo hay este año una particularidad, que por haber dado margen a una mala interpretación por parte de algún español residente en esta Isla quiero explicarla desembarazada y claramente. En la Goleta Caridad que salió de ésta a principios de Setiembre para hacer una excursión a Corisco y a las otras Islas, envié cinco de los niños para que fuesen a su país y viesen a sus padres, y después de pasada una temporada, volviesen a continuar su educación en esta Ciudad cuando fuese por allí algún barco español que los recogiese. Esto lo hice contando con el Sr. Gobernador, quien dio su anuencia, y lo halló muy justo, después de haber estado ausentes de sus familias nada menos que 26 meses sin haberlos vistos. Dios nro. Señor sabe que me causó gran sentimiento el dejarlos ir, porque además del cariño que uno les ha cobrado después de haberlos desbastado y civilizado de salvajes que eran, conocía muy bien cuánto se le habían de atrasar en la educación con una interrupción que había de durar tantos meses cuantos un barco español tardase en ir a recogerlos: pero hube de ceder lo primero a las sugerencias de los niños que lo deseaban y aun manifestaron este deseo al Sr. Gobernador; y en lo 2º a los recados y cartas que en diferentes ocasiones y por diferentes conductos me enviaron sus interesados para que les permitiese hacer un viaje

para tener el gusto de verlos después de tanto tiempo de ausencia. A bordo de la misma Goleta fue con ellos el Sr. Gobernador, por confesión del mismo Sr., y se quedó muy satisfecho de sus modales y buen comportamiento en todo el viaje: ellos mismos le sirvieron de intérprete en Corisco y Cabo de San Juan, y le hicieron al parecer un gran servicio para entenderse con los jefes de aquellos dos puntos. Preguntados por el mismo Sr. Gobernador si querían volver a Fernando Poo, según se me refirió por alguno que los oyó, respondieron que volverían gustosos cuando la Goleta u otro barco español fuese allí por ellos después de pasado algún tiempo: y yo convine con el mismo Sr. Gobernador en que en ese tiempo fuese un P. Misionero a traerlos. Esta es la pura verdad y todo lo que ha ocurrido, sin que se haya mezclado ni haya tenido parte alguna en esta determinación, pasión ni motivo alguno de interés, ni de venganza, ni falta de voluntad en admitir y educar a los niños en la escuela. ¿Es posible que después de haber hecho tantos sacrificios voluntarios y espontáneos para alimentar, vestir y educar desde el principio de la misión tantos niños, haya calumniadores que se atrevan a denigrar a los misioneros diciendo que no quieren admitir a los niños negros en la escuela? Semejante calumnia la rechazo, no porque se me dé un bledo por ella, pues no puede llegar a la altura a que me eleva la verdad que preside a todos los actos de mi vida, sino para que sea confundido el que tan baja y villanamente propala tales mentiras y falsedades.

6. Bautismos y Matrimonios

Veinte y cinco han sido los párvulos que han bautizado los misioneros de Banapá en el distrito de Bolocó, Basilé y Debola, y cuatro los que han sido reengendrados en el sagrado bautismo en la Ciudad de Santa Isabel. Además de éstos han sido incorporados a la Iglesia Católica en la misma ciudad veinte y cuatro adultos, a los cuales se les ha preparado con instrucciones de un mes, de dos, de cuatro y aun de seis meses, según la capacidad de cada uno de ellos. Los bautismos de los adultos se hicieron con la mayor solemnidad según lo prescrito por el ritual Romano para la administración de este sacramento. Entre ellos, unos son de Santa Isabel, otros de Corisco, otros de Annobón, otros de Congo y otros de Calabar, todos Africanos. Los nombres y su procedencia están registrados en los libros parroquiales que obran en poder de los Misioneros de las diferentes localidades. Hay además un gran número de Catecúmenos, adultos por

supuesto, y entre ellos algunos bastante instruidos , venidos especialmente de Sierra Leona. Los misioneros se ocupan en instruirlos en las verdades de la Iglesia Católica, y dan libros a los que saben leer para que ellos vean demostradas las mismas verdades y les respondan a las dificultades que proponen. No parece sino que empieza a verificarse la profecía del Rey David cuando en el Salmo 67 dijo: que la Ethiopia levantaría sus manos a Dios: *Æthiopia præveniet manus ejus Deo.*- Los matrimonios celebrados y bendecidos en la Capilla de Sta. Isabel han sido veinte y cinco : uno de los cuales ha sido contraído entre un Moreno y una Morena, que habiendo sido esclavos en una de las Islas Portuguesas de este Golfo, se fugaron y consiguieron su libertad con el arribo a esta Isla y fijaron su Domicilio en esta Ciudad; y los restante veinte y cuatro entre los morenos y morenas que a principios de Agosto llegaron en el Vapor Ferrol entre los doscientos que en clase de emancipados fueron trasladados desde la Isla de Cuba por cuenta y a expensa del Gobierno Español. Ignorantes en un todo de las obligaciones y deberes de Cristianos, aun los que habían sido bautizados en Cuba, fue necesario que el P. Misioneros les instruyese hora y media por la mañana e igual tiempo por la tarde casi todo un mes para prepararlos y disponerlos debidamente a recibir el Sacramento del Matrimonio. De las 25 morenas emancipadas solamente ha quedado una sin casar por ser demasiado niña e inhábil por falta de edad para el Matrimonio.

7. Excursiones a los bubis de otros Distritos.

Desde un principio creyeron los misioneros que el modo de cautivar el afecto de los Bubis, que son los verdaderos indígenas de la Isla, y de ganarlos para España, era no esperar a que ellos nos vinieran a buscar en la Ciudad de Sta. Isabel, porque de suyo son muy perezosos, sino ir a buscarlos a ellos en sus bosques y penetrar alentados de la caridad hasta en sus chozas o cabañas. Esta conducta nos dio los más felices resultados aun cuando estábamos limitados, por el escaso número de sujetos y las enfermedades, a vivir en la Ciudad de Sta. Isabel: pues en las excursiones que accidentalmente y a la ligera hacíamos sin faltar a las obligaciones de la Ciudad, observamos que, desaparecidas las primeras impresiones causadas por la novedad, gustaban de que fuésemos a sus moradas, y regalando algunos doncellitos conseguimos hablarles de Dios, y atraerlos hacia nosotros. Ya fija una misión en Banapá, y establecidos los misioneros en aquel Distrito, como hice ver en la memoria del año pasado, se han

podido hacer excursiones a los distritos más distantes, y en todas ellas han sido recibidos los misioneros con demostraciones de la mejor voluntad. Los regalos que los mismos hacen a aquella pobre gente, el agrado con que les hablan y la amabilidad con que los tratan son otros tantos resortes que conmueven el corazón de aquellos infelices, y terminan por suplicarles que se queden y moren en medio de ellos para aprender el modo de ser felices. Estas excursiones son muy penosas y difíciles por la espesura del bosque, lo accidentado del terreno, y la falta de caminos. Es casi imposible transitar por aquellos parajes selváticos en el período de la lluvias, y sólo en el tiempo de la seca, que es en los dos últimos meses del año y en los dos primeros del nuevo, es cuando se puede viajar sin menos incomodidad, y aun entonces hay el inconveniente de no encontrar agua con que refrigerar la sed después de muchas fatigas. Fuera de algunas excursiones que los misioneros de Sta. Isabel han hecho a Banapá y Basilé, los de que se compone la misión del Distrito de Bolocó, han hecho 20 excursiones a Basilé, 2 a Debola y tres a Basupú, y en todas ellas han sido recibidos con las demostraciones del mayor afecto e inocente salvaje caridad. Últimamente, dos misioneros, uno de Sta. Isabel y otro de Banapá, han hecho una excursión en el mes de Diciembre a los pueblos de Maney y Basuol-lá, al este de la Isla, y han logrado los mismos felices resultados que en los demás pueblos antes visitados. No me parece dejará de ser leída con gusto la relación de dicha excursión, pes sobre confirmar cuanto llevo dicho sobre las dificultades que se encuentran en andar por el bosque, en ella se echa de ver la disposición de aquellos sencillos salvajes hacia los misioneros. La relación fue comunicada al Sr. Gobernador por el P. Sanmartí, que en compañía del P. Campillo hizo la dicha excursión, y está fechada el 26 de diciembre del mismo año. Es como sigue.

Sr. Gobernador. Mucho tiempo ha que deseaba esta misión conocer los pueblos del Este de esta Isla, porque las noticias adquiridas por el P. Campillo de algunos Bubi que una que otra vez venían a Banapá eran bastante satisfactorias, mas como estas excursiones no pueden verificarse en la Estación lluviosa, queda tan sólo la estación seca para verificarlas. En la seca del año pasado no fue posible emprender alguna porque el estado de salud de los PP. no permitía exponerse a un viaje largo y penoso. Este año ha mejorado aquél, así es que tan luego como se vio entablada la estación seca, se comenzó a tratar de esta expedición, se convino por fin en que el día 14 del corriente saldrían de Banapá por la mañana los PP. Sanmartí y Campillo, el h^o Elorza y dos

crumanes para llevar algunas provisiones. El P. Campillo manifestó a Boloco, esto es, al rey de Banapá, que se iba a emprender este viaje. Dicho rey manifestó sus deseos de acompañarle, mas dijo que no podía por estar malo de las piernas pero que él nombraría uno que le representase y que mandaría otros 3 para que todos sirviesen de guías y de todo lo demás que fuese necesario, como efectivamente los dio. El día 9 pasé a manifestar a V.S. la expedición proyectada y el 10 por la tarde salí para Banapá donde estaban ya los crumanes y demás de la expedición. Por la noche quiso el Rey Boloco ver todos los expedicionarios y después de haber encargado con mucho encarecimiento a los 4 Bubis el cuidado de los PP., después de haber suplicado al P. Campillo que manifestara a los Butucús, o Reyes de los pueblos del Este, que él deseaba estar en armonía con todos, que no quería guerra por ser una cosa maliciosa sino que quería la paz a todo trance, que los pueblos del Este y Norte de la Isla debían ser una sola cosa, después de todo esto, empezó como un padre de familias a recordar a los PP. lo que debían llevar para el viaje descendiendo a las cosas muy menudas.- La misión que acababa de encargar al Rey Bolocó era muy propia de los misioneros Católicos cuya vocación es anunciarla paz, mas el encargo tan especial del citado Boloco de procurar la paz entre aquellos pueblos y éstos provenía de que hace dos meses hubo un disgusto entre aquellos pueblos y éstos, y aunque se habían ya hecho las paces no era con toda aquella solidez y ceremonias usadas entre ellos. Con tan honroso encargo salió la expedición el 11 por la mañana de Banapá, habiendo antes celebrado el Sto. Sacrificio de la Misa los 2 PP. y pedido a Dios el feliz éxito de la expedición. Habiendo pasado por los pueblos Basupú y Debola, siguieron costeano la gran cresta que se desprende del Pico, por entre el espeso bosque por donde no se encuentra casa alguna de Bubis, ni palmeras, ni otras plantas que puedan servir de alimento a los naturales y aun los árboles buenos para madera escasean bastante. Hay también un gran trecho en que la tierra está materialmente cubierta de piedra volcánica, la que dividida en gruesos guijarros cubiertos ya de musgo y continuamente mojados, hace el camino muy trabajoso y expuesto a caerse el que pasa por allí. Doblada ya la cresta se encuentran enseguida los desmontes del pueblo de Maney, el cual está como a una media legua al Sudeste de dicha cresta. Al llegar al pueblo se adelantó el principal de los Bubis que nos acompañaban, según es costumbre entre estas gentes. Sabida nuestra llegada por los de Maney, salieron al encuentro nuestro no sólo el Butucú, esto es el Rey, sino también

algunos del pueblo, y sentados todos en el suelo, el P. Campillo y dicho jefe Bubi expusieron el motivo del viaje, de lo que quedaron sumamente complacidos; en seguida nos dieron algunas calabazas de Tupi que ellos llaman Baú, lo que es muy a propósito para refrescar las secas fauces el caminante.- Concluida la sesión nos levantamos todos, abriendo la marcha el Butucú de Maney; al llegar al pueblo a todos cuantos iba encontrando iba diciendo ¡Qué noticias tan buenas! Han venido PP. españoles, gente que quiere la paz y que nos quieren mucho, etc. etc., con esto se llenó el pueblo de una alegría y entusiasmo extraordinario. Comenzaron todos, grandes y pequeños a concurrir a la habitación que se nos señaló y no se cansaban de mirarnos, tocar nuestras barbas y vestidos, pero lo que más les llamaba la atención era el pelo de nuestras cabezas; nos quitaban los sombreros y al verlo fino, liso y que no era postizo prorrumpían en gritos de admiración. Como en este pueblo escasea el agua desde luego empezaron a traernos botellas llenas de ella, en términos que teníamos que rechazarlas por tener demasiada y nosotros les dábamos algunas hojas de tabaco y quedaban muy contentos. Después de haber descansado y comido algo salimos a ver parte del pueblo, digo parte porque por su mucha extensión no es fácil recorrerlo todo en poco tiempo; porque las casas no están contiguas sino que median entre ellas algunos trechitos. Al paso que íbamos caminando se iban agrupando a nosotros niños y también adultos, de manera que al llegar a la plaza, en le poco rato que estuvimos en ella, creo que se reunieron unos cuatrocientos niños con una buena porción de adultos de ambos sexos, los que con sus gritos de admiración y alegría nos asordaban. No fue posible continuar la visita del pueblo porque vino la noche y entonces nos retiramos a nuestra habitación.- Acordaron los de Maney obsequiar a sus huéspedes con los obsequios acostumbrados entre ellos que consisten en cánticos y tiros de espingardas. En efecto, entrada ya la noche comenzaron los cánticos, formando tres coros en tres distintas casas, una de las cuales era la que nos servía de habitación. Los cantos no estaban destituidos de armonía y por consiguiente no eran desagradables mas la hora inoportuna (porque era la hora de dormir) hacía algo incómodo para nosotros dicho obsequio, y para que ninguna de las casa dejase de cantar vencida del sueño había vigilantes que iban de una a otra casa a despertarlos si dormían. Estando bastante entrada la noche, comenzaron los tiros de espingarda, los que retumbaban tanto que parecían cañonazos.- Salimos de Maney con ánimo de ir a pernoctar a Basacato, mas los muchos y muy profundos barrancos y la

aspereza del camino que nos destrozó los zapatos nos obligaron a hacer alto en un partido del pueblo de Basoal-lá. En el camino encontramos varios pueblecitos dependientes de Maney, y en uno de ellos vimos una manadita de ovejas en número de 15 que estaban sesteando. Llegados al partido sobredicho, habiendo descansado en una casa que nos ofrecieron con muy buena voluntad, y tomado algún alimento quisimos ver el partido y al llegar a la plaza, como íbamos solos los PP., uno de los naturales quiso impedir el que pasásemos más adelante, pensando meternos miedo con el Mó, a quien consideran como una especie de espíritu malo; mas el p. Campillo le habló y no puso resistencia: seguimos el camino y al llegar a una casa nos dirigimos a ella; en esto salió un Bubi que llevaba un machete en la mano, quien con señas y palabras nos decía que no nos acercásemos sino que siguiésemos el camino; mas nosotros no hicimos caso; entonces se metió en su choza y luego nosotros hicimos lo mismo y encontramos 3 hombres sentados, ocupados en quehaceres manuales: nos recibieron con frialdad, mas el P. Campillo les habló y enterados ellos de nuestra misión, viendo que era de paz, ya se hicieron amigos: en esto, varias mujeres y niños que de otras casas habían venido y se habían quedado a cierta distancia, al oírnos hablar y reír se acercaron, nos regalaron algunos dátiles de las palmas, y salidos todos de la casa, puestos en la plazuela que hay al frente, dieron expansión a su alegría y se reunieron allí unos 30 ó 40; y al volver a nuestra habitación por ser ya tarde nos acompañaron varios de ellos y estuvieron con nosotros hasta bien entrada la noche: a todo esto, aquel bubi que no nos quería en su casa, estuvo avergonzado, pues le dimos broma sobre esto.- Viendo que la escabrosidad del terreno no nos permitía continuar nuestro viaje, tratamos de volver por mar a esta Ciudad; se encontró allí un bubi que se ofreció a llevarnos en una canoa; con esto resolvimos mandar tres de nuestros bubis a los pueblos de Basacato y Bilelipá, quedándose con nosotros el jefe de ellos, como se efectuó.- Al día siguiente celebraron ellos bien de mañana una fiesta que bien puede llamarse fiesta de palmas, porque comparecieron un gran número de ellos en forma de procesión, llevando cada uno una hoja de palma, las que colocaron en la entrada del partido a ambos lados del camino formando como una puerta de arco.- En esto, nos preparábamos para salir para el primer distrito de Basoal-lá, cuando llegó un Butucú (de segundo orden) de Basacato, quien quiso acompañarnos y aun ayudó a llevar la carga a los Crumanes.- Salimos pues, y habiendo llegado a dicho punto, mandaron desocupar una casa, la que nos cedieron para

nuestra habitación; llegado el Butucú con algunos de sus magnates y oída la relación de nuestro viaje y el objeto de nuestra misión, se alegraron muchísimo, viendo que la paz con los pueblos de acá se iba a consolidar de una manera firme y estable.- No tuvieron inconveniente en que nos quedásemos allí cuanto quisiésemos; nos regalaron varias calabazas de tupí; por la noche nos obsequiaron con un baile de muchachos de 12 a 15 años cuyo director era el mismo Butucú. Al día siguiente por la tarde, el bubi que debía traernos a ésta se presentó y nos acompañó a algunos grupos de casas que hay por allí, y nos llevó a un montito desde donde vimos el alto pico que nos quedaba enteramente al poniente. También esta noche nos obsequiaron con otro baile, aunque como eran muchachas las bailarinas, como más vergonzosas, bailaron a unos veinte y cinco pasos de la casa. Salimos al día siguiente para la costa del mar al objeto de esperar la canoa y también el mismo Butucú con su traje de gala, mas como aquel día era fiesta para ellos parece que los remeros tenían alguna pereza; salieron el Butucú y el piloto a buscarlos y siendo ya tarde, como no llegasen los Bubis con la canoa, quiso la Providencia que pasara por allí la balandra de Mr. Matthews que venía del sur de la Isla, hicimos señas, nos aguardó y nos embarcamos en ella en la cual llegamos a ésta el 16 por la tarde, habiendo estado embarcados unas 24 horas por no haber viento. Dicho Matthews se portó muy bien con nosotros pues al llegar a la balandra nos puso su cámara a nuestra disposición.- Según carta del P. Campillo ya llegaron a Banapá los tres bubis que fueron a Basacato y Bilelipá; han sentido mucho el que no hayan podido ver a los PP. en sus pueblos y preguntaron mucho por nosotros; pero dios mediante no tardarán mucho tiempo en tener este gusto. Según parece se han consolidado las paces entre aquellos pueblos y éstos; aquéllos regalaron a éstos algunas cosas para celebrar tan Fausto acontecimiento y el 23 fue el día destinado para celebrar en Basupú la fiesta con la asistencia de los Butucús de Banapá, Basilé, Busupú y Débola.- Éste es Sr. Gobernador el sencillo relato dela presente excursión por si V.S. tiene por conveniente ponerla en conocimiento del Gobierno de S.M. (Q.D.G.). Sta. Isabel de Fernando Poo 26 de diciembre de 1862. Lorenzo Sanmartí. S.J. Por este estilo y forma, y marcadas con los mismos caracteres de dificultades de los caminos y espesura del bosque especialmente en las faldas de la gran montaña, son las demás expediciones que los misioneros hacen en busca de los pueblos Bubis. A la falta de comestibles que llevan y que pronto se acaban cuando los misioneros tienen que pasar tres o cuatro días con las

correspondientes noches en los bosques, se agrega el tener que dormir en chozas de tablillas mal ajustadas que fácilmente franquean la entrada del relente y de la humedad, y el pasar las horas de descanso tendidos en la dura tierra. No es menos incómoda la vista de sabandijas y mosquitos que abundan en el bosque, y que se agolpan a porfía a cebarse con los misioneros, chupándoles la sangre, y cubriéndoles la cara y las manos de ronchas y una comezón que irrita todo el sistema físico del cuerpo: los bubis han hallado y usan el secreto específico contra los mosquitos y tábanos y otros insectos, embadurnándose todo el cuerpo con una mezcla de aceite de palma y tierra y yerbas machacadas; y aunque duermen casi enteramente desnudos, como la untura de que están cubiertos despide un olor muy desagradable, huyen de ellos tales bichos, y se ensañan contra los misioneros que no hacen uso del tal mejunje ni untura. A pesar de todas estas penalidades, las expediciones se irán multiplicando a medida que se aumente el número de misioneros, que saben llevar con gusto tales trabajos a trueque de atraer los salvajes al conocimiento de las verdades de la Religión de J.C. y de ir a salvar sus almas.

8. Excursiones a las otras Islas o posesiones Españolas

Bien hubieran deseado hacerlas este año, como en los anteriores, los misioneros lo han podido verificar por causas bien notorias al Sr. Gobernador de la Colonia. Han sido raras las veces que los barcos del Estado han visitado aquellas posesiones. Como los barcos son tan chicos, no ha habido lugar o espacio para que los misioneros fuesen en ellos para visitar los habitantes de las otras Islas, por más que el Superior de la misión lo quisiese. Aquellas pobres gentes están pidiendo continuamente misioneros; la presencia de ministros protestantes en Corisco está causando a aquellos nativos inquiriéndoles que se sustraigan al dominio de España y que se declaren independientes.; por confesión de los indígenas, hace muchos años que misioneros tanto ingleses como norte-americanos compiten en le empeño de establecerse en Cabo de san Juan; empeño que se frustra por la resistencia constante del Rey o jefe de aquel territorio, que siempre afirma de que no quiere admitir sino a los misioneros Españoles; los de allí son sorprendidos con frecuencia por los barcos negreros que los han engañado repetidamente, o por impostores que fingiéndose sacerdotes católicos los han saqueado o robado. Todo este conjunto de circunstancias, a mi modo de ver, debería inclinar a los Gobiernos de Madrid a tomar más interés por los habitantes de las Islas; y tener destinado en la

Estación de Fernando Poo un barco que si no cada mes, lo menos cada dos meses visitase aquellas Islas, y de este modo se permitiera que los misioneros los fuesen a catequizar mientras no se establezcan misiones fijas en aquellos puntos, y después de establecidas, llevasen las provisiones necesarias desde Fernando Poo. De este modo podría el Gobierno adquirir conocimiento del estado de aquellas posesiones, sus recursos y otros pormenores convenientes que ahora se ignoran, y que los misioneros después del debido estudio y reconocimiento hecho por ellos mismos podrían elevar al conocimiento de la primera Autoridad de la Colonia. Semejante conducta y deferencia por parte del Gobierno Español respecto de aquellas gentes contribuiría poderosa y eficazmente a atraerlos a los Españoles y atar más fuertemente los lazos que los unen a España. Sólo así y conociendo el carácter noble y suave de los españoles, que saben tratar aun a los esclavos con más benignidad y dulzura que los de las otras naciones a los libres, se prestarían gustosos a los responsables de los barcos y aun de tierra, y se sacaría un partido muy grande des sus servicios y de sus fuerzas. El año anterior hice una descripción de Annobón, en la que manifesté todo lo concerniente a esta Isla.

9. Hábitos y costumbres de los Bubis

Difícil empresa es para un extranjero averiguar, y más todavía describir la religión que tienen los Bubis, y las supersticiones con que la acompañan. Es muy marcado el carácter de timidez y desconfianza que distingue a estos salvajes, y así es como con mucho trabajo han podido los misioneros llegar a conocer algunas cosas acerca de este punto, y creen que aun éstas que las han oído de su propia boca, y que han observado en su conducta, no merecen tan entero crédito, que con el tiempo y más larga permanencia entre ellos, no llegasen a desmentirse, o a lo menos a rectificarse después. Ellos confiesan que hay un Dios, Creador del Cielo y la tierra, y que no tiene cuerpo. En este punto han visto los misioneros que todos ellos convienen. Aplican la palabra Mmó a un ser invisible o espiritual y así llaman a Dios Mmó Rupé, y generalmente le llaman solamente con la palabra Rupé, sobrentendiéndose Mmó. Creen también en la existencia de otro ser espiritual e invisible, que es el causador de los males que afligen al género humano: aquí tenemos el dogma de los dos principios o el puro Maniqueísmo. A este espíritu, o al Diablo, aplican también la palabra Mmó, pero para distinguirlo del bueno o de Dios, le añaden las dos palabras Sa Labé, que quiere decir obrador del mal; mientras

que afirman al mismo tiempo que Dios es muy bueno: Rupé sese al-lé buqué buqué. Según ellos, Dios es muy viejo, con lo cual quieren dar a entender, al parecer, aquello que en uno de los Salmos el Real Profeta dice dirigiéndose a Dios: Domine a seculo tu es et usque in seculum: Señor, Vos sois de todos los siglos. En su creencia, Dios tiene muchos hijos, a los cuales llaman también Mmó, pero no tiene mujer, y a esos hijos de Dios³⁸ los consideran como si fueran unos Ángeles Custodios, y cada barrio les edifica una choza a la manera de las que ellos tienen para que allí habite el Mmó que les ha de guardar y le ponen el nombre que les parece. A esta casa que ellos consideran como una iglesia, llamada en su idioma Erojia acuden a cantar al Mmó, y pedirle el remedio en sus necesidades, que se reducen a estas cuatro, que les dé mucho que comer, mucho que beber, muchos hijos y vida larga. Dicen que Mmó les contesta por medio de un silbido y les da a entender con esto la concesión de la petición, o que perseveren y esperen; pero si no les contesta, es señal de que está enfadado con ellos y no les atiende. Creen que Dios, aunque tiene hijos, no tiene mujer alguna, y sí sólo una hermana, a la que llaman Bisil-lá: ésta también tiene muchos hijos, pero sin tener marido. Dios, dicen, tiene su habitación en el Cielo, y sus hijos son los que habitan en sus Erojias. Nadie le ha visto, pues anda de noche y no tiene cuerpo, y sin embargo admiten que bebe Bau, que es la bebida que extraen de las palmas, y que cuidan mucho de poner en un casco de calabaza para que el Mmó beba cuando pasa de noche y no se enfade con ellos. Esta vasija con el bau la ponen en las entradas de sus barrios y en particular en la Erojia. Cada barrio tiene una o más iglesias o Erojias en las cuales, además del bau, colocan varios objetos de sus supersticiones, entre los cuales figuran una gran porción de palos o bastones de los que ellos usan y tienen por objeto de servir de ofrendas. Aunque según ellos la habitación de Dios sea el Cielo, sin embargo admiten que desde allí gobierna todas las cosas de este mundo. Tienen también una idea de Dios remunerador, pues dicen que el que sea bueno subirá al Cielo a ver a Dios, pero le que sea malo irá bajo de tierra a un lugar de tormentos. Traducidos por un Padre misionero los preceptos del Decálogo en su idioma, se los leyó estando muchos Bubis de ambos sexos reunidos junto a la casa de la misión de Banapá, y después de concluida la lectura, todos ellos a una voz instantáneamente gritaron diciendo: Padre todo esto es muy bueno, muy bueno. Esto prueba que los principios de la ley natural están impresos en el alma de estos

³⁸ La expresión “pero no tiene mujer y a esos hijos de Dios” aparece tachada en el original.

salvajes, aunque por desgracia obscurecidos por las supersticiones que acompañan a las acciones de su vida. celebran también fiestas en distintas épocas del año, no guardando orden periódico. Estas épocas son al principio de la sementera del Cocó o Malanga y de los ñames, cuando recogen los últimos frutos de los dichos artículos, al principiar a coger el fruto de las palmas (aunque esto se hace casi en todo el año), en las ocasiones de falta de lluvia o de otra necesidad, y en acción de gracias a Dios por haber conseguido lo que pedían. Celebran además entre año alguna función pidiendo a Dios a su manera que les conserve la vida y la salud. Esto en cuanto a las funciones que pueden calificarse de carácter religioso, pues tienen además las grandes fiestas entre ellos que celebran a principios de Enero y a la cual llaman Lupú. Estas funciones las celebran generalmente en la plaza que es el sitio público para juicios, consultas y relaciones de su gobierno. El día determinado para la fiesta es anunciado la víspera por la noche por un Bubi a quien llaman Usanna (pregonero), a cuyo cargo está el hacer un discurso, en el cual, según parece, anuncia al pueblo el motivo de la función desde la puerta de su choza, o colocándose en medio del camino donde pueda ser oído de todos. Al día siguiente a poco de amanecer, el mismo pregonero repite el anuncio y avisa que se reúnan a la función en la plaza, el cual concluido todos los del pueblo contestan con un grito como quien azuza a los perros a la caza, tocan una multitud de pitos de calabaza pequeña vinatera y a los 4 minutos está concluida la gritería. Nadie omite la contestación ésta de la gritería, pues es como un modo de alabar a Dios y ahuyentar al Diablo. Hay también unos bubis destinados a Cantores en las fiestas, que son llamados Nepi, y éstos son los que, después que el Usanna ha concluido su razonamiento, empiezan a llamar a todos a cantar con ellos en la plaza. Luego empiezan todos a reunirse en ella, armados con sus palos o bastones para la fiesta. Los hombres se colocan en un grupo y las mujeres y niños en otro separadamente: y luego empiezan los primeros a cantar bajo la dirección de los Nepi: el canto es bajo y grave y no deja de tener bastante armonía. Empleada una media hora en cantar, destapan unas cazuelas, prevenidas al efecto, que contienen aceite de palma y unto rojo. Próxima a concluirse la función, un Bubi de los principales, tomando un pico de unto embadurna al Rey en los brazos, espaldas y barriga, enseguida el rey hace la misma operación con algunos de los magnates, éstos van después repartiendo por familia, embadurnado generalmente los padres a sus mujeres e hijos y colgándolos también las yerbas con que ellos han sido

adornados; últimamente cantan por un poco de tiempo y sin más se van retirando a sus chozas o casa, y continúan llevando todo aquel día colgadas al cuello y al brazo las yerbas que usan como adorno en recuerdo de la fiesta o función. Con algunas pequeñas variaciones, tal es el modo que los Bubis tienen en celebrar estas fiestas, que en cierta manera pueden llamarse de carácter religioso. Sin embargo, hay que notar que en las fiestas de regocijo usan el unto rojo, en las de súplicas a Dios por alguna necesidad usan de la ceniza y alguna tierra o mezcla parecida a la misma ceniza, y en las súplicas por enfermedad o para alcanzar la salud usan de unto amarillo.

Los Bubis miran a los blancos y aun a los morenos que no sean de su raza con timidez, desconfianza y desafecto. Quieren ellos ser solos y vivir separados de los demás, y si alguna mujer Bubi toma por marido a un hombre que no sea de su raza (cosa que no les agrada) tiene que salir de su distrito y vivir con los extranjeros o Apotó, como ellos los llaman. Con todo, aunque al principio miraron con cierto recelo a los misioneros, en la actualidad les prometen alguna confianza aunque no entera. Han observado y observan la conducta de los misioneros para con ellos y el modo que tienen de vivir y según han juzgado creen que pueden fiarse del misionero por el bien que les resulta. Ellos han experimentado que el misionero es su consuelo en las enfermedades, su protector en las tribulaciones, su padre en el cariño y si bienhechor en los regalos que les hace, y todo esto les inclina a confiar y desear a los misioneros en sus pueblos. Estas razones, si se quiere, son las del egoísmo, pero es preciso confesar que también preparan sus corazones para recibir al mismo tiempo que los bienes temporales los que más interesan, que son los que tocan a la salvación de sus almas. Además de éstas, hay otras razones más poderosas y eficaces para que nos aprecien más y se fíen de nosotros. Han visto que el misionero católico no tiene mujer (cosa incomprendible para los Bubis que tantas tienen y tantas desean) y además saben que los ministros protestantes son casados. Han observado también la doctrina que se les enseña según los pocos conocimientos de la lengua, nuestras ocupaciones religiosas, y particularmente en rezar el oficio Divino y celebrar el Sto. Sacrificio de la misa, y esto ha causado en ellos mucho respeto, amor y confianza; así es que han llegado más de una vez a pedirnos rogásemos a Dios les concediese el beneficio del agua o del sol, según su necesidad. De todo lo cual se infiere que los Bubis tienen en bastante estima a los misioneros y es de esperar de la misericordia del Señor que se domestique esta gente tan fría y apática para

con los que no son de los suyos, aunque ha de ser asunto de mucho tiempo y paciencia no poca.

Los trabajos que hacen los Bubis para proporcionarse alimento y llenar sus necesidades los tienen ocupados casi todo el año, tanto a hombres como a mujeres y niños; y el no habitar entre ellos, ni observarles de cerca, así como el no tener presente la dificultad que ofrece la tierra para dejarse cultivar, puede muy bien dar lugar a que se forme un juicio poco ventajoso de ellos, graduándolos de perezosos y holgazanes; pero no los juzgará así el que los conozca mejor. Una ligera reseña de sus ocupaciones hará conocer esta verdad. En el mes de diciembre que es cuando ya se ha augurado el verano o sequía, empiezan sus desmontes, y a preparar el terreno en que han de plantar sus ñames: este terreno desmontado ha de ser bastante grande porque han de sacar los tenidos por ricos el alimento necesario para todo el año, y para unos ocho meses los más pobres, cuyos brazos no pueden cultivar más campo, comiendo en los meses en que les falta el ñame, plátanos y cocó, cuyo alimento es considerado como más inferior y de menos sustancia. En el desmonte emplean un mes poco más o menos, y necesitan, atendida la espesura del bosque, trabajar mucho para limpiar el terreno. Por el mes de enero, cuando han quemado ya la maleza y secado la leña, empiezan a cavar la tierra, o más bien hacer unos hoyos donde colocan el ñame para que produzca: esta operación es muy trabajosa por el atraso en que se hallan de útiles para el efecto. Aunque en todo el mes de Enero quede concluida la sementera, o el plantío, tienen que procurarse una gran porción de estacas y bejuco para hacer una especie de emparrado al cual enredan los tallos del ñame para que mejor se pueda limpiar la tierra y aporcar las plantas. De esta operación, como ni de las anteriores, nadie es excluido: hombres, mujeres y los niños que pueden hacer algo, todos tienen que prestar su auxilio, aunque no sea más que arrancar algunas yerbecillas. Colocados los palos y sujetados por el bejuco, y empezados a enredarse en ellos los tallos largos del ñame, es preciso limpiar la tierra de la mucha maleza que la cubre de nuevo, a la cual ayudan con sus manecitas hasta los niños de muy tierna edad. A esta operación sigue el cavar y aporcar los ñames y en este trabajo, o faena, emplean los meses de Febrero y Marzo. Llegado el mes de Abril, tienen que volver a limpiar la tierra, cavar de nuevo el ñame y además componer los tallos que no cesan de crecer. Por el mes de mayo empiezan a coger parte del fruto sacando los primeros tubérculos, pero dejando sin arrancar la planta. También dejan

descubierto el hoyo para que la planta produzca nuevos tubérculos, que aunque inferiores a los primeros, también los comen, y de éstos guardan los necesarios para el plantío de la cosecha del siguiente año. De aquí es que están ocupados en lo que toca al cultivo y cuidado del ñame hasta el mes de Octubre, que es cuando recogen todo el fruto que les resta. Además del cultivo del ñame, atienden al del Cocó, que son unos tubérculos a manera de cebolla, alimento de poca más sustancia que las cebollas mismas y es el que usan cuando se les concluye el ñame. Esta cosecha exige el mismo trabajo que los ñames, excepto el de los palos y bejuco, pues no echa el cocó sino unas grandes hojas que se tienen derechas por si mismas: lo plantan por Junio y lo empiezan a coger a últimos de Diciembre. Así es que entre el ñame y el cocó se ocupan todo el año. Es verdad que para el mes de octubre suelen cavar y limpiar el cocó la última vez, y así es que les queda tiempo vacante desde que concluyen el trabajo del ñame hasta que vuelven a desmontar, y es de dos o tres meses, pero en ellos, las mujeres se dedican más que en todo el año a fabricar aceite de palma, y los hombres a limpiar las palmeras, y a cortar y recoger el fruto de que extraen aquéllas el aceite, y en este tiempo extraen también en mayor cantidad el tupí o vino de palma, cazan ratas, antílopes y demás animales que usan para su alimento regalado; otros se dedican a pescar con sus canoas y reúnen así comida y bebida para las fiestas que en estos meses celebran con más frecuencia. Con este plan de vida están ocupados todo el año, sin estar todo él muy atareados pero tampoco ociosos, pues las mujeres se ocupan en los intermedios de sus grandes tareas en tejer sus cestas y adornos del hilo de la palma, en ensartar abalorios, etc., y los hombres rehacen sus chozas, hacen sus sombreros, peines y algunos de sus pocos adornos. Con el producto de sus cosechas de ñame, cocó y abundantes plátanos satisfacen sus necesidades en cuanto al sustento. Para las otras de vestir (si bien para esto bien poco necesitan), fumar, abalorios, hachas, sables, espingardas, municiones, otros enseres y para beber un poco de aguardiente o caña, crían gallinas en abundancia, las cuales venden para bastecer a la población de Sta. Isabel de que se hace un gran consumo, así como también huevos, plátanos, aceite de palma y ñames, resultando un gran beneficio a los Españoles y habitantes de la población. En vista de todo esto, no es extraño que no quieran prestarse a trabajar por los Europeos o Españoles, pues cubriendo bien sus necesidades a su modo, y considerando que si se distraen de sus tareas agrícolas les faltará el sustento para sí y sus familias, prefieren esta clase de

alimento frugal a que están acostumbrados desde la niñez, al jornal que trabajando para otros pudieran ganar. Ellos consideran además que si se dedican al trabajo de los Españoles en los dos o tres meses de menos tareas, no disfrutarán de sus goces de cazar, pescar, bailar, beber que es lo que según ellos los entusiasma y fortifica para emprender de nuevo sus faenas del campo; no es pues extraño que siendo salvajes se limiten a sus cosechas y necesidades y quieran vivir independientes en cuanto puedan. Luego que salgan del estado salvaje y aprendan a vivir con menos privaciones, a mejorar sus casa, a cultivar mejor su campo y a sembrar y plantar cosas de más utilidad para sí y para los Europeos, entonces tendrán más medios y más necesidades que cubrir, si bien podrán vivir de un modo más racional que hasta ahora. En algunos distritos han observado los misioneros que los bubis hacen los plantíos o sementeras cerca de las mismas poblaciones donde viven, mas en los de Basilé o Banapá donde está la Misión, los hacen a una larga distancia del pueblo de su residencia, en las partes más bajas del bosque, construyendo allí sus casitas y residiendo allí la mayor parte del año, abandonando la población y viviendo ellos muy separados unos de otros, lo cual retrasa mucho la civilización y educación religiosa que se les procura. Aun en los meses que residen algo más en el pueblo es difícil reunir los niños para instruirlos, por no conocer los padres en ello ventajas y sólo atienden a tenerlos siempre consigo, llevándolos a sus heredades para que les ayuden si algo pueden o para cuidar de los otros más pequeños mientras la madres trabajan. A la vuelta de la heredad al pueblo y antes de marcharse es cuando se les puede instruir alguna cosa y para esto hay que medio engañarles dándoles algunos regalitos y buscarlos en sus casas o donde se les encuentre. A pesar de tantas dificultades, los niños son bastante dispuestos para aprender y cantar la doctrina cristiana: digo cantar porque este es el medio más adecuado para entretenerlos y aficionarlos a aprender en razón a su extremada afición la canto. Siendo indispensable para civilizarlos e instruirlos que los misioneros habiten en medio de ellos, han insistido siempre en persuadirles a abandonar el método que llevan para ausentarse tanto de la población, y hacer sus plantíos inmediatos a ella, prometiéndoles enseñarles a cultivar y plantar cosas de mutuo provecho entre ellos y los Españoles. Esto es difícil de conseguir por tener ya sus terrenos, desmontes y plantíos, platanales y algunos árboles frutales como el Mango, Maney y Papaya en sus heredades, para este año ya han plantado ñame y cocó en las inmediaciones y para la inmediata cosecha han prometido desmontar más

y más alrededor de las habitaciones. Por donde se infiere que, atendido su carácter, se conseguirá domesticarlos y hacerlos buenos cristianos, aunque será muy difícil con la generación presente; pues se necesitan mucho tiempo y mucha paciencia.

Cuando un joven desea contraer matrimonio consulta 1º con sus padres, y obtenido su beneplácito pasa al Butucú del distrito de su futura mujer y él manifiesta su deseo de casarse con ella: el Butucú si lo aprueba lo remite a los Padres de la novia para que ellos traten del casamiento y condiciones que le han de preceder y acompañar. El convenio suele estribar en las razones siguientes: si la pretendida es joven de 10 o 12 años debe el pretendiente llevar a los padres de aquella unas cuantas calabazas de vino de palma al tiempo de la petición: éstos preguntan al joven si está dispuesto a ayudarles a trabajar en las palmas, desmontes y demás trabajos propios de los Bubis; con la respuesta afirmativa y entregado el vino de palma le prometen la muchacha pretendida pero no se la entregan hasta que cumpla 16 o 18 años. En este tiempo debe portarse el novio con los padres de la prometida de manera que los tenga contentos con el auxilio que les preste, porque de lo contrario se expone a quedarse sin la futura mujer. Cuando la novia llega a los 16 años, poco más o menos, y por consiguiente en disposición de casarse, vuelve el pretendiente a solicitar su consentimiento, acompañando la petición no sólo del regalo del vino de las palmas, sino también de un buen regalo de aceite también de palma, y de algunas otras cosillas de las que ellos aprecian, como son abalorios, taparrabos, tabaco o aguardiente. Si la novia y sus padres dan el consentimiento, queda desde entonces efectuado el matrimonio y la novia empieza a disfrutar de los privilegios que como a tal le corresponden y desde entonces está Bulá (éste es el nombre que se le dará en adelante, porque así se llaman las que se hallan en su caso) . Estos privilegios consisten en vivir recogidas en su casa a manera de reclusión sin tener trato ni comunicación con los de fuera de la familia, y mucho menos con los forasteros; en no salir al bosque a trabajar en la tierra como todos los demás, cuidando su nuevo marido de que no le falte qué comer, y buscando además alguna caza de ratas, antílopes, ardillas, culebras, etc. lo cual es un gran regalo para ellas. No sólo el marido es el encargado de cuidar de ella, pues la familia de la bulá, en cuyo seno continua habitando, la obsequian también con predilección y lo mismo hacen los parientes y amigos, pues entre ellos una Bulá es digna de consideración y respeto. Aunque está exenta del trabajo de la tierra, no por eso pasa una vida ociosa, pues se ocupa de hacer tol-lá, que es una

especie de unto compuesto de hojas de árboles especiales, molidas o deshechas entre dos piedras, mezcladas con ceniza y aceite de palma, y todo bien compenetrado tiene un color rojo muy subido, y con este unto se pintan y embadurnan de pies a cabeza, y para la Bulá es ropa de pascua, y también embadurna a su marido, y de él regala también a las personas que van a hacerle algún obsequio. Algunas temporadas de 10 ó 12 días es continuo este embadurnarse con dicho unto, tanto en ella como en su marido y dos o tres personas más que acompañan al marido en las visitas que hace a los de su pueblo, y que le sirven de criados, para cuya época hace mayor provisión de tol-lá la Bulá, ayudándole sus amigas a hacerla. En medio de tanto recogimiento y en tan grande reclusión están a disposición de la Bulá un niño o niña de 8 a 10 años, que no la deja a solas, y que la acompaña en el caso de que alguno tenga que hablarle. En todo este tiempo tiene también la Bulá gran provisión de trenzas de abalorios y de conchitas ensartadas a lo cual llaman Chib-bó con lo cual se adornan pies, piernas, cintura, brazos y garganta, llevando además en las rodillas un tejido de cuerdas que las oprime y mortifica, pero que lo sufren con gusto por ser una de las cosas esenciales de las Bulás.- El tiempo de esta reducción no es igual en todas, pues su duración depende de la mayor o menor posibilidad del marido. Si éste no tiene sino esta sola mujer, y no abunda en medios de subsistencia, suele la novia gozar de estos privilegios por espacio de seis meses. Si ya tiene otras mujeres que trabajen, suelen las Bulás gozar como tales por 18 ó 20 meses, al fin de los cuales celebran la fiesta de bodas, reuniendo antes una gran porción de carne de antílopes, ratas, puercos espines y demás bichos que ellos usan como regalo en sus fiestas; asimismo guardan para este día abundantes calabazas de vino de palma que beben en gran cantidad. Hecha esta provisión se anuncia la fiesta por el pueblo y en algunos circunvecinos; y los convidados asisten con puntualidad dando a la función mucha importancia. Entre las provisiones necesarias para la fiesta no ha de omitirse la del unto tol-lá, porque ese día son muchos los acreedores a él por servirles de ropa de gala. Dos o tres días antes de la fiesta se oyen continuamente chillidos o gritería con que los vecinos obsequian a los novios como vitoreándoles; por la noche precedente a ella gritan de un modo extraordinario, correspondiéndose los de uno a otro grupo de casa o barrio. La mañana de la fiesta están muy ocupados en componer a los novios y a sus acompañantes, que son ordinariamente dos niños de 8 a 10 años, a los cuales componen cuanto pueden a imitación de los novios, a excepción de los sombreros que

no lo usan los niños. Desde la tarde anterior al día de la función, empiezan a hacer a la mujer el peinado, el cual consiste en llenarle bien la cabeza de barro rojo amasado con aceite de palma, y después con el cabello que es muy corto y el dicho barro forman como cigarros de una 8 pulgadas de largos y todos caen sobre el pescuezo atados con una cuerda bien unidos y arreglados. El peinado del hombre es igual al de la mujer. La novia lleva este día sombrero por primera vez, pues no le ha usado en toda su vida, ni le usa después del día de la función, pues de soltera llevaba, como todas las demás, la cabeza casi afeitada o muy rapada, y de casada va como las demás casadas, con la cabeza descubierta, aunque con el cabello algo más largo y amasado con el unto rojo o tol.la referido. Celebrada la fiesta y hecha la gran comida como dije el año pasado, cada uno se retira a su casa, y la Bulá empieza a dejar de serlo desde entonces, y puede salir de la suya, comunicar con todos, ir a las heredades de su familia y trabajar como todas las de su clase, dejando a un lado los untos y adornos. A lo referido el año anterior sobre el modo que tienen los Bubis en tratar los cadáveres de sus difuntos y en enterrarlos, hemos observado en éste que hay alguna diferencia digna de ser referida. Aun antes de morir el Bubi, le doblan las rodillas y queda después de muerto encogido o encorvado. Igualmente luego que el cuerpo queda sin vida, y a veces antes, es embadurnado con bastante cantidad de aceite de palma hasta que queda muy lustroso. Los amigos del difunto le honran con abrir la sepultura ala manera que se hace en España, aunque es algo más corta que lo largo del cadáver, y con hacer el ataúd de hojas de palmas entretejidas a manera de una estera cóncava muy basta y muy fuerte. Entre tanto, la mujer o sea la Viuda saca una cesta en donde tiene sus riquezas consistentes en algunos abalorios, trozos o tiras de piel de cabra, algunas trenzas de abalorios, grandes agujas, etc., según la riqueza de cada uno: uno de los que asisten toma algunos pedazos de piel, abalorios, etc. un casco de calabaza vinatera en el cual lleva un poco de aceite de palma con otra tanta cantidad de bau y lo depositan todo en la sepultura del difunto que se entierra. Esto hicieron el día 11 de agosto del presente año, en que murió en Banapá un Bubi casado, llamado Solaca. Los lamentos de su mujer (como sucede en todas partes) dieron a conocer la defunción, y a las cuatro horas de su muerte trataron de darle sepultura; y era justamente el tiempo necesario y empleado en abrirla.

10. Bendición de la Iglesia en Sta. Isabel

Por fin se han realizado en estos años los deseos de los misioneros. Desde el principio conocieron que nada podrían conseguir de los habitantes de Santa Isabel mientras no tuviesen un local apto donde predicarles las verdades de nuestra Sacrosanta Religión. Muchos de ellos imbuidos en los falsos principios del árido Protestantismo por ministros Baptistas, y habituados a mecerse en la ilusión de que basta creer en Dios para salvarse, sin oír nada de la doctrina católica que enseña lo contrario, miraban a los misioneros como a otros Españoles cuya presencia les era indiferente. Otros muchos, en mayor número que los primeros, nacidos y educados en el paganismo, sin instrucción alguna de Religión, lo más que sabían de la otra vida era que siendo Dios padre de todos, no los había de hacer desgraciados, aunque en ésta viviesen entregados a las pasiones más degradantes, o al más absurdo fetichismo. Otros finalmente creyendo que todo está hecho con no hacer mal a nadie, sin cuidarse de lo deberes que todo hombre tiene para con Dios y para consigo mismos, se desdeñaba de toda doctrina de religión sin conocer el inminente riesgo de una desgracia eterna. Semejantes errores juzgaron los misioneros que no podrían desaparecer mientras no se les opusiese con vigor y claridad toda la nobleza y toda la verdad de la Religión Católica. Mas no había medio de hacerlo porque faltaba Iglesia o Templo, donde reunidos oyesen la enseñanza de aquélla, y saliesen de sus inveterados errores. Pero llegó el día 19 de Noviembre de 1862, que será célebre y memorable en los fastos de la historia de Fernando Poo. En este día celebra la España con el mayor regocijo los días de su Reina Isabel 2ª, y así como en el año anterior en el mismo día se puso la 1ª piedra, en el presente se bendijo solemnemente según el rito y prescripciones de la Iglesia el primer Templo Católico u único en la Ciudad de Sta. Isabel de la Isla de Fernando Poo. Monumento sagrado que transmitirá a la posteridad el nombre augusto de la excelsa Reina, unido a la historia de la Iglesia acabada de construir a impulso de sus piadosos y acendrados sentimientos de Religión. Pequeño templo, si se quiere, pero suficiente para las necesidades de la actual población que solo se compone de unas mil personas, en las que se cuentan también los europeos. El diseño fue hecho por el Sr. Ingeniero Manuel Pujol, Comandante del Cuerpo de Ingenieros de España y residente en Sta. Isabel hasta fines del año 1861; y bajo su dirección se empezó la construcción, que después continuó bajo la del Capitán, también Ingeniero, D. Luís Tejero, por enfermedad del primero que por consejo de los médicos tuvo que regresar a España, hasta que por fin se concluyó a mediados del mes de

Noviembre de este año. Es de orden toscano; tiene de largo sesenta y cinco pies de Burgos [278 mm], y de ancho treinta y dos en el cuerpos hasta el Presbiterio: a éste se sube por dos gradas, y su anchura, así como la dela Sacristía que se halla detrás del muro junto al altar, es de 24 pies con 12 de largo. Todo él es de ladrillo con su correspondiente enlucido de mezcla o mortero; el pavimento es de mármol de Génova, blanco y azul, y el cielo raso es un artesonado de madera pintado de blanco de leche. El triángulo que descansa sobre la cornisa del frontón, y los lienzos intermedios entre los cuatro pilares de este último llevan un enlucido o revoque de cemento romano; las ocho ventanas con sus medios puntos que dan la luz al interior del templo son de cristales de diferentes colores; la puerta, hecha en Sta. Isabel por tallistas de muy buen gusto, es de caoba del país. Sobresale una torrecilla con los huecos para la colocación de dos campanas pequeñas en le remate del ángulo superior de la fachada principal que da vista a la plaza. Todo el edificio se halla circunscrito por un malecón de fábrica enlucido con mortero, dejando un espacio de 10 pies entre él y las paredes, para las procesiones, y una verja o baranda de yerro pintada de verde. El espacio entre ésta y la fachada principal es más ancho y forma una especie de atrio bastante desahogado: a él se sube desde la calle por tres gradas, y para entrar en la Iglesia hay que subir otra, y todas ellas tienen cada una un pie de elevación. Las proporciones en todo el conjunto del edificio están muy bien guardadas, y agradan a cuantos las miran detenidamente. La población entera se halla poseída de un dulce placer al contemplar este templo, primer edificio en su clase y todo construido de fábrica. A excepción de dos o tres albañiles de color, los demás trabajadores han sido españoles de los barcos fondeados en la bahía, y de los de la compañía de tropa. El Sr. Gobernador hizo la entrega de la Iglesia a los misioneros, y éstos tomaron la posesión recibiendo las llaves de sus manos. Convenidos todos en dar el mayor realce posible a la solemnidad, se preparó todo de antemano para el objeto deseado. El día pues referido se personó el Sr. Gobernador con los Sres. oficiales de la guarnición y empleados dela colonia en la casa de la misión a las 7 de la mañana, y de la Capilla salió el Superior vestido de capa blanca con Diácono y Subdiácono a sus lados y acompañado de los demás misioneros vestidos de roquetes. La procesión rompió la marcha yendo delante el cruciferario con sus dos acólitos, siguiéndoles los niños de la Escuela y otras muchas personas, los misioneros y el Preste con sus dos asistentes, y detrás el Sr. Gobernador, los miembros del Consejo y marinos. En la travesía desde la

casa de la misión hasta el atrio de la Iglesia se hallaba tendida la tropa, formando una calle y la procesión llegó a los pocos minutos a la verja delante de la Iglesia: allí se hizo alto, y dichas las oraciones y preces designadas, se procedió a la bendición de la parte exterior del templo, empezando por la derecha y dando una vuelta alrededor hasta llegar por la izquierda al punto de partida: se abrieron las puertas de la Iglesia que hasta el momento presente habían estado cerradas y entrando en ella el Clero, cantó cerca del presbiterio las preces y Letanías de los Santos y bendijo las paredes de ella por la parte interior. Concluida la bendición, se dio entrada a toda la gente y tropa que se mantuvo fuera hasta entonces, y empezó la misa solemne con cánticos y acompañamiento de armonio-piano que tocó con mucha maestría el Sr. D. Francisco Moreno, Jefe de la Estación naval española. Uno de los misioneros y los niños de la escuela fueron los que cantaron la misa. Al fin del Evangelio, el P. Superior, que era el Celebrante, dirigió desde el pie del altar la palabra 1º en español al concurso de gente que llenaba la Iglesia, congratulándose y dando gracias al Señor de que en aquel día se hubiese hecho un acto tan solemne, y de que hubiese coincidido con la agradable circunstancia de ser los días de su majestad la Reina (Q.D.G.) , a cuyos sentimientos religiosos se debía la construcción de aquel templo, y lo 2º en inglés para la muchísima gente morena de la ciudad de Santa Isabel, felicitándose de verlos reunidos con los Españoles en aquel acto de devoción religiosa, dándoles gracias por haber asistido a la función a la menor invitación que les había hecho los días anteriores, lisonjeándose de que aquel día sería el principio de una era de felicidad y bienandanza para todos los habitantes de Sta. Isabel, y prometiéndoles destinar en los Domingos algunas horas para hablarles en aquel mismo recinto sobre las verdades de la Religión Cristiana. Continuó la función hasta concluirse la Misa, y todos salieron muy complacidos de ella, en términos que el mismo Sr. Gobernador declaró su satisfacción después, diciendo que atendidos los medios con que se cuenta en el país, no pudo hacerse mejor que lo que se hizo. Con motivo de la solemnidad del día hubo besamanos al mediodía en la casa de Gobierno, donde recibió el Sr. Gobernador a los Sres. Marinos, Oficiales de tropa, empleados y al Superior de la Misión. Por la tarde hubo banquete de 14 cubiertos, y por la noche iluminación en las principales casa de la Ciudad, en los edificios dependencias del Estado y en los Barcos y Casa de la Misión.

11. Conferencias a los protestantes moradores de la Ciudad

Conforme a lo prometido por el Superior de la misión en el día de la bendición de la Iglesia, y habiéndolo consultado antes con algunos de los habitantes más principales de la Ciudad, se halló que en todos los Domingos podrían reunirse en el Templo a las cuatro de la tarde los que gustasen recibir alguna instrucción sobre las verdades de la Religión, sin menoscabo de sus ocupaciones o recreo. Al efecto, desde el 1er. Domingo inmediato empezó la tarea y ha continuado hasta que el viaje del referido P. Superior a España lo interrumpió. Poco antes de las cuatro se tocan las campanas para convocar la gente: ya reunida en el templo, se empieza con el canto o música de piano armonio; y cantadas algunas estrofas de Corazón Santo, lee el P. Misionero un capítulo de la Biblia en inglés, y hace la conferencia sobre algún asunto de los que se han leído, que durará cerca de una hora; se canta en seguida también con el acompañamiento del piano el Santo Dios, y vuelve a hablar de nuevo el P. Misionero por un breve rato y despide a la gente. En los Domingos ha asistido un buen número de gente y además algunos ingleses comerciantes establecidos en Santa Isabel. Tanto el modo como la variedad de los actos ha agradado, al parecer, a todos; y es de esperar que el Señor se dignará iluminar los entendimientos de estas pobres gentes que no han oído sino todo lo contrario a la Religión Católica. El voto ardiente de los misioneros es que nos desprecien la gracia con que el Señor los llama, y que secundando los designios de la Divina Bondad logren todos salvar sus almas. A esto se dedican con afán los PP. Misioneros y éste es el objeto de sus más fervientes oraciones.

12. Necrología en Sta. Isabel

Una larga permanencia continua de más de cuatro años y medio en la Isla, y una constante observación han convencido a los Misioneros de que la parte más insalubre de Fernando Poo se halla en las inmediaciones del mar en los sitios bajos. La Ciudad de santa Isabel por desgracia está situada en estos bajos, y ésta sin duda ha sido la causa de las muchas defunciones en los años anteriores, y aun en éste, en el cual ha sido mayor el número por la epidemia que ha invadido a sus habitantes. Mientras que los Misioneros que residen en la Ciudad son molestados frecuentemente por las fiebres intermitentes, los de la Misión establecida en Banapá a una elevación de 600 pies sobre el nivel del mar apenas sufren de ellas, y lo mismo sucede con los Bubis o indígenas. Los que viven

en las alturas apenas saben lo que son las fiebres y son robustos y de muy bellas formas; los que viven a las faldas de los montes, y más bajos que los primeros , tienen sus ataques de fiebres y no es tan lozana su constitución física; pero los que viven en las llanuras del bosque inmediatas al mar, son muy frecuentemente visitados de las fiebres y en ciertas épocas del año mueren en bastante número, aunque no es tan crecido como el de los Europeos. También causa extrañeza y entristece el corazón ver que aun de los emancipados suele haber constantemente varios atacados de las fiebres, además de los otros males que son propicios de la gente de color. Así que mientras no se haga un gran desmonte del bosque en la parte baja de la Isla y no se ponga el terreno en cultivo, hay motivos para creer que el estado de la salud nunca llegará a ser lo que todos deseamos. Por los apuntes que he hecho en este año, aparece ser mayor el número de defunciones que en los anteriores y es el siguiente:

- Morenos católicos, habitantes de Sta. Isabel	5
- Id. protestantes	27
- Confinados de Loja	16
- Soldados de la guarnición	18
- Marineros españoles	44
- Id. ingleses	9
- Colonos españoles	4
- El Capellán de la Estación naval española	1
- Interventor	1
- Médico de la Perla	1
- Emancipados venidos de Cuba	3
- Un comerciante inglés	1
- El capitán del paquete inglés	1
- Crumanes del gobierno y de los particulares de la ciudad..	26

157

De donde resulta que los fallecidos en la Ciudad y Bahía del Puerto de Sta. Isabel, tanto de las fiebres como del tiphus iteroides han sido ciento cincuenta y siete, sin contar las defunciones acaecidas entre los bubis que moran en los bosques, cuyo

número se ignora. Hay que tener en consideración además que en las diferentes épocas de la vuelta de algunos barcos a España, han regresado a la patria un buen número de marineros y militares enfermos, que probablemente hubieran muerto permaneciendo por más tiempo en la Isla a juicio de los peritos en el arte de curar. Y esto no obstante Fernando Poo es en la opinión de todos lo menos malo de África!!! La referida cifra es una tercera parte mayor que en los años anteriores, por habernos visitado la dicha epidemia, la cual apenas se tenía noticia haber aparecido sino el año 1833 en la Isla, en la que hubo algunas víctimas. La circunstancia de haber causado la misma epidemia bastantes estragos en este mismo año, tanto en las Islas Portuguesas de Príncipe y S. Thomé, como en Gabón, Bony y demás puntos del litoral africano, ha inducido a algunos a creer que fue importada a Sta. Isabel por los barcos que frecuentan nuestra bahía; así es que lo primero apareció en los barcos que es donde hizo más víctimas, y luego en la tropa de guarnición, que como medida higiénica adoptada por el Gobierno iba a dormir a bordo, y saltaba en tierra por las mañanas. Y yo tengo para mí que Fernando Poo no es país donde tenga asiento ni desarrollo la fiebre amarilla o vómito negro, puesto que sólo los que estuvieron en contacto con los barcos, y aun éstos en corto número, fueron atacados en la Ciudad como ya traían inoculado el virus ponzoñoso en su organismo. Y como prueba de ello puede presentarse que, fuera de los militares y confinados que fueron trasladados al campamento de Basilé, ninguno de los blancos o Europeos que por precisión vivían con ellos fue atacado de dicha fiebre pernicioso.

13. Conclusión

Éstos son, E.S., los trabajos de los individuos de la Misión Española en el Golfo de Guinea durante el año 1862, y ésta la reseña de los frutos recogidos a fuerza de sudores y viajes por los bosques con mil penalidades. Las circunstancias de lo malsano del clima, de las fiebres que aquéllos sufren constantemente, y de lo accidentado del terreno, sin vías de comunicación y un espesísimo bosque, contribuyen poderosamente a que no consigan lo que ellos tanto desean, con más prontitud y en mayor escala. Saben que los designios del Gobierno de S.M. son la verdadera civilización de los habitantes de Fernando Poo y demás posesiones Españolas del Golfo de Guinea, y su instrucción sólida en los principios de la Religión, y constantes en llevarlos a cabo aunque sea con

inminente riesgo de perder sus vidas, no perdonan medio ni diligencia en cumplir la misión para que han sido elegidos, y esperan en la bondad de dios Ntro. Sr. que les dará fuerzas tanto a ellos como a los demás misioneros que vengan en lo sucesivo a compartir sus trabajos, para el logro de los fines del Gobierno, que son los mismos de todos los misioneros. Es ésta una de aquellas empresas que para realizarse y conseguir las utilidades apetecidas, requieren gran dosis de paciencia, mucho tiempo y no pequeños sacrificios. Los misioneros se complacen en creer que el Gobierno lo conoce muy bien, y por otra parte se hacen el honor de dar la mayores seguridades de que no faltarán un punto a los deberes que la misión les impone.

Dios guarde a V.E. muchos años. Sta. Isabel 31 de Diciembre de 1862. J. Irisarri S.J.

DOCUMENTO 8. El plan de misiones y de asignaciones para ellas y las escuelas de José Irisarri, presentado en 1862 al Ministro de la Guerra y Ultramar³⁹

Excmo. Sr.

El infrascrito, Presbítero de la compañía de Jesús, y superior de la misión de las Islas Españolas del Golfo de Guinea, con el debido respeto a V.E. expone los siguientes planes concernientes a la misma y a las escuelas que convendría se estableciesen en estos países:

1. Plan de Misiones

Los indígenas de esta Isla de Fernando Poo y de las demás del Golfo de Guinea y del Cabo de San Juan, posesiones de la Corona de España, han manifestado verdaderos deseos de que se establezcan misiones católicas en medio de ellos para que los Misioneros les hablen de Dios, e instruyan a sus hijos en el conocimiento de las verdades de la Religión y en el de las artes y ciencias. Esto lo saben cuantos Españoles los han visitado, y conversado con ellos en las diferentes ocasiones que se han presentado para tratarlos en esta Isla, y en los viajes que se han hecho por los buques del Estado a los otros puntos susodichos.

³⁹ AGA. A-G. C 677. E 21. *Sobre misiones en la colonia. Año 1862.*

Por otra parte no dejará de conocerse que estando tan esparcidas y separadas unas de otras las mencionadas posesiones, jamás se conseguirá la unidad de acción tan necesaria para el buen gobierno y dirección de todos a menos que se establezca un plan regular, por el que se logre que los súbditos están dependientes de su cabeza o jefe, y éste influya suave y eficazmente en ellos, y así se llene el cometido por todos.

Además no cabe duda que el establecimiento de bases fijas y generales a que deban todos atenerse tanto en la asignación como en la distribución de los medios que se creen más convenientes, contribuirá poderosamente para el progreso y desarrollo de las referidas posesiones, y para que los trabajos de los misioneros atendidos decorosamente por el Gobierno de S.M. (Q.D.G.) adquieran un aumento satisfactorio, contribuyendo con sus esfuerzos a secundar los designios del Gobierno que con tan merecido lo promueve las misiones de Ultramar.

Fundado en estas consideraciones se a determinado el exponer y proponer a V.E. para su aprobación el siguiente plan de misiones:

1. Santa Isabel, capital de la Isla de Fernando Poo será la sede central donde resida el Superior de todas la demás misiones que se hallen establecidas o se establecieren en adelante.
2. Las misiones establecidas en la misma y las que en adelante se establecieren en las demás Islas y Cabo de San Juan sujetas al dominio de España serán dependencias de la misión central.
3. En cada una de ellas habrá un Superior que se entienda con el superior Central, u éste les proveerá de todo lo necesario con arreglo a lo que se digne hacer el Gobierno de S.M. (Q.D.G.).
4. A cada una de las misiones dependientes se enviarán los misioneros que las necesidades y el desarrollo de las mismas exigiere en cualquier tiempo.
5. Los sujetos que se enviarán a cada una de las misiones vendrán de España a esta Ciudad de Santa Isabel antes de ser destinados a Misión alguna de las Dependientes.
6. En cada una de las misiones se abrirá una Escuela para la juventud y otros que quieran instruirse ya en las verdades de la Religión, ya en los remos de la primera y segunda enseñanza.

7. En las escuelas de las misiones dependientes serán admitidos los que lo deseen pero en clase de externos solamente, a quienes se proveerá de los útiles necesarios para la instrucción gratuitamente.

8. En la Misión Central se establecerá una Escuela o Colegio para internos, donde se les educará, vestirá y alimentará con arreglo a la asignación hecha por el Gobierno.

9. Como no conviene que el Gobierno se eche sobre sí una obligación demasadamente grande, y el objeto del establecimiento de la Escuela central sea educar en ella sujetos escogidos, el máximo del número de los alumnos cada año será de 20 a 25, de los que en los varios puntos de las otras misiones manifiesten más talento y voluntad de aprender algún oficio o seguir alguna carrera.

10. En todas las escuelas de las misiones solamente los misioneros serán los profesores o maestros de ellas, sin perjuicio de que puedan servirse de los mismos jóvenes que con el tiempo hubieren educado e instruido si los hallaren competentes para la enseñanza.

2. Proyecto de asignación para las Misiones.

El Gobierno de S.M. (Q.D.G.), al imponer cuando hizo la asignación de seis mil pesos fuertes a esta misión de Fernando Poo por el Real Decreto de 13 Diciembre de 1858, la obligación de rendir la cuenta de los gastos, usó de un derecho que le correspondía, y el Superior al darla cada año de la inversión de aquella cantidad ha cumplido con un deber justo y razonable. Pero si se ha de tener en consideración el doble objeto del Gobierno al hacer dicha asignación, que se cree haber sido el que no faltase nada de lo necesario para la decorosa subsistencia de los Misioneros, y el que se justificasen los gastos necesarios que se hiciesen, si bien es cierto que el primero se ha llenado de un modo que hace honor al Gobierno por su reconocida liberalidad, el segundo está lejos de presentarse de una manera satisfactoria tanto al mismo Gobierno o su representante en la Colonia como al mismo sujeto que tiene que dar dichas cuentas. Porque es evidente que cualesquiera clases de cuentas solamente satisfacen tanto al que las recibe como al que las da cuando los documentos que justifican los gastos que se refieren hechos y de este modo se evita todo motivo de sospecha que en lo exterior pudiera turbar a unos y a otros. Pues bien, son tales las circunstancias de las personas de estos países y tales las condiciones de las mismas cosas que se consumen por los que en ellos moran, que es

moralmente, por no decir físicamente, imposible procurarse los documentos fehacientes o justificativos de los gastos o de la inversión de cualquiera cantidad asignada, y salvas algunas excepciones de comerciantes a quienes compran efectos por mayor, los cuales dan al comprador al mismo tiempo un resguardo, los demás o no pueden darlo porque no saben escribir, o de suyo no lo pide la naturaleza de las mismas cosas: de donde resulta que la mayor parte de los gastos se han de creer hechos confiando en la conciencia del que asegura y firma haberlos hecho. Y aunque esto es bastante para satisfacer al que en conciencia los ha hecho, no le satisface sin embargo enteramente, porque no puede menos de conocer que entonces es ilusoria la mandada rendición de cuentas, pues en el mandato de que se den, ve la voluntad del que manda, que no es otra sino la de que además de la conciencia con que se suponen hechos, se presente o exhiba un documento que acredite dichos gastos; y esto no lo puede hacer con todos ellos. Todo esto ha trabajado mucho el espíritu del exponente, y creyendo que podían evitarse muchos inconvenientes si se variase por el Gobierno el plan de asignación y se adoptase por el mismo para lo sucesivo el que tiene la honra de proponerle por si lo juzga digno de su aprobación, el siguiente es el que le ha parecido más conforme a los fines del mismo Gobierno promoviendo como promueve la misiones, y más propio al carácter y dignidad de los misioneros.

Partiendo del principio que la misión de Fernando Poo en su Capital sea un misión central y que las demás establecidas en los otros puntos, sean unas Dependencias de ella, puede hacerse para cada misión una asignación en ésta o en otra forma que pareciese más conveniente:

Misión de Santa Isabel

- Por cada uno de los individuos de la misión, anualmente 480 ps. ftes.
- Para los gastos de Culto,id. 360 id.
- Para los id. de la escuela por cada niño Id 108 id.

Los gastos de viajes de los misioneros de España a esta Isla, y de ésta a España en caso de enfermedad, se agregarán al presupuesto general de trasportes de la Colonia.

Misión de Annobón

- Por cada uno de los individuos de la misión, anualmente. 480 ps. ftes.
- Para los gastos de Culto,id. 250 ps. ftes.
- Para los id. de la escuela por cada niño externo... Id 36 ps. ftes.
- Para la instalación de la Iglesia por una sola vez 400 ps. ftes.

Misión de Cabo San Juan

- Por cada uno de los individuos de la misión, anualmente. 480 ps. ftes.
- Para los gastos de Culto,id. 250 ps. ftes.
- Para los id. de la escuela por cada niño externo... Id 36 ps. ftes.
- Para la instalación de la Iglesia por una sola vez 400 ps. ftes.

Y lo mismo para todas las demás Misiones que en lo sucesivo se establecieren en cualquiera de los puntos de las referidas posesiones en el dicho Golfo de Guinea.

3. Proyecto de asignación para las escuelas

Es una verdad conocida y admitida por todos que la instrucción y educación de la juventud es muy conveniente y necesaria tanto para formar dignos y útiles miembros de la sociedad, como para amoldarlos a los usos y costumbres de la nación a que pertenecen y cuyos súbditos son, y esto que en tesis general es cierto, se debe entender con mucha más razón de la juventud africana de estas islas, que sin la instrucción pertinente conservaría siempre sus instintos salvajes de indolencia y estupidez aun cuando viviese en sociedad, y de ningún modo adquiriría la afición a las costumbres y nobles maneras de la nación española que tanto se desvela por civilizarla.

Y si bien es cierto que en pueblos civilizados como los de Europa habría motivos para creer que dejados los jóvenes a sí mismos o al cuidado de sus padres o tutores, se apresurarían a procurarse los grandes bienes que siempre acompañan a la instrucción, movidos ya por el ejemplo de aquellos con quienes viven, ya por las necesidades creadas por las relaciones sociales, sin embargo en África y muy especialmente en estas posesiones españolas en donde ni lo uno ni lo otro existe, las mejores intenciones del Gobierno de S.M. (Q.D.G.) y todos cuantos sacrificios se hagan por el mismo para que los jóvenes de ellas adquieran la debida instrucción se malograrían y perderían completamente si solamente se les presentase la facilidad de poder frecuentar las Escuelas y no se les atrajese con el poderoso aliciente de ser admitidos como internos en la casa de la misión para ser alimentados y educados gratuitamente. El carácter especial de flojedad e indolencia que distingue a todo natural de África y la pobreza consiguiente a esos malos hábitos hacen necesaria esta medida, la cual dará, a no dudar, los felices resultados a su tiempo, pues dirigidos con un suave y paternal cuidado por los misioneros y provistos de todo lo necesario para el vestido y alimentos y de los útiles indispensables para la instrucción, fácilmente y en menos tiempo se convertirán en otros

hombres, amantes del trabajo, sociales, morigerados, atentos y circunspectos, y de quienes el Gobierno podrá echar mano con confianza en casos necesarios.

No se le oculta al exponente que de adoptar la medida precedente cargaría el Gobierno con una obligación muy grande si hubiera de costear los gastos de la educación de todos los jóvenes que en un número indefinido de años estuviesen de internos en las Escuelas de las Misiones, y está persuadido de que en alguna de las Islas todos ellos desearían ser alimentados, vestidos y educados gratuitamente. Mas como no sería conveniente ni razonable que esta gracia recayese sobre todos indistintamente, ni sobre aquéllos que dotados por Dios de talento y disposición diesen fundadas esperanzas de un feliz resultado en la instrucción y educación que se les proporcionase, para evitar en lo posible gastos y esfuerzos que pudieran ser inútiles, bien podría establecerse un Colegio de internos, si no en todas las misiones, a lo menos en la Misión Central, donde sean admitidos los jóvenes de las otras misiones, que por su despejo, aplicación, conducta y buena voluntad se hiciesen merecedores de esta distinción, y que las escuelas de las demás sean solamente para externos, proporcionándoles las mismas todos los útiles de libros, papel, plumas, etc. necesarios para la enseñanza. De este modo sería menos costosa para el Gobierno la obligación de atender a la educación de los súbditos, y por otra parte se abriría el camino al mérito con la esperanza fundada de un buen resultado en lo venidero.

Además nadie ignora que los precios de cuantos artículos sean necesarios para el doble objeto de alimentación e instrucción son muy elevados, ya se traigan de España ya se compren aquí. También ha sido comprendida la misión en la obligación de pagar el cinco por ciento de importación de cuantos efectos se procura ya de España ya de otros puntos, con arreglo al real Decreto de 13 de Diciembre de 1858. Así que la experiencia de cerca de cuatro años de residencia en esta Isla ha hecho conocer al que suscribe, que ningún joven podrá ser provisto de los referidos artículos si el Gobierno de S.M. (Q.D.G.) no hace una asignación de seis reales de vellón diarios para cada uno de los internos que sean admitidos en la Misión Central, y la de dos reales de vellón diarios por cada uno de los externos que los misioneros instruyan en las Misiones Dependientes; puesto que de la Isla de Fernando Poo habrá que llevar a aquellas todo cuanto con este objeto sea necesario: de este modo se cree que serán instruidos y presentados los jóvenes al público con el decoro que corresponde a la nación Española

cuyos miembros son, y todo marchará con el desahogo que se requiere en estos climas, donde es tan penosa la vida no sólo para los Europeos, sino aun para los indígenas. Por estas razones se han puesto en el proyecto de asignación para las misiones ciento y ocho pesos fuertes al año por cada uno de los jóvenes internos, y treinta y seis ps. ftes. al año por cada uno de los externos.

Fundándose pues en las precedentes consideraciones, el exponente se atreve a suplicar a V.E. se digne honrar con su aprobación los referidos proyectos de plan de misiones y de asignaciones para ellas y las escuelas, quedando encargado el Superior de la Misión de elevar al conocimiento de la Autoridad de la Colonia todo lo concerniente a los sujetos de aquéllas y al número de los jóvenes que entraren en las escuelas con la fecha de su entrada con el objeto de instruirse como queda dicho.

Dios guarde a V.E. muchos años. Santa Isabel de Fernando Poo, 18 de febrero de 1862. José Irisarri.

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra y Ultramar. España.

DOCUMENTO 9. Relación de la excursión a los pueblos bubis llamados Basupú, Botanós, Basapó, Otoicopó y Basacato situados al oeste de Sta. Isabel, hecha por los PP. Sanmartí y Campillo y el H. Iturrioz, acompañados de cuatro *crumanes*, que nos facilitó el Sr. Gobernador de esta colonia⁴⁰.

Sr. Gobernador:

Habiendo convenido con Vd. el día 5 del corriente que sería muy conveniente que esta misión hiciera una excursión a los pueblos bubis del oeste de esta ciudad y a pasaje conocieran personalmente a los misioneros y también con objeto de encontrar otro camino que fuera más asequible que el que ahora está abierto, encargué al P. Campillo se procurara un guía de los bubis de Banapá para que nos llevara al pueblo de Basupú por algún camino que creíamos existía, más a la izquierda. El Rey de Banapá convino en que nos daría un guía a pesar de que actualmente están todos muy ocupados en sus labores, aunque manifestó que el camino que, pedíamos, si bien existía, era mucho más largo y al mismo tiempo intransitable. No hicimos caso de lo que nos dijo creyendo que,

⁴⁰ AHL. *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca.*

como salvaje y por consiguiente desconfiado, no quería que supiéramos otro camino que el actual. Con esto resolvimos salir de Banapá el día 12 del corriente por la mañana, lo que comuniqué a Vd. el día 9 y Vd. tuvo la bondad de ofrecerme los *crumanes* que necesitábamos. Cuatro nos parecieron suficientes para llevar nuestros equipajes y sus raciones para cinco días y Vd. mandó que el día 11 del corriente fueran a dormir a Banapá los dichos cuatro *crumanes* con su correspondiente capataz, llevando las espingardas para el Rey de Basupú y algunas botellas de caña para el dueño de la casa en que vivieron algunos de la expedición que fueron con Vd.

Habiendo, pues, celebrado bien temprano el Santo Sacrificio de la Misa y encomendado a Dios el feliz éxito de la expedición, salimos de Banapá el día 12 por la mañana los dos Padres y Hermano arriba dichos, con los cuatro *crumanes* y capataz ya mencionados y un bubi por guía; éste quería llevarnos por el camino de Banapá a ésta hasta cerca de la población y luego cortar a la izquierda e ir a salir al camino Basiysú en un lugar muy inmediato a Santa Isabel, diciendo que era el camino más recto y mejor. Nosotros, que para este camino no necesitábamos guía, de ninguna manera queríamos andar; y fue preciso ponernos serios y decir que, aunque el otro fuera más largo, queríamos ir por él, pues éste era uno de los objetos de nuestra expedición. Viéndonos, pues, resueltos, tomó el camino de Basilé, por cuyo pueblo pasamos, y, habiendo caminado más de dos horas por los tortuosos senderos, nos encontramos en el camino de Basupú, a distancia de menos de una legua de esta ciudad. Entonces, siendo ya inútil el guía, pues los *crumanes* sabían bien el camino, despachamos al bubi y continuamos nuestro viaje. Serían como las 11 cuando nos encontramos con varios bubis de Banapá que iban a Basilé; entonces comenzamos a pensar que, puesto que los bubis seguían aquel camino, no habría otro mayor. Poco después empezó a llover, pero con tanta abundancia que nos empapamos bien tanto nosotros como nuestros equipajes. Llegamos por fin, al concluirse la lluvia, a una de las casitas provisionales, allí descansamos un rato, tomamos algún alimento y nos encontramos con una porción de bubis de Basupú, que habían ido a recoger algunas cosas necesarias como bejuco para sus haciendas, quienes nos dijeron que en Basupú se alegrarían mucho de vernos, pues hacía tiempo que deseaban nuestra visita por las noticias que tenían de los misioneros desde que está establecida la casa de Banapá.

Salimos de allí como a la 1 de la tarde y ya por las piedras, que con tanta abundancia hay en aquel camino, ya por el mal paso de algunos ríos, ya también por habernos mojado tanto, llegamos a Basupú bastante cansados. Al llegar a las primeras casas vimos que no nos habían engañado los bubis pues se veía pintada en su rostro la alegría, la que expresaban también con palabras. Por desgracia encontramos que el pueblo estaba de luto por haber fallecido, poco hacía, un butuní de segundo orden. Preguntamos por el Rey y nos dijeron que ya se había acostado y, por consiguiente, que al día siguiente vendría.

Al día siguiente, que fue el 13, vino el Butuní, a quien manifestamos el objeto de nuestra llegada, le hicimos presente cómo Vd. estaba muy contento de él por los servicios que le había prestado, le entregamos en nombre de Vd. las dos espingardas diciendo que en Sta. Isabel no se encontraban mejores y, habiéndolas examinado, fueron de su gusto y manifestó estar muy complacido, como también dijo que se alegraba mucho de conocer personalmente a los misioneros, tanto él como los demás de Basupú, pues hasta entonces sólo los conocían por lo que contaban algunos que habían estado en Banapá, y que todos deseaban obsequiarnos con cánticos y bailes, pero que no era posible por estar de luto.

En esta entrevista pedimos a dicho Rey un guía para visitar los pueblos de Botanós y Basapó, ambos dependientes de Basupú, el cual nos facilitó un muchacho, hijo suyo, para acompañarnos, mas no pude yo ver dichos pueblos a causa de un dolor reumático que me sobrevino en la rodilla izquierda, cuyo dolor me mortificó bastante el día antes y aquel día me impedía casi el andar, así es que se fueron sólo el P. Campillo y el Hermano con uno de los *crumanes*. Mientras se preparaban a salir, escribí a Vd. por conducto del capataz y un *cruman*, participándole de nuestra llegada y pidiéndole que volviera dicho *cruman* con raciones para tres días; y al mismo tiempo escribí al P. Apraiz para que con un *cruman* de los de la misión nos mandara varios frascos para nosotros; y en efecto al día siguiente a las dos de la tarde poco más o menos llegaron los dos *crumanes* con todo lo pedido.

El mismo día 13 por la tarde regresaron de Botanós y Basapó el Padre y el Hermano habiendo visitado ambos pueblos. Luego se trató de continuar el viaje hacia la bahía de San Carlos que en línea recta tal vez no diste de Basupú más arriba de cuatro leguas, pero que los muchos barrancos hacen que sea la distancia mucho mayor. Al efecto se

pidieron guías al Rey de Basupú, quien facilitó dos hijos suyos entregándoles el bastón de mando, que es la señal de autoridad y, aunque al principio opuso alguna dificultad, alegando que los bubis de aquel lado eran tontos y malos, sin embargo accedió no a llegar hasta dicha bahía sino sólo hasta Basacato, que estará como a la tercera parte del camino. Salieron, pues, el P. Campillo y el Hermano, porque tampoco pude acompañarles por causa del dolor, con los *crumanes* y los dos guías bubis el 14 por la mañana, pasaron por Botanós y Otoicopó y llegaron a Basacato poco después de las 12 del día, pero qué efecto tan triste que les causó la vista de aquella gente: ¡varias personas adultas enteramente desnudas sin el más pequeño taparrabos, sumergidos en la más espantosa miseria y degradación! Al principio huían del Padre cuanto podían, pues decían que, como tenía la cara y las manos blancas, era un hombre malo; mas al oír que les hablaba en su lengua y como al mismo tiempo los dos guías les asegurasen que no tuvieran miedo, consiguió por fin que se acercaran algunos, a quienes comenzó a repartir algunas hojas de tabaco, lo que fue suficiente para que todos se acercasen ya sin temor. A todo esto no estaba el Rey de Basacato, quien estaba ocupado en sus labores. Cuando llegó y se enteró de la venida de los misioneros y de su objeto, manifestó estar contento, llamó a la gente para que el Padre les viera y hablara, y, habiéndose reunido, les manifestó el Padre que el objeto que él llevaba no era otro que conocerles y que ellos conocieran a los misioneros y a los españoles, que todos éramos amigos y que nuestro fin era procurarles el bien espiritual de sus almas, y luego les repartió algún poco de tabaco y quedaron muy contentos. Entonces quería el Rey de Basacato regalar algo a sus huéspedes, mas les dijo con mucha franqueza que, aunque tenía muy buena voluntad, no tenía qué darles pues que era muy pobre. Poco costó convencer al Padre de la verdad de lo que decía dicho Rey, pues se veía pintada la miseria en todas las caras, con los más vivos colores.

Habiendo, pues, pernoctado en Basacato, salieron el 13 bastante temprano y en tres horas poco más o menos, que emplearon, regresaron a Basupú. Aquí hay que advertir que al ir a Basacato fueron por un camino y a la vuelta por otro, pasando 19 ríos a la ida y 21 a la vuelta, todos con agua excepto cuatro. En estos días en Basupú tanto el P. Campillo en los ratos que podía como yo procurábamos enseñar a los muchachos los cánticos espirituales que en Banapá cantan los niños en su lengua y ellos se mostraban

muy aficionados a aprenderlos, lo que gustaba tanto a los adultos que aun ellos mismos se mezclaban con los chiquillos y cantaban.

En este mismo día 13 por la tarde vino el Rey de Basupú a nuestra habitación con otros de sus principales, quienes manifestaron el contento que habían recibido con nuestra visita, y entonces, aprovechando la ocasión, les propusimos si recibirían bien el que se estableciera en Basupú una casa de misioneros como en Banapá y todos contestaron unánimemente que con mucho gusto la recibirían. Habiendo ya llenado el principal objeto de nuestra excursión les manifestamos que era ya tiempo de volvernos, pero que deseábamos volver a ésta por otro camino que no fuese tan malo como el que llevamos a la ida; entonces nos dijeron que sí había otro sin piedras, sin los enormes cauces de los ríos y sobre todo sin subidas y bajadas, y, según ellos, más corto. Con tan buenas noticias fácilmente nos determinamos a tomar éste que nos indicaban, les pedimos guías y el Rey nos dio dos hijos suyos.

Salimos de Basupú el 16, serían como las 7 y media, empezamos a bajar hacia la playa en dirección al nordeste; al principio se baja con alguna pendiente, mas después se suaviza de tal manera que más bien parece terreno llano que bajada y todo esto con un camino tan bueno que no parece camino de bubis; aun los mismos ríos que por el otro camino tienen un cauce tan profundo, por éste se pasan casi a pie llano. Así, con esta especie de camino llegamos a la playa, donde hay dos o tres casitas para hacer sus cambios con los de Sta. Isabel; aquí confluyen dos ríos que en mi concepto uno de ellos es el que por el otro camino es tan profundo con un cauce tan estrecho, llamado por Pellón el río de los tiburones. Seguimos un trecho por la playa y luego entramos en el bosque, aunque por un largo trecho seguimos la costa del mar, pues veíamos las olas por entre los árboles y matas, hasta que alcanzamos a ver la punta de los Frailes, mejor dicho, de sus tres puntas; la que está más al oeste, que, si no me engaño, se llama la punta del mar. Al divisar ésta nos internamos en el bosque, perdimos de vista el mar y seguimos por un sendero bastante estrecho y tortuoso mucho tiempo, pero siempre llano y sin piedras, aunque, generalmente hablando, con muchas raíces y demás estorbos de matas y árboles caídos que nos obligaban a andar muy despacio; casi cortamos la punta de los Frailes, hasta salir en la bahía de Sta. Isabel cerca de la hacienda de Mr. Linslager. Como a la mitad del camino encontramos dos ríos y poco antes de salir a la playa otros dos, y continuado por la misma playa hasta las carboneras, hay otros dos

ríos; en todos estos seis ríos fue preciso pasarlos en hombros de los *crumanes*. En suma, el número de ríos y arroyos que pasamos desde Basupú a ésta creo asciende a 17, todos sin el enorme cauce que tienen por el otro camino, al contrario todos con un cauce tan suave que es casi imperceptible la bajada y subida que hay en muchos lados, de manera que desde Basupú a ésta no recuerdo hayamos encontrado otra subida tan pendiente como la que hay desde la carboneras a ésta.

Al día siguiente, 17, despachamos los dos guías, pues no tenían licencia de su padre para demorarse más, los que salieron tan contentos con los regalos que Vd. les hizo y con lo que se les dio en cosas, que estaban diciendo que el Sr. Gobernador, los Padres y los españoles eran muy buenos.

Las noticias adquiridas de los naturales de Basupú son que en toda la jurisdicción de Basupú, en la que se incluyen los pueblos de Botanós, que en nombre bubi se llama Luedri, y Basupú había propiamente el número de 400 casas, pero todas en grupos que lo más general son de diez o doce cada uno; algunos, no obstante, tienen más, y todas estas casas ocupan un terreno de más de dos leguas en cuadro. La población de Otoicopó tendrá unas 160 casas divididas también en varios grupos. La de Basacato podrá tener unas 100 casas igualmente divididas en varios grupos; y, preguntando nosotros cómo hacían las casas así, tan separadas, y no unidas al modo que están los cuatro pueblos que están cerca de Sta. Isabel, nos dijeron que lo hacían para que si algún pueblo vecino les hace guerra, no pudiera sitiarles todos a la vez.

Aquí debería terminar mi relación, mas, como el día 22 del presente fui con los PP. Campillo y Rodríguez a visitar el pueblo de Debola y por otra parte ignoro si en ese gobierno existen noticias oficiales acerca del número de casas que tiene, me ha parecido agruparlas aquí como en apéndice. No tengo el menor inconveniente en afirmar a Vd. que el pueblo de Debola es el de mayor importancia de todos cuantos se conocen en la Isla en cuanto al número de habitantes, pues tiene todas juntas en la distancia de un tiro de piedra 300 o más casas, y luego a media legua escasa tiene el otro pueblo llamado Basupú que tiene unas 200 casas de modo que son 500 casas por lo menos en el trecho de media legua y en solos dos grupos, pues que Basupú casi se puede considerar un solo grupo.

Y debo añadir que, habiendo el P. Campillo a principios del corriente hablado con el Rey de Banapá y dicho que en aquel paquete había venido una casa para Debola, a los

pocos días se presentó en Banapá al P. Campillo el Butuní principal de Debola diciéndole que había sabido que España había mandado una casa para los Padres que deben ir a Debola y que por consiguiente quería el P. Campillo fuese allá cuanto antes a poner la casa.

Ésta es, Sr. Gobernador, la sencilla relación de lo ocurrido en la excursión presente. Vd. hará de ella el uso que estime convenir al servicio de S.M. (q. D. g.).

Sta. Isabel, 26 de enero de 1863

DOCUMENTO 10. Anuas de la Misión de Fernando Poo, desde 1º de Enero de 1864 hasta 31 de mayo de 1865⁴¹

Los sujetos de que ha constado esta misión han sido los P.P. José Irisarri, Domingo Apraiz, José Campillo, Ignacio Cortés, Francisco García, Nicolás Rodríguez, Fernando Torre, Lorenzo Sanmartí, Emilio Cuevas y Manuel López, y los HH. Coadjutores Miguel Aguirrezabal, Benito Garayoa, José Oyarzabal, Tomás Araujo, Francisco Vila, Santiago Rico y Juna Rodríguez. Pero de entre ellos partió de regreso para España por enfermo el P. Sanmartí, el cual falleció en el Puerto de Santa María el 5 de Mayo de 1864; el P. Ignacio Cortés con el hº S. Rico el 18 de julio por enfermo el 2º y el primero por disposición del R.P. Provincial, y el 9 de Diciembre el hº Francisco Vila también por disposición superior. Así que el personal actual de las misiones es de 8 PP. y 6 HH.CC.

Ministerios

Las tareas de los misioneros son constantemente hacer pláticas doctrinales en los domingos y fiestas solemnes por las mañanas al tiempo de la misa y algunas veces por las noches exponer el SS. Sacramento. En todos los días del año se reza el Santo Rosario por las noches al toque de las oraciones y en los domingos y fiestas se cantan las letanías y otros cánticos. Se celebran todos los años los Oficios de Semana Santa, se hace con mucho aparato por las calles de la Ciudad la Procesión del Corpus; también se hace una especie de misión de 8 días en forma de Ejercicios espirituales a todos los

⁴¹ AHL. *Historia de las Misiones de la Compª. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca.*

Católicos así blancos como morenos, así civiles como militares para prepararlos al cumplimiento de Iglesia. Diariamente son visitados los enfermos así de la Ciudad como de los hospitales, a los cuales se les instruye y administran los Sacramentos cuando es necesario, y a los moribundos se prestan todos los auxilios de la Religión, y una vez fallecidos se les hace el oficio de sepultura acompañando uno de los misioneros los cadáveres hasta el cementerio. Además de los Sacramentos del Bautismo, Penitencia, Eucaristía, Matrimonio y Extremaunción que se administran constantemente, el Superior de la misión con facultad recibida de Su Santidad ha conferido el de la Confirmación en este tiempo a varios nuevos cristianos. Apacíguense las discordias entre las familias, instrúyense los catecúmenos, se resuelven las dificultades que exponen los protestantes, y se les explican las verdades de la Religión.- Todos los años en el mes de Mayo se prepara un altar en que bajo un magnífico pabellón es colocada en alto una bella estatua de la excelsa Reina de los Ángeles, adornado todo con numerosas luces y flores que aquí son constantes. Se empieza el ejercicio diario con la invitación cantada de Venid y vamos todos, etc. ... se reza en seguida el Santo Rosario; síguese la lectura de la materia señalada para cada día en los feriados o de trabajo, y en los Domingos y Fiestas solemnes el sermón que predica uno de los misioneros; concluido se cantan por los niños músicos de la escuela de la misión acompañados de un misionero las Letanías de la Virgen SSma. Y al fin se cantan igualmente algunos Motetes a la Madre de Dios y de todos los hombres. El organista es uno de los niños internos que se educan en la casa de la misión; la concurrencia suele ser numerosa, especialmente en los días en que se predica, y los rezagados en el cumplimiento de Iglesia suelen rendirse a la gracia en el mes de María.- El año anterior y a principios del presente han sido instaladas dos Residencias o misiones nuevas. La una en Corisco, en la que se hallan dos PP. misioneros; los cuales además de las visitas que hacen a los diferentes villorrios o pueblecitos de la isla, hacen, embarcados en un bote, excursiones al Cabo de S. Juan en el Continente Africano, y a las islas de Elobey pequeño y grande que están sujetas a España. Tiene abierta una escuela en Corisco, pero no corresponde el número de niños que la frecuentan ya porque quieren estar de internos todos los niños y que se les vista y alimente gratis, ya porque todavía permanecen los misioneros protestantes que tienen cuatro escuelas con sus correspondientes casas, donde los visten y alimentan. Serán unos 30 los católicos de la Isla, y a éstos se les predica por uno de

los misioneros en el idioma Benga al tiempo de la misa en los Domingos. También frecuentan la casa de la misión algunos de entre los gentiles, y se les instruye ocasionalmente en las verdades de la Religión. Sea porque conocen ya lo que son los ministros protestantes, sea porque Dios les ilumina con la doctrina que oyen de los católicos, tanto los que nada tienen de Cristianos todavía como los mismos educados por los dichos ministros se permiten hablar mal de la Religión protestante, diciendo que es mucho mejor la de los Españoles o Católica. Sin embargo ha de tardar mucho tiempo la conversión de estas gentes, por los instintos feroces y perversas costumbres que los caracterizan. Dios sobre todo.

La otra residencia es la de Basupú occidental de esta isla de Fernando Poo. Esta misión tuvo malos principios, pues los del pueblo y los de los pueblos inmediatos se opusieron con energía al establecimiento de la Residencia; se procedió también con energía y con prudencia por nuestra parte, y la casa se construyó en un sitio muy propio y delicioso, quedando todos ellos muy contentos con los regalillos que se les hicieron. Como han visto lo que son el P. y H^o. misioneros desde que empezaron a vivir en medio de ellos, fue una comisión de todos aquellos pueblos a pedir perdón de su primera resistencia, y a manifestarles que estaban muy contentos de tenerlos consigo; y así que vivirían en paz y concordia con ellos. Han hallado en los misioneros unos ángeles tutelares que los remedian en sus necesidades y les curan sus enfermedades, y ahora se consideran felices en tener una misión en su distrito. Al oír hablar los otros distritos de las ventajas que reportan de las misiones los pueblos, piden también misioneros para sí, pero es imposible satisfacerles. El P. misionero hace excursiones a todos los otros pueblos, y el tiempo que le deja libre la atención a los muchísimos niños y niñas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos que van diariamente a instruirse en la casa de la misión, lo emplea en visitarles y en atender con particular cuidado a los enfermos. Tanto los misioneros de Corisco como el de Basupú dedican algunos ratos a traducir en los respectivos idiomas locales las verdades de la Religión Católica. El que hace de Superior en Corisco tiene concluido en Benga el catecismo del P. Astete⁴² y el de Basupú lo concluirá pronto. En uno y otro punto han bautizado algunos niños párvulos.- En Banapá se ha quedado sola en parte la casa de la misión por haber mudado de

⁴² Gaspar Astete S.J. (1537-1601). Se trata de un compendio simple de las cuestiones fundamentales que debe saber un cristiano para salvarse. El "catecismo Astete" sirvió de base para la evangelización de América.

domicilio aquellos indígenas. Sin que se sepa ciertamente la causa de esta mudanza, por no ser ellos explícitos en declararla, lo cierto es que casi todas las casas permanecen como antes estaban sin haberlas destruido, y la distancia a que se hallan ahora es solamente de media hora de la misión, por lo que se cree que volverán dentro de un tiempo a su 1er. Domicilio. Si bien no tiene el P. misionero mucha ocupación con ellos, en cambio la tiene en los distritos de Basilé y Basupú oriental, a donde alterna sus excursiones, siendo muy bien recibido de aquellas gentes, que se apresuran a enviar sus hijos para que aprendan de boca del P. misionero las verdades de la Religión, y aun le convidan a que se establezca en medio de ellos. También atiende al pasto espiritual de los Españoles que residen en el campamento llamado Santa Cecilia, donde siempre hay algunos durante el año, y sube a decirles misa todos los días en que hay obligación de oírla, y además los ha preparado con pláticas y sermones para el cumplimiento pascual.

El Superior de la misión hizo una excursión a la Isla de Corisco por el mes de mayo del 64, y predicó en inglés a unos 50 Bengas que se reunieron en una capilla improvisada, y enseguida les habló en el idioma propio el P. García, al tiempo de la misa a la que asistieron reverentes; y por el mes de septiembre hizo otra a la misma isla y a la de Annobón. Una y otra fueron visitadas y recorridas casi en su totalidad, y en ellas predicó e instruyó a casi todos, les visitó los enfermos, distribuyó objetos de devoción, y algunas limosnas, y bautizó un buen número de párvulos, y bendijo dos matrimonios.

Los Bengas o habitantes de Corisco tienen ya la misión; que era por lo que tanto suspiraban. Pero no ha llegado todavía la hora para que los habitantes de Annobón disfruten de igual beneficio: hace siete años que se les visitó por 1ª vez, y desde entonces no han cesado un instante de pedir misioneros, sin que se les haya oído ni accedido a sus justos deseos. Digo justos, porque los Annobonenses son tan súbditos españoles como los de las otras islas; son, según un cálculo aproximado, cuatro mil aquellos isleños, y éste es un número respetable; a pesar del abandono en que se les ha tenido casi por el espacio de un siglo desde que pertenecen a España, han conservado y conservan sus sentimientos religiosos cuales les fueron comunicados por los misioneros portugueses que les enviara Lisboa en el tiempo en que le pertenecían; desean y piden con instancia y repetidas veces en las visitas anuales que se les hace por los misioneros, que se les envíe por España algunos que los instruyan y dirijan en el camino de la

salvación: están expuestos a ser arrebatados de su isla y cargados de cadenas como esclavos en los barcos negreros que más de una vez los han asaltado y engañado llevándose la juventud para venderlos en los grandes mercados de esclavos negros, sin que ahora una vez escarmentados les quede más remedio que la fuga a los montes cuando ven aproximarse algún barco a la isla; son además una gente laboriosa que cultiva la tierra, se ocupa en la pesca, hilan y tejen el algodón con cuyas telas en parte se cubren, y crían algunos animales domésticos que venden a los barcos de que nada tienen que temer; su carácter es atento, pacífico, amable y obsequioso cual puede y debe ser según los principios religiosos que profesan ...: ¡Annobonenses! ¿Cuándo llegará el día feliz en que tengáis constantemente misioneros católicos con vosotros mismos? Estos son los votos de todos los que residimos en esta Ciudad de Sta. Isabel.

Los más de los niños que en los años anteriores frecuentaban la escuela de la misión como internos y externos, han regresado a sus casas, ya instruidos y hechos hombres; los han reemplazado otros, que igualmente quince en número de internos y diez los externos reciben la educación en la casa de la misión y frecuentan diariamente su escuela. Cuando antes los más de los niños educandos eran de otros puntos y muy pocos los de la Ciudad de Sta. Isabel; ahora es todo lo contrario, siendo el mayor número procedente de esta Ciudad y el menor de fuera de ella. Entre ellos los hay que han sido bautizados por los misioneros después de la debida instrucción, y otros que no son todavía cristianos, pero que se preparan para serlo con un gran deseo de su parte y el consentimiento de sus respectivos padres aunque éstos no tienen religión alguna. Todos aprenden a leer, escribir, contar, la doctrina cristiana, la religión y algunos de ellos la música, sobresaliendo en esto un niño que ya empieza a tocar en el armonio piano algunas piezas, y el que nos sirve para todas las funciones cantadas durante el año y en el mes de maría: otros aprenden los oficios de sastres y carpinteros.

En todo este tiempo, uno de los Pp. misioneros ha predicado en inglés todos los Domingos a las cuatro de la tarde en la Iglesia a los morenos ingleses de la población. La función dura una hora u hora y media; y el orden de ella es el siguiente (el mismo que en los años anteriores): media hora antes de empezar llama la campana tocada con intervalos a la gente; ya dada la hora y encendidas dos velas en el altar mayor, sale de la sacristía el predicador vestido de roquete con la Biblia en la mano; se dirige a los cantores y con ellos canta algunas estrofas saludando a María SSma. inmaculada

acompañando con la música del armonio-piano uno de los niños internos. Concluido el canto sube el predicador a ocupar el lugar correspondiente en el presbiterio y en pie lee la Epístola y el evangelio correspondientes a la Dominica ocurrente: así se los halaga con la lectura de parte de la Biblia y se da tiempo para que vaya llegando gente. Enseguida empieza el sermón y todos escuchan con mucha atención y sin confusión alguna, estando por lo general separados los hombres de las mujeres. Acabado el sermón se llega de nuevo el predicador al Coro y se cantan dos estrofas del “Corazón Santo, tu reinarás ...”; vuelve por 2ª vez al presbiterio, entretiene al auditorio como por un cuarto de hora y con esto los despide hasta el siguiente Domingo. Los asuntos de los sermones son los que sugieren la Epístola y el Evangelio que se suelen leer, y para el fin reserva el predicador la defensa y explicación de las prácticas de la Religión Católica, demostrándoles cuán injustos son los detractores de ellas hablando de los que no saben o no entienden. Al parecer no deja de gustar este método: acude también alguna gente unas veces más y otras menos; se consigue también algún fruto, aunque no aquel que se desea: el carácter indolente de esta gente y otras causas apuntadas en los años anteriores son una gran rémora para el logro de nuestros deseos. Persuadidos de la verdad lo están, por confesión de ellos mismos; mas hay una distancia grande del ejecutar y practicar y del querer o desear. Confiamos sin embargo en Dios.

A contar desde el mes de Junio, por unos ocho o diez meses fue desarrollándose la epidemia de las viruelas en esta Ciudad y entre los indígenas del bosque de una manera formidable. Importada de la Costa de África se ensañó especialmente contra la raza negra sin que los blancos o Europeos hubiesen sufrido su mortífera influencia. Apenas quedó uno en la ciudad que entre los morenos no la hubiese sufrido, y siendo tan reducida su población fallecieron más de cien personas. Los misioneros los atendieron a todos sin distinción de clase o religión, llevaron también sus medicinas y limosnas. Esta conducta observada por ellos en los misioneros nos atrajo las simpatías que antes estaban muy distantes de prodigarnos, y muchos antes de morir recibieron con gusto nuestras instrucciones y el bautismo que les franqueó, a no dudarlo, las puertas del Cielo. Como los Crumanes, o la gente que viene a esta isla para los trabajos, hablan el idioma de su país, algunos de los misioneros aprendieron de él lo necesario para instruirles, cuando se hallaban enfermos, en las cosas necesarias para salvarse, y cuando había una certeza moral de que se iban a morir se les bautizaba, y así se han ido

muchos al Cielo. El misionero de Banapá ha enviado también al seno de su criador a varios adultos entre los Bubis con la instrucción y el Bautismo conferido en tiempo de la epidemia de las Viruelas.

Resultados

- Bautismos de adultos: 34
- Id. de párvulos: 101
- Confesiones particulares: 1.011
- Id. generales: 42
- Comuniones: 725
- Matrimonios: 2
- Confirmaciones: 16
- Viáticos: 14
- Extremas Unciones: 34
- Asistencia a moribundos: 8
- Oficios de sepultura: 63
- Visitas de enfermos particulares: 1.001
- Visitas de hospitales: 810
- Id. de cárceles: 4
- Sermón a católicos: 34
- Id. a protestantes: 40
- Pláticas doctrinales: 143
- Instrucción catecúmenos: 819
- Pláticas privadas a protestantes: 32
- Excursiones a las islas: 8
- Id. a los Bubis salvajes: 398
- Misiones a los soldados y a los trabajadores, una de 6 días, 1 de 9 y 1 de 10: 3

Distribución de:

- Rosarios: 480
- Escapularios: 185
- Medallas: 769
- Crucifijos: 4
- Estampas: 90

- Libritos: 16

- Libros recogidos: 9

Sta. Isabel 31 de Mayo de 1865. José Irisarri S.J.

DOCUMENTO 11. Carta del superior José Irisarri a Eugenio Labarta, superior provincial de los jesuitas⁴³

R.P. Eugenio Labarta

Santa Isabel, 28 de Octubre de 1864

Mi R.P. Provincial: por carta del 29 de agosto último decía a V.R. que a principios de septiembre pensaba ir a visitar en compañía del Sr. Gobernador las otras islas de este Golfo y el Cabo de San Juan, como posesiones españolas y sujetas a esta Prefectura. Llegó en efecto el día cuatro del referido mes, y oída misa, que yo mismo dije, por el Sr. Gobernador [Pantaleón López Ayllón] y el Sr. Comandante de la Goleta Edetana, y todas las cosas preparadas, zarpamos en esta bahía a las 8 de la mañana. El rumbo era entre esta isla y el continente de África a la isla de Corisco. Llovía cuando echamos a andar y no se despejó el cielo hasta el medio día; nuestra marcha era lenta, pues sobre nos ser muy andadora la Goleta, tuvimos siempre el viento de proa, y esto nos facilitó contemplar admirados la abundancia y riqueza de palmeras de toda la parte de la isla, y de vez en cuando vimos algunas ballenas que en esta estación surcan estos lugares. Al día siguiente descubrimos a nuestra izquierda la tierra firme de África, la cual no perdimos de vista desde alta mar sino por la noche, hasta la llegada a Corisco. Cuarenta y ocho horas habían transcurrido desde la salida de Fernando Poo, cuando a eso de las 8 de la mañana del día 6 fondeamos a unas 2 millas y media de distancia de Corisco. Hay muchos bajos al Suroeste, y para evitar una desgracia lo barcos se ven precisados a guardarse tan afuera de la playa. Inmediatamente mandó el Sr. Comandanta, Don Francisco Pardo, pariente de nuestro padre Solés, arrear un bote; nos embarcamos en él

⁴³ AHL. Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca *Carta del superior José Irisarri a Eugenio Labarta, superior provincial de los jesuitas*

el Sr. Gobernador, un oficial, el Médico y el contador del vapor, y yo; y a poco más de media hora saltamos todos en tierra y abrazamos en la playa al P. García que nos estaba aguardando. Otro bote traía detrás del 1º las provisiones que venían para la misión. Subimos un suave plano inclinado, de unos cien pasos, y nos hallamos en una agradable meseta donde está situada la casa de la misión. El Padre misionero tenía junto a la misma elevada vía izada una gran bandera española de combate; el viento la movía caprichosamente, y con sus ondulaciones la lanilla presentaba un laberinto de colores a pesar de no tener más que los nacionales, rojo y amarillo: cualquiera habría dicho que aun la bandera festejaba y dan la bienvenida a los viajeros. La extensión de la meseta será como de una hectárea, antes era toda ella un espeso y enredado bosque; y ahora está muy limpia de la maleza, y solo han quedados después del desmonte hecho por el P. algunos grandes árboles y algunas palmeras. No fue pequeña la sorpresa de todos cuando al dirigirnos a la escalera de la casa nos encontramos bajo una bóveda de arcos formados con ramos de palmas con siempre-vivas moradas: el arco de la portada lo coronaba el escudo de armas de España, en medio de dos banderas inclinadas oblicuamente a sus dos lados. Allí tuvo lugar una pequeña amistosa disputa, diciendo el Sr. Gobernador que el misionero había colocado aquellos arcos y adornos por mi llegada, y porfiándole yo que el objeto era obsequiar al Jefe principal de Fernando Poo y sus Dependencias; y se convenció de esto cuando subida ya la escalera se dejaba ver en el corredor y frente a ella un cuadro bonito de san Ignacio de Loyola cubierto y engalanado el marco con festones de flores y hierbas vistosas, diciéndome: esto es para V., mas con esto daba a entender el P. García que la misión de Corisco está bautizada con el nombre de N.S. Padre. Dadas algunas horas a la refección y al descanso emprendimos los huéspedes una excursión a la laguna dela isla, con un guía y alguna gente que nos acompañaban. Como el terreno es arenoso y el camino un sendera desigual por medio del bosque, nos fatigamos algo, y el sol que calentaba bastante nos hizo sudar, tanto ala ida como a la vuelta, la gota gorda, mas cual fue nuestra sorpresa, cuando después de las dificultades dichas, y de haber andado una buena legua nos encontramos al fin con un estanque, mas bien que laguna, lleno de maleza verde en la superficie y rodeado de arbustos, con un olor desagradable ofendiendo a las narices y sin medio alguno de dar la vuelta alrededor de él por los muchos árboles que besándolo con su ramaje emponzoñan indudablemente aquella agua. Vueltos a casa y contando

nuestro desengaño sobre la laguna, supimos que la importancia que le dan los naturales es por el pescado de agua dulce, que cogen en ella y lo encuentran muy sabroso, acostumbrados como están a comer constantemente el pescado del mar. La variedad en los manjares agrada aun a los habitantes del bosque.

Los señores oficial, médico y contador se fueron abordo al anochecer, después de haber comido, y los tres restantes que nos quedamos hicimos noche en compañía del P. Misionero. Después de haber almorzado, el día siguiente me quedé yo en la misión, y los Srs. Gobernador y Comandante fueron a embarcarse en la goleta, y en ella se marcharon a Elobey, que dista de Corisco unas 15 millas, muy próximo al continente de África. En él el gobierno ha construido una casa a usanza del país, pero levantada en alto, y se piensa que resida allí un delgado de la autoridad superior. Iba el Sr. Gobernador a arreglar una desavenencia ocurrida entre comerciantes americanos e ingleses y los indígenas, y convenimos en que los aguardaría en Corisco para seguir la expedición a Annobón. Sus días se detuvo el vapor en las aguas de Elobey y otros tantos estuve yo haciendo compañía al P. García en Corisco. En los primeros días que se fueron, el 8 y 9, visitamos los dos juntos la mayor parte de los pueblos, que son los siguientes: Gbanguisimba, Mboca Cajende, Mboca Maque, Mambo, Combeñamango, Mobocayuchilo-muamucho, Ybenga, Mbocauchilo-muamongüe, Mboca Ynchenchi asoca, Mboka Uduma, Ybocoyadiay, Ybocoyamambo, Mecomba, Elongo, Mboka Upoquidiyo, Gobe, Mguma boquimale, Guelapindi, Ulâto, Lembue, Moboka Boloba, Ybocoyamendico, Ybocora Munga. En Evanguisimba, Elongo y Gobe hay estaciones de misioneros presbiterianos, procedentes de los Estados Unidos de América, y es incalculable el mal que están haciendo a los jóvenes. Todo cuanto les enseñan es inglés y lo peor es que, en los libros que ponen en sus manos, no sólo aprenden calumnias de los protestantes contra la Religión Católica, sino también contra los españoles. Por casualidad cayó en mis manos un periódico presbiteriano de Nueva York, del año 1862, al que parecen estar suscritos los dichos misioneros, y en un artículo sobre España, hablaban de una manera de lo más indecorosa tratando a la Reina de ignorante y de falta de honor en sus costumbres, y a los ministros, nobles y empleados de afeminados e indolentes, y a todos los demás españoles de asesinos y fanáticos, y los Jesuitas debían tener su porción aparte, tomando las palabras de Macaulay, en el segundo volumen de su historia de Inglaterra no dudan en llamarlos hipócritas, falsos, usurpadores, impíos y,

en fin, hombres que hoy obran de un modo y mañana de otro contrario, aunque sea faltando a las reglas de la verdad y honestidad y justicia si así conviene a sus depravados planes. Tal es la educación que dan los ministros Protestantes a súbditos españoles y en un territorio sujeto a España ¿Y así se quiere que se españolicen los corisqueños y se aficionen a nuestra Reina y a las costumbres de los españoles? Engaño grande mientras permanezcan en la isla, como hasta aquí, los ministros protestantes⁴⁴. Si aun en un terreno virgen, no contaminado con el hábito pestífero de las perversas doctrinas impías del Protestantismo, es tanto el trabajo y cuesta tantos sacrificios reducir al salvaje y traerlo a las verdades suaves pero severas de la Ley Cristiana ¿qué será después que han aprendido de los ministros del error que no hay obligación de hacer buenas obras y que cada uno puede vivir como se le antoje leyendo cada día un trozo de la Biblia y que basta creer en J.C. para salvarse? Es preciso, sin embargo, decirlo todo, mientras que encontramos en los educados por los discípulos de Calvino un carácter sombrío, tétrico y nada agradable, en todos los demás hemos observado un semblante risueño, gran docilidad y afecto, regalándonos algunas calabazas de tupí (vino de palma) para refrigerarnos y darnos algún alivio en el cansancio y calor.

De los 37 pueblos que hay en la isla, son pocos los que dejamos de visitar, quedando de hacerlo cuando pueda el P. García y de llevarles algunos doncellitos. Se calcula su población en unas tres o cuatro mil almas, pero no salgo garante de este número hasta que el P. Misionero se informe y adquiera datos más exactos. Las mujeres son las que se ocupan en las faenas de cultivar la yuca, el moniato y el plátano y en coger en la orilla del mar el pescado pequeñito que ellos llaman ñinguele, y que después de secado al sol lo conservan como las sardinas y a falta de otra cosa lo comen. Los hombres van a los ríos Muni y Munda, internándose bastante, para comprar el palo tintóreo, el ébano, el marfil, la cera y la goma, que después venden a los comerciantes europeos y americanos de las factorías que tienen en Elobey. Los islotes de Elobey son pequeños y su importancia es sólo comercial. No fui a visitar el Cabo de San Juan porque no fue la Goleta Edetana, y lo sentí, pues como sabe ya V.R., la preferencia a que ha dado aquel

⁴⁴ La primera misión presbiteriana se estableció en Corisco en 1843. A pesar de que la Constitución española no permitía otra religión que la católica en todos los territorios del Estado, una R.O. de 14 de julio de 1860 dispuso, en contra de lo que sucedía en Fernando Poo con los metodistas ingleses, que se guardase “la más prudente reserva hacia los misioneros americanos” para no perjudicar aun más las relaciones entre EE.UU. y España por la crispada situación en Cuba. AGA. A-G. Caja 781.

rey a los Españoles le hacen acreedor a toda consideración. El día 11 prediqué familiarmente a los que vinieron a oír misa: de éstos, unos eran católicos educados por nosotras en Fernando Poo y en el Gaboon por los misioneros franceses, y otros paganos o protestantes, por manera que en la isla se habla el Benga, que es el idioma del país, el francés, inglés y español. Aviso a los que se sientan con vocación para cultivar esta parte de la viña del Señor. También bauticé por la mañana a una niña párvula, hija del rey Munga; tenía unos siete meses y vino en brazos de la Reina su madre, y después del bautismo le di un gran pañuelo para que la cubriese. Los días 12 y 13 los empleé en leer y aprender con un joven Benga católico su idioma, y en conversar ya con unos ya con otros de los que vinieron a visitarme. Serían como a las cinco de la tarde del último día cuando desde la casa vimos que venía un bote con banderas a proa y popa con dirección hacia nosotros. Había regresado la Goleta Edetana, y eran el Sr. Gobernador, el Comandante y un oficial de marina que venían a visitarnos y comieron con nosotros. Se hizo tarde y todos pasamos la noche en la casa de la Misión. El día siguiente dije misa en la capilla doméstica, y habiendo tomado alguna cosa volvimos a la Goleta, ésta levó anclas, y eran las 8 de la mañana cuando empezó el puff, puff del vapor, y echó a andar con rumbo a la Isla de Annobón. Ayudado el barco del viento, aunque no mucho, llegamos a ella al cabo de dos días, y no bien fondeamos cuando se agolparon a los lados de la Goleta más de cuarenta cayucos con toda clase de frutas tropicales, gallinas, huevos y algunos gorrinitos. Entre los doscientos y más hombres que subieron a cubierta había algunos mocitos que habían sido educados en España y en esta misión de Fernando Poo. Se les tomaron muchas cosas de las que trajeron, dándoles en cambio aguardiente y tabaco.

Al medio día salté en tierra con el 2º, el Doctor y el Contador, pero había una fuerte resaca en la playa, y el bote en que íbamos, por falta de conocimiento de aquella playa en alguno, y por la torpeza de los Crumanes, volcó y nos mojamos todos y nos vimos envueltos en las olas, pero muy próximos a tierra, y salimos por fin como unos pollos cuando les ha sorprendido la lluvia. No tanto lo sentía yo por mi, por ser inocente la mojadura del mar, cuanto por las cajas de los ornamentos, telas y tabaco que yo llevaba para regalar a aquella pobre gente, las cuales todas andaban por el agua, siendo el juguete de las olas. Quiso Dios que todo se sacase a tierra, y como el sol calentaba bastante, hice un tenderete que parecía una feria, y a las pocas horas se secó todo,

habiendo sufrido los útiles de decir misa más que todos los efectos. Yo también me puse al sol, que es el brasero de los pobres, y se me secó la sotana y demás ropa que llevaba puesta. Había confluído a la playa casi toda la población y con ella me dirigí a una ermita que está a unos cuarenta pasos antes de llegar a la Iglesia. Es la misma que ha servido de morada en otras ocasiones a nuestros misioneros. Visité la Iglesia, hecha de tablillas mal unidas y cubierta de paja, y con toda aquella muchedumbre recé las letanías de la V. María y las de todos los Santos. Les hablé desde el pie del altar un buen rato, de modo que todos me pudiesen entender, les cité para el día siguiente a las 8 de la mañana, y ordené que las familias me trajera los párvulos que estaban sin bautizar para hacerlos cristianos, y con esto los despedí. Me volví a la ermita rodeado de la muchedumbre, la cual no se separó de mí en todo el tiempo que permanecí en la isla. Apenas había ya sino una hora de sol, otro bote había llegado por nosotros a la playa, y no fueron poco sorprendidos mis compañeros de mojadura, cuando oyeron de mi boca que yo me quedaba en tierra a pasar la noche y que si gustaban podían ir solos a bordo ¿Dónde va usted a dormir? ¿Qué va usted a cenar? Eran las preguntas con que pretendían disuadirme del intento. Esta ermita, les respondí, aunque malamente aderezada con yerba o paja seca por cama será mi albergue, y mi comida un poco de yuca con algún huevo asado que buscaré por el pueblo, aun pobre como yo todo esto basta. Y, mirándose el uno al otro, mudos fueron a embarcar. Al Este de la isla se levantaba majestuosamente la luna. Entrada un poco la noche, y con su plateada luz, alumbraba a los que estaban faltos de la iluminación de gas de los países civilizados. Dos niños que fueron conmigo desde ésta, después de haberse educado tres años y medio en la Misión, me sirvieron y ayudaron mucho. El uno me trajo dos haces de hierba seca muy larga y el otro yuca, huevos sal y agua, todo por algunas hojas de tabaco. Cenamos los tres opíparamente y aún nos sobró. Por supuesto que no dispensamos de mesa, platos, cubiertos, vaso y servilletas. La tierra desnuda y los cinco dedos de la mano y una calabaza vinatera era todo nuestro ajuar. Algo después, tuvimos una recreación: sentados en tierra fuera de la ermita vinieron de la población y se juntó bastante gente con nosotros a disfrutar de ella, y como la noche estaba tan clara pasamos un buen rato conversando yo con ellos sobre la isla, la cosecha, etc. etc., y calculado que era ya hora de retirarse todos, con mi aviso nos dejaron solos. Rezamos el rosario. Los niños rezaron las oraciones de costumbre antes de irse a la cama. Hice yo el examen de

la noche y nos acostamos. Las tablas de los dos eran unas tablillas echadas en tierra y los cobertores dos mantas que les di en esta ciudad. La mía era un fajo de los dichos por colchón y por cabecera, formando los dos en su colocación una T; no necesité cobertor, como no lo necesita en estas latitudes el que se acuesta vestido. San Francisco Javier, de quien me acordé muchas veces antes de quedarme dormido no tenía tantas comodidades cuando en otra isla, ala vista de la China, le cogió la muerte. Los mosquitos por una parte, y las sabandijas de entre la hierba por otra me comían y me obligaban forzosamente a estar en vela, de modo que fueron pocas las horas del anoche que pegué los ojos. Para ver como les iba a mis compañeros de alojamiento, pasada una hora después de acostados, les pregunté si dormían, y me respondieron: Padre, hay muchos mosquitos que pican demasiado. No los temáis, le dije, que ya se cansarán de picar, y después veréis que bien dormimos. A grado y medio Sur del Ecuador se halla situada la Isla en los mapas, y es insignificante la diferencia entre el día y la noche, así es que apenas hay crepúsculos. Con la misma facilidad brusca con que viene la noche, se presenta también el día; el Sol se dejó ver a las seis de la mañana, claro y despejado; mis negritos rezaron y ofrecieron al Señor las acciones del día, y yo hice mis ejercicios acostumbrados. No bien había yo salido de la ermita, en dirección a la Iglesia, cuando me encuentro al 2º de la Edetana que traía pan fresco, ron, vino y latas de sardinas, becasas y carne para el almuerzo, y añadió que venía a ponerse a mis órdenes. Bueno, le dije, usted oirá la misa y el sermón, será padrino de los que se bauticen y testigo honorario de los dos matrimonios: accedió a todo y lo hizo con gusto e inteligencia. Cerca de 4000 almas, que es la población de toda la isla, asistieron a la misa y al sermón; uno de mis negritos discípulos me ayudó a misa; y todos guardaron un religioso silencio en todo este tiempo, que sólo fue interrumpido por los sollozos de alegría de una hermana del ayudante al verle cerca del altar con la compostura y reverencia que se les enseña en esta misión. Poco tiempo después fuimos a despachar la parte de las provisiones traídas de la Goleta y cobramos un poco de aliento. Enseguida bendije los dos matrimonios, y, habiendo llevado conmigo, empecé la bendición o consagración del agua y los santos óleos para el efecto, y acto seguido los bautismos que duraron hasta el medio día. Los padrinos fueron los dos niños referidos, y no el 2º dicho, porque lo juzgué más a propósito para escribir en el acto en las casillas correspondientes del cuaderno que llevé preparado los nombres de los bautizandos, los de sus padres y la

edad de los primeros. Esta fue una tarea muy penosa, por la dificultad de aquellas gentes de expresar los nombres claramente: como hablan medio portugués y medio salvaje, a no ser por los niños ya educados por nosotros, trabajo hubiéramos tenido en entenderlos. Fueron 49 los que bauticé: todos párvulos, y el de mayor edad tenía diez u once meses; éstos habían nacido sin contar los que habían muerto sin bautizar la última visita que les hizo el P. García el año pasado, cuando fue en la Goleta Vad-ras. Las partidas las extendemos en un libro en folio, en donde figuran las demás de Annobón desde que empezó esta misión. No me entretengo en hacer la descripción de la isla, su elevación y la singularidad de la laguna de agua, cerca de uno de los picos, a tres mil pies sobre el nivel del mar, porque ya la hice en las memorias de los años anteriores, y en ellas se podrá ver. Solo diré lo que dudo si comuniqué o no antes, y es que en la isla hay cuatro pueblos: el 1º llamado Playa, la norte; el 2º Mábana, al oeste; el 3º Ananche, al sur, con un río abundante en pescado; y el 4º Avala, al este; su importancia está marcada con el orden en que van expresados. Los mismos tienen, por el mismo orden, los nombres cristianos de S. José, San Antonio, S. Pedro y Santa Cruz. En el 1º es donde hay mayor número de habitantes, y donde se suele desembarcar, y allí es también donde los misioneros ejercemos todos los ministerios. Da lástima que el Gobierno tenga abandonada aquella pobre gente! Porque ¿de qué sirve que vayan una vez al año los misioneros y bauticen los niños si después se les deja en la ignorancia de las verdades de la Religión? En 2 días solamente de detención ¿qué podrán enseñarles los misioneros? Van creciendo en la ignorancia y se mueren sin sacramentos y sin auxilios espirituales. Algunos hombres han querido decir que no tiene importancia la Isla, por estar muy a desmano, ni poder servir de escala para otros puntos. Otros que el terreno de la Isla es muy ingrato, hasta negar le sustento necesario a sus habitantes, y que por lo tanto no debe pensarse en ella por el Gobierno para nada. En cuanto a lo primero se puede responder que una población de 4000 almas merece la pena de que se la atienda; pueblos más que pequeños en España y las Baleares y Canarias cuestan grandes sacrificios a la nación que reporte de ellos utilidad alguna, y a un Gobierno católico debe bastar saber que hay tantas almas que salvar. Al tiempo del descubrimiento y conquista de las Islas Filipinas quisieron ciertos hombres persuadir a Felipe 2º a que las abandonase, por ser aquellas islas el albergue de gente muy bárbara y estúpida, y no encontrarse en ellas sino bosques espesos y montes peñascosos. Mas aquel gran

Monarca les tapó la boca diciéndoles: hay millares de almas que salvar y esto debe bastar a un Rey Católico para no abandonarlas. Por lo que toca a lo 2º, se pondrá en evidencia la falsedad del aserto de los que afirman que no pueden sustentarse los isleños por la esterilidad del país con la relación de los frutos que produce, y son los siguientes: yuca, moniato, naranjas, limones, cidras, piñas, habichuelas, cocos, plátanos, maíz, ñame, ciruelas, anones marindos (?) y dátiles de las palmeras de las que sacan el aceite y el tupí, licor semejante a la sidra de las Provincias Vascongadas. Se crían también en los bosques jabalíes, palomas cenicientas, garzas, gallinas de Guinea, pájaros de varios tamaños y colores, Cucas, Quioscós aguedesguedés (?) y culebras inocentes. Y si a todo esto se le añade la abundancia de pesca y aun de ballenas que por allí se cogen, ¿podrá decir alguno sin faltar a la verdad que aquellos habitantes están transidos de hambre, que más parecen espectros ambulantes y famélicos que hombres, y que la tierra es absolutamente estéril? Propaladores de semejantes mentiras solamente merecen, sino otra cosa, a lo menos la compasión y el desprecio. Es cierto que van mal vestidos, pero esto proviene del abandono en que se les tiene, y toda la falta no está en ellos, pues cultivan en pequeña escala algodón que ellos mismos hilan y tejen, y con las telas que sacan muy regulares se cubren en parte, y cuando llegan barcos mercantes se procuran las demás, dando en cambio gorrinitos, huevos, gallinas y frutas, de todo lo cual tienen en abundancia en las inmediaciones de sus casas.

Estaba yo ocupado en administrar el bautismo, cuando se presentó el Sr. Gobernador en la Iglesia y al poco tiempo se salió, y después de haber dado un paseo por la playa se volvió a embarcar y se marchó a bordo de la Edetana. Concluido mi ministerio visité, acompañado del 2º Comandante a los enfermos, y distribuí rosarios, escapularios, medallas y tabaco. Tomamos alguna refección y emprendimos, acompañados de algunos jóvenes católicos, la subida a la laguna; íbamos sudados y como nos hallásemos a la mitad del camino empezó a soplar un viento fresco, luego vino la lluvia y tuvimos que desistir y volvernos atrás. Llegado a la Ciudad, distribuí las telas y un barril de galleta a toda la juventud de la población, la cual recibió todo llenando al misionero de bendiciones. Luego empezaron a traerme de regalo frutas, huevos y gallinas, y nada les recibí diciéndoles que se lo comieran ellos, que lo necesitaban más que yo, y que yo les daba todo aquello por caridad y sin intención que me lo pagasen. Pobre gente! Si alguna ha recibido algún obsequio ha sido del misionero! Llega un bote a la playa y se me

anuncia que al anochecer debe partir la Goleta. Fue pues forzoso dejar aquellos mis queridos negritos, y acompañado de ellos me dirigí hacia el bote. De los dos jóvenes que fueron conmigo desde Fernando Poo, el uno se quedó en Annobón entre sus parientes, y el otro, diciéndome que quería venir a aprender oficio embarcó conmigo y a los 20 minutos ya estábamos a bordo, comimos, y cuando el sol se escondía en el mar en Occidente empezó la hélice a agitarse, y el ruido de la máquina y las voces del Comandante a babor, a estribor. Dirigidas desde el puente de timonel, nos hacían comprender que estábamos andando a la isla portuguesa de Santo Tomé situada en el Ecuador. La noche estaba deliciosa, la mar bella, la luna compañera inseparable de los navegantes, clara y serena, el viento abierto, suave y favorable, y la Goleta marchaba admirablemente bien: así es que a las 8 de la mañana del día siguiente, 18, Domingo fondeó en la bahía de Ana de Chaves. Dije la misa a bordo y la oyó toda la tripulación. Nos pusimos enseguida a almorzar y estando a la mitad del almuerzo se presentó el cónsul español, Sr. Francisco Belard, el cual lleno de amabilidad convidó a todos los señores oficiales, incluso el Sr. Gobernador y yo, a tomar té en su casa por la tarde. Ocho días bien cumplidos estuvo la Goleta fondeada en aquella bahía, en todos ellos los oficiales y el Sr. Gobernador han tenido distracciones de días de campo en la Hacienda del Cónsul, de comidas ya en una ya en otra casa de la ciudad, y también de música y bailes. Yo decliné de todo y sólo tres tardes salté en tierra y luego volvía a la Goleta. En una de ellas tuve ocasión de conversar con un sacerdote indio negro, educado en el seminario de Goa. Es muy buen sacerdote, instruido y lleno de celo por la salvación de las almas. De su país hizo un viaje a Lisboa, donde permaneció algunos meses; habló con Luís 1º y sus ministros y ha sido destinado para la misión de W... (ilegible) en virtud de una bula concedida muchos años ha por la sede apostólica al Rey de Portugal para enviar misioneros a sus dominios de Ultramar. Cuando el Gobernador le facilite un barco al punto de destino es muy probable que haya conflicto porque allí está la misión cuyo superior es D. Francisco Borghero, enviado por la Congregación de Propaganda Fide sin haber contado para nada con el rey de Portugal: éste lo ha sabido y ha dado el paso de enviar al referido misionero ¿Qué autoridad prevalecerá? El sacerdote indio dirá que su autoridad es la legítima, como lo ha sido la de sus predecesores, y el de la Propaganda replicará que la suya, como emanada de Roma por la vía de la sagrada Congregación. Le pregunté si había visto el cuerpo de San Francisco Javier, y me

respondió que muchísimas veces, y que reposa en la Iglesia donde el ejercía los ministerios, añadiendo las particularidades de haber visto fresco, y como si estuviera vivo, el cabello de su cabeza, y de haber obrado hacía tres años un potente milagro. Y el caso, me decía, que habiendo de hacer algunas reparaciones en la Capilla del santo, y no contándose con los fondos necesarios, se apeló a la piedad y devoción de los cristianos, exhortándoles a que contribuyese cada uno según sus facultades y devoción. Había en la ciudad un hombre tullido de medio cuerpo para abajo hacía muchos años, y poseído de una fe viva, quiso él mismo echar la limosna por su mano en el sitio destinado de la Iglesia. Manda que le lleven sentado en una silla de manos, y cual puede imaginarse sería su alegría y el estupor de todos cuando después de hecha una corta oración y depositado su óbolo en honra del Sto. Apóstol, se siente sano de repente y empieza a andar por su pie como si toda la vida hubiera estado bueno. Se divulgó el milagro por toda la Ciudad, y la devoción al santo y la generosidad de los fieles en contribuir a los gastos de reparación de la Iglesia se aumentó de un modo extraordinario. Y luego dirán los impíos del siglo que ya pasó el tiempo de los milagros! Siempre se ha de verificar, por más que se empeñen en negarlo ciertos hombres, el oráculo del Espíritu santo, mirabilis Deus in Sanctis suis: Dios es maravilloso en sus Santos.

La mayor parte de todo ese tiempo, fuera de mis salidas a tierra, me empleé en leer varias obras que llevaba conmigo, especialmente las de Wiseman⁴⁵ en inglés. Dije también misa a bordo el día de San Mateo y el Domingo día 25, concluida en este día empezó a tirar la Edetana, pero no era la fuerza del vapor la que impelía el barco; la noche anterior, cuando se preparaba todo para ponernos en movimiento, avisa el maquinista al oficial de guardia que una de la calderas se hallaba en mala disposición y que no podía hacer vapor. Fue pues necesario hacer uso del aparejo; se izaron todas las velas para aprovechar el poco viento que había, y a pesar de estar tan próxima la isla de Príncipe no la alcanzamos hasta el día siguiente por la mañana. No entramos en su bahía porque nos hallábamos en el día 26 del mes, y entraba en los deseos de todos arribar a Fernando Poo la víspera de la llegada del Paquete inglés a Santa Isabel, que suele ser el 28 de cada mes, y nos quedaban por andar más de 60 leguas. Los maquinistas y demás gente no cesaban en trabajar en la composición de la otra caldera, y solamente cuando

⁴⁵ Nicolás Patrick Wiseman (1802-1865). En 1850 se convirtió en el primer Cardenal Arzobispo de Westminster, al restablecerse en Inglaterra y Gales la jerarquía católica. Su obra más conocida es *Fabiola*, donde traza un estudio sobre los orígenes del cristianismo.

llegamos a alcanzar la parte sur de la Isla, que fue a las 4 de la tarde del 27, se consiguió que todo estuviese en orden: se mandó encender, condensar vapor, echar andar y dar el primer grado de expansión a la máquina, y nuestra Edetana iba surcando ágil mares, como un saeta arrojada por la ballesta. Parecía que la vista de la isla le daba mayor ligereza y velocidad. Treinta y siete millas de larga mide Fernando Poo en la parte Oeste, y en una paralela, a milla y media de distancia de la costa, la anduvimos aquella noche, siendo ya la una y media de la mañana cuando la áncora fundaba la nave en la bahía de Santa Isabel. Los vapores de guerra ingleses y franceses, y el pontón español “Perla” tenían puestas sus luces en los topes para evitar por nuestra parte un choque con ellos. Los del Pontón dirigieron la palabra a los de la Edetana, y entonces fue cuando supimos la llegada del vapor Ferrol con los tres misioneros consabidos, y que en nuestra ausencia había fallecido de un reblandecimiento cerebral el que antes de nuestra llegada a esta isla había sido el Gobernador: éste era el Sr. W. J. P. Lynslager (Q.E.P.D.). Ha muerto protestante: yo le había hablado algunas veces antes acerca de las verdades de la Religión, mas el pobre hombre se manifestaba siempre persuadido de que no había diferencia entre la Religión Católica y la Protestante, y si había alguna era más en las formas que en la realidad. Sin embargo, en la visita de pésame que le hice a la viuda al poco de mi llegada, me dijo ésta que en los dos días antes de su muerte estaba preguntando por mí, y que le respondieron que había ido a otras islas españolas de este golfo. En mi ausencia, no omitió de visitarlo el P. Rodríguez, pero los que rodeaban el lecho del enfermo le impidieron el paso, y así es que no pudo verle ni hablarle. Adoremus los juicios de Dios, y atendiendo a que era caritativo con los pobres y que estaba siempre dispuesto a hacer bien a todos, confiemos en la infinita bondad y misericordia a favor del alma del difunto. Han sido muchas las víctimas que ha continuado causando la epidemia de la viruelas en mi ausencia, tanto en la Ciudad como en le bosque. El P. Campillo, quien visita además de Banapá a los distritos de Basilé y Basupú ha enviado un buen número de párvulos y adultos al Cielo después de haberlos bautizado in articulo mortis. Lo propio ha hecho en la ciudad y en los barcos el P. Rodríguez. Este celoso y ferviente P. ha aprendido en el idioma de los crumanes las cosas más necesarias de la Doctrina Cristiana para salvarse; los visita diariamente tanto en la población como en los barcos; instruye en las verdades más necesarias de la Doctrina Cristiana a los que halla enfermos; les difiere el bautismo hasta que hay una

certidumbre moral de que se mueren, y como los ve dos veces al día, especialmente a los de tierra, es muy raro el que se muera alguno sin el bautismo, y de este modo consiguen el Reino de los Cielos estos pobres negros que han venido desde Cabo Palmas a ganar un módico salario temporal con su trabajo corporal. Gloria a Dios en las alturas!

He aquí, mi R.P. Provincial, la imperfecta circunstanciada relación de mi expedición en las islas. Mi salud ha sido cual podía desear a Dios gracias, en todo este mes no me he resentido de mal alguno. He tenido mucho consuelo en todas al ver la docilidad y buena disposición de los pueblos que he visitado. Los de Annobón me han robado el corazón ¿Qué haremos por ellos si no llega a establecerse por el Gobierno una misión? ¿Los hemos de abandonar también nosotros? Confieso que por lo mismo que otras gentes los desprecian, yo me siento inclinado hacia ellos, y si he de decir a V.R. lo que me ocurre, creo que deberíamos nosotros establecernos allí a nuestra cuenta aunque el Gobierno no nos diese subvención alguna para el establecimiento. No faltaría Dios a los que se resolviesen a trabajar en aquella parte de su viña, y yo soy el 1º que me ofrezco a ir allí y vivir entregado únicamente a la Providencia Divina. Bueno será que se trabaje para inclinar el ánimo de los que gobiernan a favor de la misión, pero si nada se consigue, bien merecen 4000 almas el sacrificio que podríamos hacer, cuando la salvación eterna de una sola vale más que el mundo entero. Sin embargo, V.R. sabe mejor que yo lo que conviene y debe hacerse, y por lo tanto acataré reverente y sumiso su superior disposición, pero también le diré que he hecho el referido ofrecimiento de pobre persona, porque de no hacerlo no me hubiera considerado tranquilo, sin que a esto me mueva otro motivo que la mayor gloria de Dios y el deseo de ayudar a la salvación de las almas.

En los SS. SS. de V.R. mucho se encomienda su humilde siervo y obediente hijo en Cristo.

José Irisarri

S.J.

DOCUMENTO 12. Última carta del superior José Irisarri desde Santa Isabel de Fernando Poo, dirigida al R. P. Provincial⁴⁶

Santa Isabel, 28 de febrero de 1868. R. P. Padre Provincial:

Mil gracias por la favorecida de V.R. del 11 de Enero que tengo a la vista.

He tenido gran consuelo en saber el fruto abundantísimo que los NN. han recogido en sus tareas Apostólicas en las diferentes provincias de España, y aunque su humildad lo atribuya todo a nuestras penalidades en tierra, ingrata por tantos títulos, sin embargo yo creo que sus virtudes y dotes que Dios les ha dado, y el buen uso de ellas habrán principalmente movido al Señor a derramar sus bendiciones sobre ellos y a darles esos consuelos. En fin que sea en una parte que sea en otra, yo me alegro muchísimo que Dios nuestro Señor sea glorificado. He hecho entender a todos estos PP. y HH. Lo que me encargaba V.R. en su carta, y se han consolado.

Las calenturas continúan tenaces, especialmente en la gente de los barcos, y el P. Campillo las ha catado ya en el poco tiempo que hace está en ésta⁴⁷, y el H. Rodríguez ha tenido una biliosa que nos ha puesto en cuidado y ahora ya va mejor.

Hace pocos días ha sucedido una desgracia en nuestra Iglesia, los cuatro carpinteros que estaban arreglando parte de cielo raso, que es de tabla, vinieron abajo con un gran tramo de él, el uno era protestante y falleció de resultas a las 7 horas, los demás eran católicos; y uno de ellos había aprendido durante 4 años el oficio en casa con los hermanos y quedó al caer suspendido de un palo, sin más resultado que el susto, los otros dos habían sido educados en la misión de Gaboon, y trabajado después en la de Corisco, y recibieron grandes contusiones, pero ya están casi enteramente curados y pronto empezarán a trabajar de nuevo. Al que falleció le tuve trabajando en casa cosa de dos años y medio con intención de ganarle para Jesucristo, porque era muy despejado, y ya conseguí instruirle y aun aficionarle a la religión en términos que se hallaba ya deseoso de bautizarse y no lo estaba yo menso de bautizarle. Pero de un día para otro encontré tal cambio en él, que mudó enteramente de parecer, y después siguiendo su

⁴⁶ AHL. *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca.*

⁴⁷ José Campillo regresó a Santa Isabel después de que los bubis abandonaran sigilosamente el asentamiento de Banapá y se fueran a fundar uno nuevo lejos de la misión, con la excusa de que los crumanes iban de noche a robar en sus huertos. El detalle de la fiebres indica la mejor salubridad de Banapá, un dato que los claretianos tuvieron enseguida en consideración.

mala carrera, hasta se hizo predicante en las reuniones que solían tener los protestantes de la población, sin que por eso dejase de venir a oír mis pláticas de los domingos. Más tarde aun éstas las abandonó, y si logró tomar parte en los trabajos de carpintería del Gobierno, en parte se debió a la misión. No es una cosa singular que de los 4 que cayeron, sólo el protestante rebelde a la gracia hubiese muerto. Y no lo es también que hubiese encontrado la muerte en aquel mismo lugar donde tantas veces había oído la explicación de las verdades católicas! Otros juicios de Dios! Así que oí los gritos que se siguieron a la caída, corrí presuroso a la iglesia, y le vi muy mal parado, le sugerí algunos actos de fe, esperanza, amor de Dios y contrición, pero creo que no oía; después estuve con él en el hospital hasta que murió. No sé que habrá sido de su alma. Era procedente de Sierra Leona y joven, y ha dejado una viuda también joven, cuyos hermanitos se han educado y educan en nuestra escuela.

En las misiones de Corisco y Basupú no hay novedad mayor; muchos son los niños que frecuentan aquellas escuelas; en ésta tenemos 24 internos y 6 externos, y los pequeñitos de 6, 7 y 8 años leen ya corrientemente y escriben regular. Unos ingleses estuvieron días atrás a verla casa y la escuela, y se quedaron sorprendidos al oírles leer en castellano y ver como escriben. Ellos son comerciantes que andan por la costa de África donde tienen factorías, y me dijeron: “Padre, no creíamos que había esto aquí, no hemos visto cosa semejante en la costa”. Pues los ministros protestantes, les dije, bien tienen escuelas por toda la costa. Aquello, me respondieron, no vale nada, todo es pura farsa. Ellos lo dijeron así, y ellos sabían lo que se dicen.

Soy de V. R. con los sentimientos de la más rendida obediencia, humildad de siervo y affmo. hijo en Cristo Jesús.

José Irisarri, S.J.

DOCUMENTO 13. Traducción castellana de la versión latina de la “Historia Domus” (HD) y las “Litterae annuae” (LA)⁴⁸

El 7 de agosto de 1863 la Provincia jesuítica de España se dividió en dos: Castilla y Aragón; y a la Provincia de Castilla le fue confiada la Misión de Fernando Poo, fundada cinco años antes. El 22 de mayo de 1858 habían arribado a Santa Isabel, capital y puerto de la isla de Fernando Poo, los seis primeros misioneros jesuitas, tres Padres y tres Hermanos: los PP. José Irisarri (natural de Falces-Navarra, Juan Manuel de Vega y Mariano Melquíades Acevedo; los HH. Tomás Araujo, Juan M^a García (natural de Mañeru-Navarra) y Benito Garayoa (natural de Vergara-Gupuzcoa).

Cf. P. Lesmes Frías, “La Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús”, pp. 94-112.

1862-64

LA Desde principios de junio de 1863 fueron ocho Padres y siete Hermanos⁴⁹ los misioneros que evangelizaban las islas que España posee en el golfo de Guinea. Al año siguiente se añadieron a éstos dos Hermanos que llevó consigo el P. Superior en su viaje de regreso de España. Y en 1864 el grupo aumentó con tres compañeros más, dos Padres y un Hermano. Pero la muerte y las enfermedades y la voluntad de los Superiores fueron reduciendo una y otra vez aquel ya demasiado escaso escuadrón de soldados. El H. José Sudupe, coadjutor realmente bueno, no menos sufrido para el trabajo que deseoso de la perfección religiosa, mientras presidía solícito la construcción de un edificio para Padres y Hermanos, trabajando él mismo sin descanso, enfermó de una fiebre maligna y en pocos días murió⁵⁰. El P. Lorenzo Sanmartí, sacerdote excelente por su prudencia y virtud, enfermó de cáncer y, no habiendo esperanza de que recobrase la salud en aquel país, fue reenviado a su patria, donde no mucho después, corroído por un tumor maligno, voló al cielo⁵¹, como podemos piadosamente creer. Una enfermedad

⁴⁸ AHL. Traducción del original en latín a cargo de Isidro María Sans S.J.

⁴⁹ PP. José Irisarri, Domingo Apraiz, Francisco García, Lorenzo Sanmartí, José Campillo, Fernando Torre, Ignacio Cortés, Nicolás Rodríguez; HH. Benito Garayoa, Francisco Vila, José Oyarzabal, Tomás Araujo, Ambrosio Iturrioz, Santiago Rico, Miguel Aguirrezabal.

⁵⁰ El 24.05.1863 en Santa Isabel.

⁵¹ Murió el 05.05.1864 en Puerto de Santa María.

incurable obligó a retornar a España a los HH. Juan Elorza⁵² y Santiago Rico, en 1863 y 1864 respectivamente. La voluntad de los Superiores hizo volver al P. Ignacio Cortés y a Francisco Vila. En este momento los Nuestros que permanecen allí son los siguientes: los PP. José Irisarri (Superior de la Misión y Prefecto Apostólico), José Campillo, Francisco Javier García, Domingo Apraiz, Nicolás Rodríguez, Fernando Torre, Emilio Cuevas, Manuel López; y los HH. Tomás Araujo, Benito Garayoa, Miguel Aguirrezabal, Ambrosio Iturrioz, José Oyarzabal, Juan Rodríguez. Es gratificante anotar aquí sus nombres porque parecen dignos de tanto mayor honor cuanto menos gloriosa y más fatigosa es la labor en que se ocupan.

Al inicio del trienio cuya narración tejemos, estos jesuitas vivían en dos domicilios angostos e incómodos de la isla de Fernando Poo: una casa de madera roída de gusanos en la capital, llamada Santa Isabel, y una cabaña con huerto ubicada en un valle de la región de los Bubis Banapás. El clima de aquellas partes, ya de por sí gravoso para los Nuestros, les resultaba aún más gravoso por cuanto mal alojados. Y además, desde una isla mal podían atender a los habitantes de las restantes. Por ello, a finales de 1862 comenzó a construirse una casa suficientemente amplia y cómoda para nuestros usos. Director y capataz de la obra fue el H. José Sudupe, al mismo tiempo que maestro de carpinteros y él mismo carpintero infatigable. Los habitantes morenos de Santa Isabel colaboraron en la obra. La Misión misma asumió los gastos, que no fueron nada leves para su escasez de bienes, porque las condiciones de la región obligó a traer de España todo lo necesario para el edificio. Se concluyó y comenzó a habitarse en 1863. A esto hay que añadir que hasta fines de ese año no contamos con un templo donde administrar decentemente los sacramentos. Se nos construyó, pues, un templo con dinero público. Nos lo entregaron y el 18 de noviembre de 1863 fue inaugurado por nuestro P. Superior, con gran concurso de pueblo, incluso de cristianos no católicos, y con la presencia del Gobernador español de aquellas islas y de sus adjuntos civiles, militares y navales. El P. Superior fue llamado a España por el P. Provincial, tanto para reforzar su salud puesta a prueba con frecuencia y ya demasiado quebrada, cuanto para dar a conocer ante los principales administradores del Reino lo referente al estado de la cuestión religiosa en aquellas lejanas provincias. Y con esta ocasión le rogó fundar dos casas más de la Compañía en otros tantos lugares. Se compraron, pues, dos casas de madera: una en la

⁵² El H. Juan Elorza, azcoitiano, se curó y vivió aún muchos años. Murió en Durango el 19.06.1890.

misma isla de Fernando Poo, en Basupú occidental; y otra en la isla Corisco. La Compañía, por tanto, tiene actualmente cuatro domicilios en aquellas islas: tres en Fernando Poo y una en Corisco. Los que viven en la Residencia de San José, en Santa Isabel, ayudan con sus sagrados ministerios y se entregan cuanto pueden a quienes viven allí: españoles, ingleses, africanos e indígenas de aquella región. El P. José Campillo vive en la Residencia de Santa María, sita en la región de los Bubis de Banapás, y atiende además a los de Basilé oriental y a los de Debola. El P. Nicolás Rodríguez vive en la Residencia de San Francisco Javier, entre los Bubis de Basupú occidental, pero desde allí discurre por las regiones de alrededor, Moddi, Baluéddi, Basacato, etc. Los Padres Francisco Javier García y Emilio Cuevas con el H. José Oyarzabal viven en la Residencia de San Ignacio, en la isla Corisco: la recorren y, cuando pueden, navegan también a las islas de Annobón y Elobey y hasta el promontorio de San Juan para visitar a aquellas pobres gentes, consolarlas y prepararlas para el Evangelio.

Las dificultades que retardan, y a veces detienen, la carrera de los Nuestros para reunir a aquellas gentes en el rebaño de nuestro salvador Jesucristo son muchas y variadas, y procedentes de causas muchas y variadas. El clima es adverso a hombres nacidos en Europa, absorbe todas las fuerzas y el líquido corporal con excesivos sudores, y los veja con fiebres tenaces y frecuentes. Todo lo necesario para los usos de la vida hay que traerlo de España; aun cuando no falte el mínimo requerido para sostener la vida de algún modo, no podemos menos de echar en falta, sin embargo, muchos remedios que nos servirían de alivio para mantener nuestra naturaleza en suelo y aire extraños. La gente de estas islas es de índole nada feroz ni áspera, pero entre todas las del orbe es de lo más perezosa y lenta ante toda clase de estímulos. Cuando llega un sacerdote católico, le salen al encuentro de todas partes, le halagan, le piden que se quede. Pero todo el ardor de ese cariño se evapora en cuanto reparte unos regalillos o cura a un enfermo. Luego ni se cuidan de él ni reaccionan a sus exhortaciones. Ningún adulto, mientras está sano, aunque oiga muchas cosas sobre religión y hasta insinúe que le placen, pide el bautismo, ninguno piensa en recibir los sacramentos cristianos. Añádase la larga permanencia en Fernando Poo y la actual presencia de ministros protestantes en otras islas, que sin hacer ningún bien y sí mucho mal, tratan de impedir que otros hagan

el bien. Y añádase también que los ejemplos de los europeos que allí viven o pasan por los puertos no tienen nada de santo u honesto.

Por estas y otras causas el fruto es aún pobre, pero no hay que atribuirlo a las labores de los operarios evangélicos; al contrario, por eso mismo son merecedores de mayor alabanza y su entusiasmo y fortaleza de ánimo es tanto más estimada ante Dios, por cuanto a pesar de tantas dificultades no cejan e insisten en proseguir su obra y no se arrepienten de seguir regando con sus sudores una tierra tan ingrata. Los PP. de Santa Isabel se encargaron durante estos tres años de todo lo relativo a los temas sagrados en aquel puerto: administraron todos los sacramentos; predicaron todos los domingos y días festivos, mañana y tarde, en inglés y español; difundieron la doctrina cristiana; visitaron a los enfermos que yacían en casas, hospitales o naves; asistieron con presteza a los moribundos; se encargaron de los funerales de los difuntos; encomendaron a la tierra sus cadáveres. Celebraron las fiestas navideñas de nuestro Señor Jesucristo, los tres días mayores de Semana Santa, los aniversarios festivos de los días solemnes con sermones y con la adoración vespertina del Santísimo Sacramento expuesto. Disputaron con los no católicos en público y en privado. Respondieron a quienes les consultaban. Todos los años, los días de cada Mes de María se dedicaron a la Virgen Santísima cantos, preces, lecturas espirituales. La fiesta del Corpus se celebró con rito solemne, magnífica concurrencia, compostura y oraciones, en cuanto es posible en aquella región. Cuando llegó la Cuaresma con sus días de ayuno y el tiempo oportuno para la confesión de las culpas, se predicaron sermones a los marinos, a los militares y a los restantes españoles, con los que se les incitaba y se les enseñaba a recibir los sacramentos. Tampoco hay que dejar de poner mucho esfuerzo para que hombres de tan varias costumbres, lenguas, colores, que conviven mezclados en una misma ciudad, vivan en paz y no se odien mutuamente ni se hieran con injurias. Con frecuencia hay que arreglar enemistades, serenar discordias, quitar de en medio las ocasiones de ofender al prójimo. En tales negocios es más fácil conjeturar con la mente que explicar con palabras cuánta labor, cuánto tiempo y cuánta destreza hay que emplear, y cuántas molestias y amarguras hay que vencer. Encantado por la suavidad y cortesía de uno de los niños educados por los Nuestros, un jefe naval deseaba llevárselo consigo. Pero los PP. se resistieron porque la formación del chico no era todavía perfecta y porque esperaban que les sirviera de gran ayuda para atraer a sus paisanos a la verdadera fe; aquel jefe,

enfadado, les molestó cuanto pudo. Un militar se enamoró apasionadamente de la esposa de un hombre de ínfima categoría; la pobre mujer no pudo librarse de aquel apasionado sino acusándolo al Gobernador; y el militar, desposeído de su sucio anhelo, intentó manchar el buen nombre de los Nuestros por todos los medios posibles.

Los Nuestros concibieron otro camino que, contando con recursos y hombres suficientes, resultaría ideal para poner en aquellos pueblos firmes fundamentos de la fe cristiana. En este tiempo se pudieron abrir dos escuelas de niños: una en Santa Isabel desde los principios de la misión; otra en la isla Corisco. En la primera dos maestros instruyen a unos treinta niños; quince de ellos viven en nuestra casa y son sustentados por nosotros; todos ellos aprenden la doctrina cristiana, los primeros elementos de las letras, el arte de razonar, se van empapando de las costumbres cristianas, se forman en todas las bellas letras, algunos aprenden música y otros oficios variados. ¡Ojalá fuesen más! Pero ninguno alcanza un nivel suficiente, y no porque sea difícil; lo difícil es persuadir a los padres para que manden a sus hijos; si los mandan, quieren que nosotros los alimentemos. Muchos más pudiéramos tener si contáramos con una casa más amplia y dinero para alimentarlos. Cuando los padres traen a sus hijos, pretenden abdicar de todo cuidado y providencia sobre ellos. Y para retener a los mismos niños crea no exigua dificultad la nativa inconstancia de esta gente y su amor por la vida silvestre. Los PP. de la casa de Santa Isabel han hecho excursiones a otras islas siempre que lo permiten otros negocios y la salud, y se ofrece oportunidad para navegar. En éstas bautizan a los niños llevados por sus padres, tratan de ganarse los ánimos de la gente con halagos y regalos para atraerlos a la religión, enseñan, en cuanto pueden, a algunos ya católicos aunque sólo lo sean de nombre, y les administran los sacramentos. Y por ellos ofrecen a Dios Padre el sacrificio del Cuerpo y Sangre de su Hijo en las costas desiertas. Ciertamente son amados y deseados por aquellas pobres gentes, sobre todo por las de Annobón; pero a éstas les detiene, adormiladas en la infidelidad, la deshonestidad, la pereza y la malicia para que no absorban la luz y despierten y se conviertan a Dios.

Por lo que concierne a los jesuitas de las otras tres casas, su trabajo es variado y, cierto, pesado. Se atraen a los niños y los educan mientras con ellos permanecen, pues también los pequeños son muy dados a la facultad de vagar libremente; recorren aldeas y bosques; esparcen alguna luz religiosa entre las gentes con las que se topan; con

increíble fatiga se esfuerzan por aprender de palabra su lengua; visitan y curan a los enfermos; responden a quienes les consultan y preguntan por curiosidad, que suelen ser muchísimos de toda edad y sexo; y predicán cuando se da la ocasión de congregar alguna audiencia; en fin, procuran explicar los dogmas cristianos en textos escritos en su propia lengua.

Además de tales labores ordinarias, también hay otras extraordinarias. A comienzos de este trienio unos 200 morenos manumisos, entre ellos 25 mujeres, fueron deportados desde Cuba. El Gobernador nos pidió que los instruyéramos en la verdadera fe, los bautizáramos y a 25 de ellos los casáramos con las citadas mujeres. Durante este mismo trienio se ha desatado por tres veces una grave peste en la isla de Fernando Poo. La primera fue muy vehemente: contagió primero a los marinos españoles, luego a los militares, en último término a los restantes europeos de Santa Isabel. Pronto se llenaron de moribundos las naves que llegaban al puerto, las casas privadas, los dos hospitales de la ciudad; el Gobernador mandó construir rápidamente un tercer hospital en la cima llana de un alto monte, donde el aire parecía ser más puro. Uno de los primeros fallecidos fue el sacerdote de la estación naval; y el que le sucedió se contagió enseguida. Así que cayó sobre nuestros Padres toda la carga de atender a tantos pobres enfermos en tan distantes lugares. Esta primera peste duró dos meses. Al año siguiente una fiebre maligna atacó a los militares españoles e hizo perecer a muchos. Los Nuestros trabajaron en la curación de cuerpos y almas. Finalmente, el año 1864 otra fiebre similar atacó a los morenos y nos dio mucha mayor ocasión para manifestar nuestra paciencia y para ejercitar nuestra caridad.

Como los Nuestros, además, recorrían con frecuencia las islas por múltiples itinerarios y las aldeas esparcidas por bosques y valles, tratando frecuentemente con la gente de aquellas regiones, pudieron ofrecer a las autoridades españolas noticias exactas sobre todos los bienes de aquellos pueblos. Fueron los primeros en trazar un mapa de la isla de Fernando Poo. Acompañaron al Gobernador en sus viajes por las islas y no dejaron de actuar como intérpretes y consejeros siempre que él se lo pidió.

1871-72

HD El fin⁵³, por la reciente supresión de la Compañía española⁵⁴, de la Misión de Fernando Poo es digno de comentarse. Después de tantos hercúleos trabajos allí sufridos y de tantos queridísimos Padres y Hermanos desaparecidos con temprana muerte, cabía esperar que aquella tierra inculta y realmente ingrata, regada con abundantes sudores y lágrimas por los Nuestros, produjera al fin frutos ubérrimos, que respondieran a los trabajos de los operarios y suavizaran el deseo de los Padres fallecidos y el dolor de sus compañeros. Pero, exceptuando los pocos niños que bautizados en peligro de muerte, regenerados con el agua de la purificación, fueron recibidos en el cielo, la mayoría de los demás o abandonaron las leyes cristianas después de haber sido anotados en el álbum de los fieles o se negaron a abrazar la ley de Cristo; y esto no puede dejar de contemplarse sino con máximo dolor. Y como en las actuales circunstancias no queda ya esperanza de éxito, quizá convenga que repitamos con el profeta⁵⁵: “Hemos tratado de curar a Babilonia y no ha sanado; dejémosla y volvamos cada uno a nuestra tierra”. Y esto mismo fue lo que nuestros Padres se vieron obligados a hacer. No había llegado su hora y el momento de su redención.

BIBLIOGRAFIA

ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN (AGA). Cajas: 677, 704, 780, 781.

ARCHIVO HISTÓRICO DE LOYOLA (AHL). *Historia de las Misiones de la Comp^a. hasta 1865, de papeles recibidos de Salamanca*. Documentación sin clasificar.

FERNÁNDEZ, Cristóbal R. P. (1962). *Misiones y misioneros en la Guinea española. Historia documentada de sus primeros azorosos días (1883-1912)*. Madrid: CO.CUL.S.A.

SILVEIRA, Luís (1959). *Descripción de la isla de Fernando Poo en vísperas del Tratado de San Ildefonso*. Madrid: CSIC.

⁵³ En junio de 1872.

⁵⁴ Por decreto de 12.12.1868.

⁵⁵ Jer.5, 9.

- MARTÍNEZ y SANZ, Miguel (1856). *Breves apuntes sobre la Isla de Fernando Poo en el Golfo de Guinea*. Madrid: Imprenta de Higinio Reneses.
- PUJADAS, TOMÀS L. (1968). *La Iglesia en la Guinea ecuatorial. Fernando Poo*. Madrid: Iris de Paz.
- PUJADAS, TOMÀS L. (1983). *La Iglesia en la Guinea ecuatorial. Río Muni*. Barcelona: Claret.
- USERA Y ALARCON, Jerónimo Mariano (1848). *Memoria de la Isla de Fernando Poo*. Madrid: Imprenta de T. Aguado.
- VILARÓ I GÜELL, Miquel (2009). “Los avatares de la primera expedición misionera a las posesiones españolas del Golfo de Guinea a cargo de los eclesiásticos ilustrados Jerónimo Mariano Usera y Alarcón y Juan del Cerro”. *HISPANIA NOVA*, nº 9. <http://hispanianova.rediris.es/9/articulos/9a002.pdf>